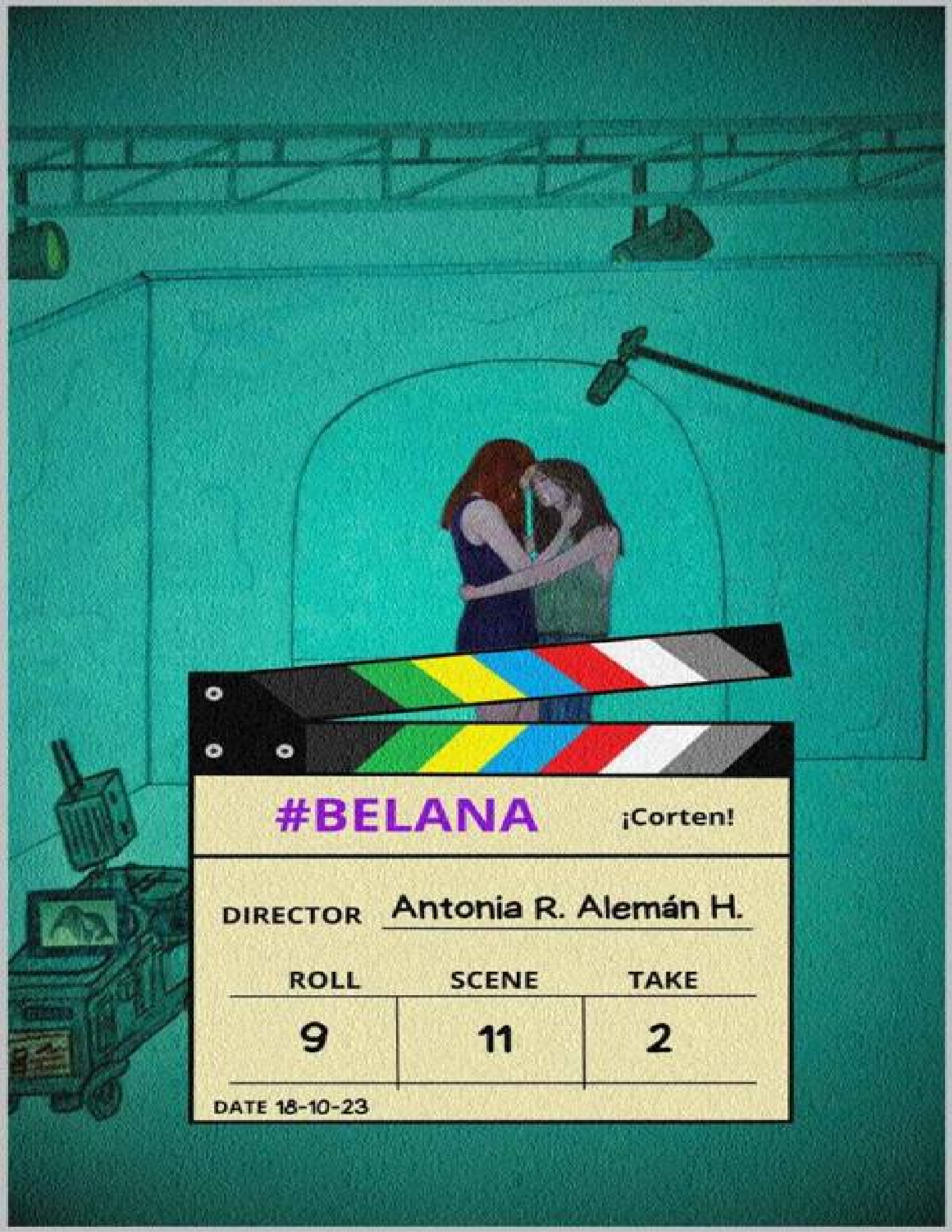




#BELANA

¡Corten!

DIRECTOR Antonia R. Alemán H.

ROLL

SCENE

TAKE

9

11

2

DATE 18-10-23

BELANA
¡CORTEN!

Antonia R. Alemán Hernández
(ArahGalvic).

© Antonia Rosa Alemán Hernández

Título original: Belana. ¡Corten!

Autora: Antonia Rosa Alemán Hernández.

www.facebook.com/AntoniaAlemanH

www.instagram.com/ArahGalvic

Maquetación y diseño de portada: Antonia R. Alemán Hernández.

Primera edición.

A Ana y a Belén,
por compartir su talento con el mundo,
por acogernos con tanto cariño,
por convertirse en inspiración.

Y a mi «Team chupitos»,
porque nadie mejor que ellas
para entender mis desvaríos
y mi adicción a «Belana».

Contenido

[UNA CITA](#)

[PAELLA](#)

[LA MAGIA DEL AMOR](#)

[CONFIANZA](#)

[PRIMERAS HORAS DEL VIAJE](#)

[PLACER](#)

[EL MEJOR LUGAR](#)

[A CASA](#)

[FOTOS](#)

[IMBÉCIL](#)

[FICCIÓN O REALIDAD](#)

[REGALOS](#)

[BESOS Y ENSAYOS](#)

[SUSTOS](#)

[¿PARANOIAS?](#)

[HECHOS RELACIONADOS](#)

[ILUSIONADAS](#)

[MENTIROSAS](#)

[PAPEL O BESO](#)

[DRAMAS Y TRAMAS](#)

[EL PAQUETE](#)

[DEMASIADO LEJOS](#)

[FANS](#)

[NHOARA](#)

[SUEÑOS](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[OTRAS OBRAS DE LA AUTORA](#)

UNA CITA

En espera de su novia, Anghara caminaba a paso lento por El Retiro. Le encantaba aquel parque, el mejor contraste de naturaleza en una ciudad tan llena de grandes edificios y de carreteras repletas de vehículos.

Aquel día parecía haber más gente que en sus últimas escapadas por allí, pero todos parecían ajenos a su presencia y agradeció al cielo que fuera así. No estaba segura de si sus nuevas gafas de sol la ayudarían en su afán por pasar desapercibida, pero tenía fe en ello. Era lo malo de ser una actriz con cierto éxito, que rara vez podía ir por la calle con la misma calma que cualquier otra persona. Aún había lugares donde la desconocían, pero desde el boom de «Belana» era más difícil.

Cuando quiso darse cuenta, ya estaba junto al pequeño túnel que se asemejaba a una cuevita. Los patos estaban alejados y eso causaba que la mayoría de visitantes también lo estuvieran, pues eran muchos los que trataban de sacar fotos a aquellos animalitos.

Sonrió para sí misma al recordar algo, algo que la llevó a viajar a casi un año atrás, a su primer encuentro con Ainhoa en aquel mismo parque. Y dejó que su mente volara con sus recuerdos.

>>Acababan de decidir que querían mantener un noviazgo y, puesto que trabajaban en la misma serie, pasaban juntas todo el tiempo que podían tras las cámaras. Aunque habían acordado que no lo llevarían en secreto, lo cierto es que, al principio, ninguna de las dos hizo nada por desvelar su nueva relación y estaban a gusto así. Cada vez que se encontraban a solas en el camerino, se besaban, se cuidaban e intercambiaban caricias y planes para llevar a cabo fuera del trabajo. Pero los planes quedaban estancados la mayoría de las veces, debido a los compromisos laborales y familiares de cada una.

>>Cuando, entre secuencias, sus compañeras acudían también al camerino, Ainhoa y Anghara maldecían su mala suerte y rogaban en silencio para que se fueran pronto y quedar de nuevo a solas. Si eso no ocurría, intercambiaban alguna sutil mirada y, sin necesidad de palabras, acordaban salir a buscar un rincón donde poder disfrutar de un ratito a solas. Casi nunca lo encontraban.

>>Era extraño. Habían pasado semanas con cierta tensión sexual entre ellas, antes de comenzar a compartir besos furtivos, pero nunca se habían sentido con la misma impaciencia que notaban ahora. Era como si necesitasen besarse y sentirse a todas horas, tanto como necesitaban respirar. Jamás habían deseado tanto escuchar a los directores decir «¡Corten!» y «Buena toma», para poder abandonar el plató y reunirse en privado.

>>Tras un par de semanas en aquella relación, pudiendo robarle minutos al trabajo y al sueño para disfrutarlos juntas, hablaron de sus citas. Siempre que quedaban era en casa de alguna de las dos, normalmente, para cenar, pero ambas estaban deseando una más especial, fuera de casa y del trabajo. Así, escogieron un día cercano, acordaron rechazar cualquier tipo de compromiso que pudiera interferir en sus planes y decidieron que se encontrarían en El Retiro para caminar y, luego, ir a cenar en un restaurante cuyo nombre no habían escuchado entre sus conocidos. No les importaba quién pudiera verlas juntas, no se esconderían ni de la prensa si llegaban a descubrirlas, pero preferían que no hubiese demasiada gente que quisiera acercarse a saludarlas y, con ello, interrumpirlas.

>>Una vez en El Retiro, sorteando a las decenas de turistas, Ainhoa la saludó de lejos y,

sin poder evitarlo, a ambas se les escapó una sonrisa de oreja a oreja. Anghara, que permanecía junto al estanque en que había estado observando a los patos, la esperó pacientemente sin quitarle la vista de encima y suspiró resignada cuando dos jóvenes se acercaron a Ainhoa para pedirle una foto. La habían reconocido.

— *Mare meua* —murmuró Anghara, temiendo que sus planes se viesan truncados si la emoción de aquellas dos chicas llamaba la atención de otras personas que también pudieran reconocerla.

>>Casi sin darse cuenta, dio unos pasos atrás, hasta quedar a la sombra de aquel pequeño túnel. Intentó no perder de vista a su novia, pero dudaba de si era mejor idea permanecer oculta o acercarse a rescatarla. Optó por lo primero, puesto que, si la reconocían también a ella, la sesión de fotos podía ser interminable.

>>Sonrió como tonta al observar la simpatía con que Ainhoa posaba para las fotos. Era tan encantadora... Suspiró de nuevo, esta vez con cierta impaciencia, con ganas de besar a su chica y disfrutar de aquel encuentro.

>>Entonces, vio cómo la expresión de Ainhoa se tornaba seria. Las fans ya se alejaban y ella miraba a todos lados buscando algo o, más bien, a alguien. Estaba claro que no le gustaba haber perdido de vista a Anghara y le preocupó que, al verla reconocida por unas admiradoras, hubiese decidido irse sin ella. Anghara volvió a sonreír, pero no salió aún de su escondite; en su lugar, sacó el móvil y le envió un mensaje.

— *¿Se te ha perdido algo?*

— *En todo caso, alguien* —le contestó Ainhoa—. *¿Dónde estás? ¿Te estás arrepintiendo?*

>>Aunque le hizo gracia, Anghara comprendió que su novia no estaba de broma, que en su expresión se delataba el temor ante la idea de perder la oportunidad que habían buscado para estar juntas.

— *Sigo aquí* —le escribió, dando un paso fuera de la sombra en el momento en que Ainhoa volvía a buscarla con la mirada.

>>La vio sonreír aliviada y retomar sus pasos hacia ella.

>>Aquel pequeño túnel por el que entonces no pasaba nadie, les sirvió de escondite para recibirse con un ansiado beso en los labios, aunque fuera más breve de lo que hubiesen querido.

— *Moría de ganas de verte* —susurró Ainhoa apoyando su frente en la de Anghara por un instante.

>>Tomaron distancia enseguida y se pusieron en marcha. Intentaron caminar por los senderos menos concurridos del parque, para evitar ser reconocidas e interrumpidas en medio de sus charlas. Se tomaban de la mano por momentos, sin tan siquiera darse cuenta, y se soltaban cuando, por permitir el paso a otras personas, se veían obligadas a separarse. Un rato más tarde, cuando lo consideraron oportuno, se dirigieron al restaurante elegido.

>>Pudieron ocupar una mesa algo apartada, donde las miradas no les resultasen demasiadas y cuyas mesas vecinas no les estorbasen. Se sentían tan emocionadas con aquella cita, tan ilusionadas por llevar a cabo un plan tan distinto a lo habitual, que ni siquiera prestaron atención a la comida. Solo podían mirarse continuamente, tomarse de la mano a cada rato para regalarse alguna caricia y hablar sobre ellas, sobre la relación y sus sentimientos.

Recordando ahora todo aquello, Anghara no podía borrar la sonrisa de su rostro. El restaurante, aunque acogedor, no tenía nada de especial y, sin embargo, se había convertido en uno de los más frecuentados por ella y su novia. Tanto que, en poco menos de una hora, volverían a estar en él, comiendo tranquilamente mientras se ponían al día de todo y de nada.

— Mi amor —pronunció Ainhoa al llegar hasta ella, consiguiendo que se diera la vuelta al escucharla—, perdona la tardanza.

Le plantó un beso antes de que pudiera responder, ya sin preocuparse de su alrededor como le ocurría un año atrás. Al separar sus labios y abrir los ojos, Anghara le sonrió.

— Mira que siempre te digo que es mejor venir juntas.

— Ya, Jara, pero tenías esa sesión de fotos y yo estaba con mi madre. Era más fácil así.

Le dio otro beso, más breve que el anterior, y la tomó de la mano para comenzar a caminar juntas.

Empezaron una charla sobre las novedades del día, sin apurar sus pasos. Lo que más les importaba era compartir momentos y habían comprendido que, cuando tenían tiempo para estar juntas, el reloj dejaba de ser relevante. Así, Ainhoa observó las fotografías que su novia le quiso mostrar, algunas que le habían realizado aquella mañana, e intercambiaron opiniones sobre cuál les gustaba más o cuál menos.

— Esta la adoro —comentó Ainhoa al ver otra foto, una que no era de aquel día y que ya ella había visto cientos de veces.

Anghara sonrió al descubrir de cuál se trataba.

— No seas payasa, me interesa tu opinión sobre las de hoy.

— Mi amor, pero es que en esta te ves muy sexy —argumentó, haciendo énfasis en «muy», y se mordió el labio inferior conteniendo las ganas de volver a besar a su novia.

Dándose cuenta de aquel gesto y notando con ello un revuelo en su estómago, Anghara no quiso contenerse. La agarró de la mano para detener sus pasos, la tomó por la cintura para acercarla más a sí misma y la besó sin darle tiempo a reaccionar de otra forma que no fuera correspondiendo al deseo de sus labios.

PAELLA

Una vez en el restaurante, pudieron tomar asiento enseguida. Los empleados ya las conocían y se habían asegurado de tenerles reservada su mesa predilecta. Ellas siempre trataban con cariño y respeto a cada persona con la que hablaban, pero, sin duda, era mayor su afecto con los de aquel restaurante, que, sabiendo que eran actrices, se aseguraban de cuidar su privacidad más que con los demás.

Comenzaron a tantear las opciones de comida mientras el camarero iba en busca de las bebidas. No se habían decidido aún cuando escucharon a alguien de una mesa cercana preguntar por la paella. Ambas miraron de reojo hacia la misma persona para, seguidamente, mirarse la una a la otra. Sonrieron con complicidad al comprender que se les había venido el mismo recuerdo y se tomaron de las manos por encima de la mesa, regalándose caricias con los pulgares.

— Te quiero —susurró Anghara.

— Yo a ti, más.

>>En sus recuerdos, sentían los nervios por aquel paso que iban a dar, cuando decidieron hacer partícipes a sus familias de todo aquello que estaban sintiendo y viviendo juntas. Habrían esperado un poco más si se hubiese tratado de dos personas anónimas, pero su fama por *Nouvelle cuisine* las tenía en el punto de mira constantemente y preferían que los rumores de los fans y de la prensa no fueran lo que las sacara del armario frente a sus padres.

— Ay, mamá, yo... *quería contarte algo* —dijo Anghara insegura, en una conversación telefónica, tras los saludos y las preguntas de siempre para saber cómo iba todo.

— *Dime, hija, ya sabes que te escucho con lo que sea.*

>>La chica se mordió un lado del labio, nerviosa, mientras cogía una gran bocanada de aire para soltarlo un instante después. Ainhoa la tomó de la mano y la miró a los ojos en silencio, transmitiéndole toda la calma que podía, incluso estando ella igual de nerviosa.

— *Estoy enamorada* —declaró la joven entonces, sin romper el contacto visual con su novia, que sonrió levemente al escuchar tales palabras, dándole más seguridad—. *Estoy empezando a salir con alguien y... está siendo todo tan especial que necesitaba contároslo.*

>>Agradecía al cielo por tener a Ainhoa a su lado, así que le devolvió la sonrisa y besó su mano.

— *¿Qué dices? ¿Pero no hace poco que lo dejaste con Marcos?* —la interrogó su madre, considerando algo precipitado el inicio de una nueva relación.

— *No, poco hace que te lo confirmé. Lo dejamos hace un par de meses. Si te lo dije.*

— *Ah, es verdad, cielo...*

>>Su voz quedó en el aire. Para aquella mujer, dos meses sí era poco, pero solo si la ruptura suponía algún tipo de duelo. Al reflexionar sobre ello, comprendió que, en realidad, su hija se había mostrado más entera tras la ruptura que antes de la misma, por lo que estaba segura de que no necesitaba superar nada. Su niña habría pasado página, se dijo, y hasta había cambiado de libro. Y, si se lo estaba contando ahora, su nueva relación ya debía de tener algunas semanas, probablemente, por lo que ni siquiera había necesitado esos dos meses para olvidar al chico.

— *¿Mamá?* —Su voz sonó tan insegura de nuevo que hasta se enfadó consigo misma.

— *Ay, perdona, hija. Que se me va el santo al cielo. Kiwi se me ha sentado delante a mirarme, creo que sabe que estoy hablando contigo. Y bueno, dime, ¿cómo se llama? ¿Dónde lo conociste?*

— *Nos conocimos en... en el trabajo.*

— *¿Es actor?*

— *Ahm, algo así.*

>>Cogió aire de nuevo, pero esta vez lo retuvo más tiempo del que pretendía. Su novia la besó en la frente y le apretó la mano entre las suyas, recordándole que estaba con ella, que no la iba a dejar sola, que la decisión de hacerlo oficial para la familia era de ambas y que lo afrontarían juntas.

— *¿Algo así? ¿Qué quiere decir eso? O es actor o no lo es, ¿no?*

— *Es actriz.*

>>Pronunció aquellas dos palabras con rapidez, soltando luego el aire y cerrando los ojos como si así pudiera dolerle menos cualquier tipo de respuesta negativa. Quizá también necesitaba evitar ahora la mirada de su novia, que parecía preocupada por cómo podían reaccionar sus suegros. Ainhoa le regaló unas caricias en el brazo, en un nuevo intento por transmitirle calma.

— *Ah* —Su madre necesitó unos segundos para asimilar la novedad—, *pero, hija, tú...* —No sabía qué decir—. *Estas cosas no se hablan por teléfono. ¿Por qué no os venís un día a casa y así nos la presentas? ¿Sería ir muy rápido?*

>>Anghara abrió los ojos sorprendida, volviendo a encontrarse con los de la otra chica.

— *¿De verdad? O sea, justo quería decirte que nos gustaría pasar un finde ahí, pero...*

— *Ni peros, ni peras. Os venís y aquí os esperamos con una paella. ¿Este finde o el siguiente? ¿Necesitas que prepare algo en tu habitación?*

>>Anghara sabía que, si su madre se lo tomaba así de bien, su padre no lo haría de otra manera. Y, en realidad, ni siquiera comprendía por qué estaba sorprendida, si sus padres nunca habían mostrado rechazo hacia el colectivo LGBT+. Sonrió sin poder evitarlo, todavía algo nerviosa, pero aliviada ante la reacción de su madre. Se abrazó a su novia sin dar fin aún a la llamada.

— *No nos hará falta nada, mamá. Gracias.*

— *En cuanto tengas los detalles, me confirmas si es este fin de semana o el siguiente. Y avísanos de a qué hora llegaréis.*

>>Apenas hablaron un par de minutos más antes de colgar.

— *Espero que te guste la paella* —fue todo lo que pudo decir Anghara a su chica antes de tomarle el rostro entre sus manos, emocionada, y besarla con intensidad, siendo correspondida de la misma manera.

>>Profundizaron tanto el beso que comenzaron a sentirse excitadas y Ainhoa decidió guiarla hacia la cama.

Con aquella imagen de sus recuerdos, las chicas volvieron a sonreírse en la mesa del restaurante y Ainhoa se hizo un poco hacia adelante.

— *Creo que nunca te habías incendiado tanto como en esa ocasión* —comentó a voz de secretos.

— *Calla, anda, que tú estabas igual* —repuso Anghara cómplice.

— *¡Fuego! ¡Fuego!* —escucharon gritar—. *¡Hay fuego!*

Un par de camareros corrieron hacia el cliente que acababa de entrar al pasillo que llevaba hacia los baños. Los comensales observaron la escena y prestaron toda la atención que podían.

— *¡Fuego!* —siguió gritando el hombre, ahora huyendo hacia la salida, apurando a su acompañante al pasar junto a él.

Mientras uno de los camareros cogía el extintor, los otros, que ya percibían algo de humo,

empezaron a dar indicaciones a la gente para que abandonase el local. Aunque quisieron transmitir cierta calma para que salieran sin pisotearse entre ellos, fue imposible. La mayoría de clientes empezó a correr hacia la salida, mientras que el resto les daba paso, bien porque aún no lograban reaccionar o porque meterse ante la avalancha les parecía más peligroso que el fuego.

Ainhoa y Anghara salieron con el último grupo, ya tosiendo levemente en medio del humo que se estaba expandiendo por el establecimiento.

Por fortuna, el fuego fue controlado con rapidez gracias a los extintores y a la formación de la que los empleados hicieron gala. Aun así, la policía no se demoró en presentarse, junto a una ambulancia.

— *Mare meua...* —pronunció Anghara impresionada, frente al restaurante, tras haber hablado con uno de los agentes.

Puesto que el fuego se había iniciado en el cuarto de baño, sin motivo aparente, la policía había tomado declaración a los presentes, considerando que podía tratarse de un suceso intencionado. Ciertos datos lo confirmarían más tarde.

Ainhoa dio un leve codazo a su novia para que mirase a alguien ubicado entre los viandantes que curioseaban.

— ¿Era Marcos? —le preguntó en voz baja ya perdiendo de vista al aludido.

— Pues diría que sí —aceptó Anghara—. ¿Nos ha visto?

— No lo sé. ¿Te preocupa eso? —Se llevó una mano a la boca con cierta inquietud, queriendo morderse una uña, aunque conteniéndose.

— No, mi amor —le aseguró tomándola de la mano—. Perdona, no quería decir... —Suspiró—. No me importa que me vea contigo, pero no me gustaría que me montase otra escena en público. Contigo, que me vea el mundo entero, porque no te pienso soltar. Llevamos un año, debería haberte quedado claro ya.

Un amago de sonrisa se reflejó en los labios de Ainhoa antes de toser un poco más.

— Vamos al médico, anda —decidió Anghara, que, aunque también había tragado algo de humo, no parecía tan afectada como la otra actriz—. Ya volveremos por nuestros bolsos.

Aunque Anghara llevaba unos meses sin ver a Marcos, los últimos encuentros casuales con él le habían resultado incómodos, pues el chico siempre quería discutir con su exnovia sin importarle estar en medio de la calle. Rezó en silencio para que no se repitiera aquel tipo de escenas y se sintió aliviada al llegar al coche sin saber más de él.

LA MAGIA DEL AMOR

Al día siguiente, por la tarde, Ainhoa llegó a casa de Anghara mostrando su tan característica jovialidad, contenta por los planes que iban a llevar a cabo. Aunque tenía copia de la llave, se la había dejado en el coche, por lo que tuvo que tocar el timbre.

— Uy, estás más alegre de lo normal, ¿no? —apuntó Anghara tras darle un suave beso, contagiándose de sus ánimos—. ¿Estás mejor de la garganta?

Ainhoa asintió y la abrazó por encima de los hombros para mantenerla cerca.

— Verte me alegra el día siempre. Y, encima, estás guapísima con ese vestido.

Volvieron a besarse, empleando más tiempo en ello esta vez. De los labios de Anghara escapó un ligero gemido.

— Ummm... Ainhoa... —pronunció con tono de reclamo.

— ¿Qué? —cuestionó la aludida en un susurro desafiante.

— No puedes venir, besarme así y esperar que lleguemos a tiempo a casa de tu madre.

Ainhoa sonrió, rozándole ahora los labios con los suyos y apartándose ligeramente hacia atrás cuando su novia se dispuso a iniciar un nuevo beso.

— Ummm... Te mato —le advirtió con tono aniñado, sin dejarse ganar por la frustración, antes de tomarla por la cintura y buscar volver a besarla.

En esta ocasión, la recién llegada, satisfecha por cómo su chica caía en la tentación, se dejó hacer.

— He venido un poco antes —le susurró cuando tomaron algo de aire—, tenemos tiempo...

Ahora se miraron a los ojos con un brillo diferente. Anghara se mordió el labio y bajó las manos hacia el trasero de su novia, pegándola más a sí misma. Se dieron un nuevo beso, fugaz, antes de iniciar otro con más ansias, mientras caminaban sin ver por dónde.

Un instante después, Anghara atrapó a su novia contra la pared externa de la habitación, le besó el cuello y la ayudó a quitarse la blusa. Ahora fue Ainhoa quien no pudo evitar un leve gemido huyendo de su boca, al sentir las manos de su chica recorriendo su piel mientras volvía a besarla en el cuello. Disfrutaba de cada sensación, de las caricias y los besos, del cuidado con que Anghara la trataba sin dejar de ser pasional..., pero empezaba a impacientarse por sentirla más.

— Mi amor... —pronunció casi como un ruego.

Anghara no necesitó otra palabra, llevó una mano hacia el bajo de la falda de la otra chica y la acarició por encima de la ropa interior, pero detuvo su mano tras unos momentos.

— No me hagas esto —murmuró Ainhoa, percibiendo la sonrisa de Anghara en sus propios labios antes de que volviese a besarla y a retomar su intención de guiarla hacia la habitación.

Tal como su novia pretendía, Ainhoa cayó de espaldas en la cama. Un suspiro escapó de sus labios al verse separada de la otra chica, pero permaneció quieta ante la sensualidad y el desafío con que esta la miraba mientras se deshacía de su propio vestido.

Al momento siguiente, estaban las dos en la cama, volviendo a disfrutar de todas aquellas sensaciones que sus besos, sus manos y sus cuerpos despertaban entre ellas. Y, si durante el año que llevaban juntas, el reloj les había interesado poco, mucho menos les importó ahora.

Habrían hecho el amor cientos de veces y, sin embargo, continuaban fascinándose la una a la otra en cada ocasión en que sus cuerpos intentaban fundirse en uno solo. Continuaban degustándose como si nunca lo hubieran hecho antes, como si estuvieran descubriendo la magia por primera vez.

Los gemidos ayudaban a aumentar la excitación de ambas y, con ello, apresuraron sus movimientos, enloquecidas e impacientes, hasta llegar a donde deseaban.

— ¡Oh, Dios! —consiguió pronunciar Anghara con la respiración agitada, dejándose caer junto a su novia, sin retirar la mano de entre sus muslos, algo que sí hizo Ainhoa antes de besar su frente.

Permanecieron calladas unos minutos, recuperando algo de calma.

— Mi amor —susurró Ainhoa traviesa—, ¿y si...?

— Ni de coña —la interrumpió su chica—. No vamos a cancelarle a tu madre ahora.

Ainhoa se echó a reír, divertida porque su novia había acertado, pero encantada con que la conociera tan bien como para intuir su pensamiento.

— Entonces, quita tu mano de ahí. Porque no me hago responsable... —le susurró al oído, provocativa, volviendo a mover sus caderas despacio.

Anghara levantó la cabeza para mirarla a los ojos, cuestionándola sin palabras, pero no apartó la mano. ¿De verdad quería hacerlo de nuevo o la estaba vacilando? ¿Se habría quedado con ganas de más? Mientras lo pensaba, movía sus dedos con suavidad, siguiendo el ritmo del cuerpo de su novia.

Aunque ahora algo nerviosa, Ainhoa volvió a reír.

— Lo decía en broma —confesó, sintiéndose de nuevo excitada—, pero ya no.

Con sus manos enredándose en el pelo de la otra chica, la acercó más a sus labios y volvió a besarla con intensidad. El movimiento de sus caderas se fue acelerando tanto como su respiración. Se dejaba llevar sin pretender controlarse en lo más mínimo, deseosa de repetir el placer en que su novia la envolvía siempre.

Casi media hora más tarde, la pareja continuaba acostada en aquella cómoda cama, abrazada, regalándose caricias llenas de ternura, con los ojos cerrados y sus frentes unidas. Fue el sonido del móvil lo que las hizo separarse y levantarse de inmediato. Y empezaron a buscar la ropa mientras Anghara contestaba a la llamada de su suegra.

— ¿Por qué te llama a ti? —cuestionó Ainhoa en voz baja, mal conteniendo su sonrisa.

— Sí, sí, sí... —titubeó Anghara al teléfono—. Que me he despistado con la hora y... —María Lucía la interrumpió—. Ya, también es verdad —Contuvo su risa con las nuevas palabras de su suegra—. Mira, yo te la paso y se lo dices tú, ¿te parece? Así termino de prepararme, que me queda nada.

Se observó y miró a su novia con un gesto de culpabilidad por mentir. Estaba completamente desnuda y, sin duda alguna, necesitaba volver a ducharse antes de salir.

Ainhoa apretó sus labios para evitar una carcajada y se hizo cargo de la llamada cuando la otra chica se apresuraba a meterse en el baño.

— ¿Mamá? —dijo, sin saludar, y calló para escucharla—. ¿Pero por qué la llamas a ella en vez de a tu hija? —le reprochó burlona.

En realidad, intuía la respuesta: la habría llamado primero a ella, pero tenía el móvil en silencio.

Transcurrió otra media hora hasta que las jóvenes se encontraron en el coche, ya de camino a casa de María Lucía. Ainhoa conducía mientras su chica se maquillaba.

— Los labios —dijo la conductora con prisas al detenerse en un semáforo, atenta a él aunque girándose hacia Anghara, que enseguida le pintó los labios.

— ¿Te acuerdas de la primera vez que comimos con tu madre ya siendo novias?

— Sí, estabas nerviosísima —recordó reanudando la marcha.

— ¿Solo yo?

— Bueno, estábamos —aceptó risueña—. Pero cuando yo me puse de verdad nerviosa fue cuando viajamos a Valencia. Tú, al menos, ya conocías a mi madre y a mi hermana, pero yo...

— *Mare meua*, es que a mí se me trababan las palabras con tus padres y tu hermana, pero a ti se te caía todo en casa de mis padres —rememoró divertida.

— Debieron de pensar que te enamoraste de una tonta. No fui capaz ni de acariciar a Kiwi.

— Pero una tonta muy mona —repuso Anghara regalándole una caricia en el brazo—. Y ahora, ya ves, mi madre casi habla más contigo que conmigo.

— Y la mía te llama a ti cuando hemos quedado, que no tengo ninguna llamada perdida suya, ¿eh? Te llamó directamente a ti y no es la primera vez. ¿Qué te dijo, por cierto? Que estabas riéndote al hablar con ella.

— Ah, eso —le hizo gracia recordarlo—. Pues que le dije lo de que se me había ido la hora y me respondió con ese tono suyo, que tampoco es que estuvieras siendo puntual tú, que éramos dos y las dos llegábamos tarde.

— Yo siempre he sido puntual, ¿eh? Y contigo soy la más tardona del mundo.

— Sí, claro, échame la culpa —repuso irónica, aunque risueña.

Ainhoa adoraba unir sus dos mundos predilectos y Anghara se llevaba bien con su familia política, así que, pese a llegar tarde, la velada en casa de María Lucía sería tan agradable como siempre.

— ¿Y cuándo comenzáis a grabar la tercera temporada de la serie? —preguntó la anfitriona tras un rato de charlas—. Ay, vi vuestras fotos en internet, las de la semana pasada, con esos mensajitos de agradecimiento. Me encantaron.

— No sé cómo la gente no da por confirmada vuestra relación —intervino su hija menor—, si es que no disimuláis ni medio bien.

— Quizá porque no disimulamos nada, Dani —repuso Ainhoa—. Si antes no hablaba de mi vida privada en internet o ante la prensa, tampoco tengo por qué hacerlo ahora.

— ¿Y tú estás de acuerdo? —le cuestionó ahora Daniela a su cuñada.

— Yo es que siempre he mantenido mi vida privada al margen de la prensa —le dijo Anghara—, mucho más que ella, así que... —Se encogió de hombros sin intención de terminar la frase.

— Vamos, que entonces es más idea tuya.

— Cielo, no las agobies —le pidió su madre—. Están viviendo su vida, sin más.

— Exacto —comentó Ainhoa—. No nos escondemos, salimos juntas cuando nos apetece y a donde nos da la gana. Las dos lo hemos decidido así y las dos estamos bien así. Y creo que esta conversación ya la hemos tenido, hermanita.

— Sí, pero mamá me ha dicho que habéis celebrado vuestro primer aniversario ya. O sea...

— ¡Y menuda celebración! —la interrumpió Anghara, dirigiéndose ahora a su suegra—. Que estábamos en el restaurante ayer y se prendió fuego en el baño.

— ¡Pero qué dices!

— ¿Cómo se va a prender fuego en el baño? —puso en entredicho Daniela.

— Bueno, supongo que alguien haría algo. Quizá fumaron allí a escondidas... No sé, no nos quedamos a ver qué pasaba. Nos fuimos al médico.

— Sí, pero que estamos bien —aclaró Ainhoa enseguida, viendo la cara de preocupación de su madre, y miró a su novia—. Mi amor, hay cosas que podemos guardarnos *pa'* nosotras.

— Ya lo que faltaba —la regañó María Lucía—, que me escondáis esas cosas.

— Si ya sabemos que les gusta esconder todo —pinchó Daniela—. Si llevan un año y siguen escondiendo su...

— ¡Que no escondemos nada! —la interrumpieron Anghara y Ainhoa al mismo tiempo, e intercambiaron una mirada antes de volver a mirar a la otra joven.

— Y cambiamos de tema —decidió María Lucía enseguida, viendo que la pareja se estaba enervando—. ¿En el médico, todo bien? —Su hija mayor asintió con la cabeza—. Entonces, ¿cuándo volvéis con las grabaciones de *Nouvelle cuisine*?

Ainhoa y Daniela se llevaban bien, pero la segunda votaba por un mundo donde incluso los famosos pudieran tener privacidad y una vida normal. No le gustaba que su madre y su hermana tuvieran que medir tan a menudo sus opiniones o gestos en público. Ella le daba menos importancia a lo que hablase la gente, aunque comprendía los motivos por los que Ainhoa y María Lucía se autoimponían ciertas barreras. Quizá por eso había preferido ella otra profesión y había seguido los pasos de su padre.

— Nos dieron casi un mes de descanso —respondió Anghara al ver que su novia fulminaba a la hermana con la mirada, y, antes de proseguir, la tomó de la mano en un intento por pedirle calma—. Nos queda algo más de dos semanas, así que pasaremos unos días en Gran Canaria. Primero tendremos las pruebas de maquillaje, vestuario y peluquería, pero son dos días y luego nos vamos.

— ¿No vas a Valencia a ver a tu familia?

— Fui el primer finde, pero tengo intención de ir otra vez el último, al regresar de Canarias.

Aunque hablase solo por ella, sería un viaje en pareja.

— El último finde sería... —María Lucía hizo cálculos y adoptó una expresión de extrañeza que cambió enseguida por otra de sorpresa—. No, esperad —miró a su hija mayor—, ¿para tu cumple no estarás aquí?

Ainhoa sonrió antes de responder.

— Volvemos de Canarias el mismo día de mi cumple, tranquila. Pero ya te dije que no quiero una celebración a lo grande.

— Ya, ya, solo nosotras y tu padre. Te me has hecho una aburrida.

— ¡Mamá! —protestó—. Aburrida estaré si vosotros no cumplís con hacerme reír en mi día.

— Ya, ya. Intenta culparnos ahora.

Anghara sonreía divertida por los gestos y la entonación de su suegra.

— Pues vaya tontería pasarte medio día de tu cumple entre aeropuertos, aviones y coches —apuntó Daniela.

— Era el vuelo más viable que podíamos tomar —le explicó Anghara—. No lo planeamos con suficiente antelación, así que las opciones no eran tan amplias.

— Y despertaré con mi novia en un paraíso el día de mi cumple —añadió Ainhoa con orgullo—, para luego cenar con mi familia. No me hagas arrepentirme de querer pasarlo también contigo —bromeó dirigiéndose a su hermana, que le sonrió traviesa.

— Es la magia del amor —concluyó María Lucía dirigiéndose a su hija menor, aunque permitiendo que la escuchasen también las otras chicas—. Que le ves lo bueno a todo lo que hagas con tu amorcito.

CONFIANZA

Despertaron juntas a la mañana siguiente, en la casa de Ainhoa. Dormían juntas más noches de las que lo hacían separadas, pero aún no se decidían a vivir en la misma casa, quizá por considerarlo muy pronto o, tal vez, por temor a estropear lo que tenían. Con cierta frecuencia, ambas le daban vueltas a aquel tema en sus pensamientos, pero no lo hablaban entre ellas.

La vibración del móvil fue lo que las despertó. Anghara tardó en contestar a la llamada de Camila, su representante, y lo hizo sin muchas ganas.

— Sí, preferí dar el tuyo, ya te lo había dicho —comentó la chica tras una retahíla de palabras de las que se enteró a medias—. ¿Y qué te han dicho? —Al escuchar la respuesta, abrió los ojos en una expresión de asombro—. No me jodas... ¿Me lo estás...? —calló para seguir escuchando—. ¿Estás de coña? —De nuevo, prestó atención a su interlocutora, esta vez durante algo más de tiempo, bajo la atenta mirada de Ainhoa, que se sentía intrigada—. Vale, vale, gracias. No, nosotras no vimos a nadie que... No sé, pero eso ya se lo dijimos.

La conversación no se extendió mucho más. Una vez colgó, Anghara soltó el móvil sobre la mesita de noche, se desperezó y se quedó mirando al techo, pensativa. Ainhoa la observó durante unos segundos; después, la abrazó, apoyándose sobre su pecho y prestando atención al ritmo de su corazón. Anghara la acogió entre sus brazos y comenzó a hacerle caricias en la cabeza.

— ¿Qué ha pasado? —La voz de Ainhoa fue apenas un susurro.

— La policía ha llamado a Cami, que les di su número cuando lo del restaurante, ¿recuerdas? —No esperó respuesta—. Le han dicho que tendremos que ir de nuevo a responder unas preguntas. Por lo visto, quienquiera que provocase el fuego, primero se cargó el chisme ese contra incendios, el detector de humos...

— ¿En serio? Bueno, claro, con razón no saltó la alarma hasta que el humo estaba ya en la zona de las mesas.

Un recuerdo hizo reír a Anghara. Su novia levantó la cabeza para mirarla a los ojos, dedicándole una expresión de extrañeza. Estaba segura de que aquel tema no era para reír.

— Ay, que no, que lo del fuego no me ha hecho gracia. Es que me he acordado de cuando estaba con la obra hace meses, cuando saltó la alarma por error y salimos todos y luego casi no me dejan volver a entrar.

Ainhoa sonrió divertida.

— Porque te empeñaste en entrar conmigo, con los espectadores, en lugar de ir con las otras actrices de la obra. El pobre de seguridad se sintió muy avergonzado luego, por no haberte reconocido.

Sin recuperar del todo la seriedad, recordaron algo más de aquella lejana noche.

>>Tras la obra, habían ido a cenar con las otras actrices de la misma. Un plan improvisado en el que habían incluido a Ainhoa y a la amiga de alguna de ellas. Las otras chicas no sabían de la relación entre Anghara y Ainhoa, así que estas evitaban gestos que pudieran delatarlas. Se lo habían pasado muy bien compartiendo anécdotas del trabajo.

>>Una vez se despidieron y se separaron de las demás, la pareja optó por hacer a pie una parte del camino y, tras un rato, Anghara notó una molestia en el pie. Se le había metido algo en el zapato y tomó asiento en un banco para deshacerse de ello. Cuando alzó la vista y se levantó, percibió que Ainhoa apartó la mirada enseguida, ruborizándose, y creyó entender el motivo.

— *¿Me estabas mirando el escote?* —le preguntó Anghara entre divertida e incrédula.

— *No, claro que no* —mintió Ainhoa cada vez más enrojecida.

— *Mmm, yaa...*

>> Su mirada le pedía un cambio de respuesta, pues sabía que no estaba siendo sincera.

— *A ver, quee... Pues que no sé... Un poco, sí, quizá. Pero no por nada, o sea...*

— *Que no pasa nada, mi amor* —la interrumpió su chica, intentando calmarla sin poder evitar sonreír.

— *Es que estás muy buena, cariño* —soltó entonces, de forma repentina, antes de encogerse de hombros—. *No puedo evitarlo a veces.*

— *¿Así que estoy muy buena?* —le cuestionó Anghara con un tono insinuante, mientras se acercaba más a ella y la tomaba por la cintura.

— *Es raro, ¿no? Quiero decir, yo nunca me había fijado en una mujer de esta manera, pero contigo... Tú... No sé, es que...*

— *Que a mí me pasa lo mismo contigo, Ainhoa. No necesitas explicarme por qué me miras.*

— *Ya... —Dudaba—. ¿Tú... también me miras a veces... así?*

>> Con algo de timidez, Anghara aceptó que sí y se mordió el labio inferior. Por supuesto que se comía a su novia con la mirada.

— *¿Y no se te hace raro?*

— *A ver, es que lo raro no tiene por qué ser necesariamente malo, ¿no?*

— *No. No, no. Si no digo que sea malo. Solo quee... Pues que me gustas mucho más de lo que me ha gustado nunca nadie.*

— *¿De verdad?*

— *No tenía que haber dicho eso* —se regañó Ainhoa sin pretenderlo, bajando la mirada.

>> Anghara volvió a sonreír sin dejar de observarla y, unos segundos después, puso su mano en la barbilla de Ainhoa, con suavidad, buscando que sus ojos se encontrasen de nuevo.

— *No has dicho nada malo, todo lo contrario.*

— *Es que no quiero que pienses que te comparo con nadie. Que...* —suspiró interrumpiéndose a sí misma—. *Que eres única, de verdad.*

— *A mí tampoco me había conquistado nadie como has hecho tú, cariño* —le dijo con dulzura, bajando la voz sin darse cuenta, antes de darle un breve pero tierno beso en los labios.

>> Ambas sonrieron antes de un nuevo beso, uno más prolongado y profundo que el anterior. Pero sin prisas, sin ansias, solo disfrutando de aquel contacto, de la danza entre sus lenguas, del amor entre sus labios.

Rememorar aquellos momentos las hizo sentir una gran ternura.

— *Cómo cambian las cosas* —murmuró ahora Ainhoa, paseando un dedo por el pecho de la otra chica—. *En algún momento me preocupaba que me pillases mirándote el escote y...*

— *Escotes que me ponía para atrapar tu mirada* —la interrumpió Anghara traviesa, causándole una nueva sonrisa.

— *Escotes que usabas y usas para atrapar mi mirada* —confirmó, y se mordió el labio sin poder apartar la mirada de los ojos de su novia—. *Y ahora estamos aquí, y rara es la noche que dormimos juntas con pijama* —concluyó volviendo a pasear su dedo por la piel de su novia.

— *Y ya no te pones nerviosa al hablar de ello* —añadió Anghara satisfecha, con orgullo porque le gustaba la confianza que existía entre ellas.

— *Después de las encerronas de tu amiga, como para no quitarme los nervios.*

Su novia no pudo contener una pequeña risa.

— Cati es... es mucho.

— Me preguntaba todo —le recordó—, todo. Le encantaba subirme los colores.

— Es que te ves muy mona cuando te pones nerviosa. Así tan rojita... —Le dio un rápido beso en la nariz.

— Tú le pedías que me hiciera esas preguntas, ¿verdad?

— *Noo*, claro que no —le aseguró entre risas, poco convincente. No era la primera vez que Ainhoa pensaba tal cosa—. ¿Cómo le iba a pedir eso? ¡Que te preguntó, incluso, si yo me portaba bien en la cama!

Ahora fue la risa de Ainhoa la que inundó la estancia por un instante.

— Ahí te pusiste roja tú —recordó.

— Es que... ¿cómo se le ocurre? O sea, vale que nos vacilase por lo de que nos estábamos comiendo con la mirada con según qué ropa llevásemos puesta o, incluso, que me preguntase cómo fue nuestra primera vez; pero que me lo preguntase a mí, que hay confianza. Hubiese entendido, también, que quisiera saber algún detalle más de nuestra intimidad, la verdad que lo hubiese entendido, en serio, porque con ella... pues siempre hemos hablado de todo. Pero creo que se volvió loca ese finde, cuando os presenté.

— Y tú prometiéndome que la impresión que me estaba llevando no era la de la verdadera Cati.

Ainhoa volvía a pasear un dedo por la piel de la otra chica, siguiéndolo con la mirada, pensando en lo mucho que le gustaba estar con ella cada día.

— Es que... era muy fuerte la situación —concluyó Anghara reflexiva, antes de quedarse como tonta observando a su novia mientras disfrutaba de aquellas caricias.

Tras unos segundos de silencio, Ainhoa levantó la mirada para encontrarse, de nuevo, con los ojos de su chica. Permanecieron así unos instantes más.

— ¿Qué? —susurró Ainhoa al ver que una nueva sonrisa se adueñaba de los labios de Anghara.

— Y ahora *túúú*... —comenzó a cantar, causando que también su novia sonriera al reconocer la canción de Malú— llegaste a *míí*, *aaamor*. Y sin más cuentos, apuntas directo, en medio del alma. Y ahora *túúú*... llegaste a *míí*, *ooh*, *noo*, sin previo aviso, sin un permiso, como si *nadaaa*...

Se besaron.

— Sabes que adoro cómo cantas —Anghara asintió, se lo decía a menudo—. Y esa canción, bueno, esa parte de esa canción es... —Suspiró—. Me haces sentir algo tan, tan especial...

— Recuerdo que, la primera vez que te la canté, te pusiste hasta nerviosa.

— Estábamos en mi cumple, con toda mi familia, con amigos... Acabábamos de empezar y casi nadie lo sabía, me la cantaste suave, solo para mí —se mordió el labio al recordar la escena—. Y me dieron muchas ganas de hacerlos desaparecer a todos para quedarme a solas contigo.

PRIMERAS HORAS DEL VIAJE

Días después, se disponían a ir al aeropuerto para un viaje que deseaban muchísimo. No era lo mismo estar en una ciudad como Madrid que pasear por las calles de una isla en la que, por lo general, pasaban más desapercibidas.

Habían dormido juntas la previa noche para asegurarse de que ninguna de las dos se retrasara y despertaron emocionadas por el próximo viaje. En realidad, fue Anghara quien despertó primero y buscó el calor de su novia, apoyando la cabeza en su pecho desnudo. Ainhoa la abrazó y sonrió sin abrir los ojos.

Usar el viaje como motivo para dormir juntas era una excusa barata y tonta, pensaron. Ambas adoraban pasar la noche junto a la otra, pero ninguna sacó el tema ahora.

La primera noche en Canarias fue distinta a lo que tenían planeado. Las vueltas que habían dado aquella mañana y el ajetreo del aeropuerto y del avión habían conseguido provocar cierto malestar a Anghara. Así que Ainhoa la convenció para que se recostara en la cama en cuanto llegaron a la habitación del hotel.

— Estoy acostumbrada a viajar y no me suelo sentir así —apuntó Anghara mientras se acomodaba—. Claro que también... Hoy me vino la regla y ya sentía el cuerpo algo raro antes de subir al avión.

— Ha de ser eso, pero no pasa nada. Luego llamo al servicio de habitaciones y comemos algo. Quizá ahora solo necesitamos descansar.

— ¿Necesitamos? Si la que se encuentra mal soy yo —repuso risueña—. ¿Estás cansada tú?

— La verdad es que sí. Ayer no paré en todo el día y anoche apenas me dejaste dormir —añadió traviesa.

— ¡Oye! ¡Que tampoco es que rechazaras ninguno de mis besos! —protestó fingiéndose ofendida.

— ¿Alguien ha osado rechazarte un beso alguna vez? Sería idiota, ¿eh?

Con una sonrisa en los labios, Anghara abrió los brazos para que se acercara a ella. Ainhoa obedeció a aquella petición, subió a la cama y se abrazó a su novia; aunque enseguida se acomodó para ofrecerle su pecho como almohada, acogiéndola entre sus brazos.

— ¿Estás cómoda así? —se preocupó Anghara.

— ¿Con tu calorcito en mi cuerpo? Siempre —respondió antes de dejarle un beso en la cabeza.

Satisfecha y a gusto, Anghara se dejó mimar. Se sentía protegida con su chica cuidando de ella y empezó a relajarse al recibir las caricias en su cabeza.

Ainhoa sonrió para sí misma. Estaba cansada, sin duda, y le preocupaba el malestar de su novia, pero se sentía feliz por tenerla a su lado y por estar en un nuevo viaje que habían planeado juntas y que tanta ilusión les hacía. No le importaba pasar las primeras horas en Canarias metidas en la cama, lo necesitaban realmente.

Mientras Anghara comenzaba a ceder ante el sueño, su novia dejó que sus recuerdos juntas se adueñasen de su mente. Habían empezado siendo solo compañeras, se habían convertido en amigas, se habían enamorado y, ahora, allí estaban, siendo lo más importante la una para la otra.

Durante algo más de un año, se habían cuidado mutuamente y ninguna había permitido que la otra se viera afectada por inseguridades o malentendidos. Se sentía tan feliz que, a veces, aún creía que todo era un sueño.

— ¿En qué piensas? —susurró Anghara adormilada.

— Creía que estabas ya dormida.

— Lo estaba, pero tu corazón ha empezado a acelerarse. ¿Estás bien?

— Perdón —se disculpó risueña—, estaba pensando en nosotras, en nuestra relación. Y en la primera vez que verbalizamos un «te quiero».

Anghara sonrió, aunque su chica no la viera. Cada recuerdo que guardaba de ellas la hacía inmensamente feliz. Ainhoa continuó viajando en su memoria.

>>No llevaban ni un mes de relación, pero la estaban disfrutando día a día, tanto con planes especiales como con otros más simples. Incluso los ratitos entre secuencias de *Nouvelle cuisine* eran válidos para crear instantes inolvidables.

>>Una noche, como muchas otras, se encontraban en casa de Anghara, degustando un vino, sentadas en el suelo del salón, sobre unas mantas. Anghara se había acomodado allí primero, apoyando su espalda en el sofá e invitando a su novia a sentarse a su lado. Pero Ainhoa había escogido otro puesto, había preferido recostarse entre las piernas de la otra chica, que la acogió entre sus brazos y comenzó a hacerle caricias. Así, pusieron su atención en el nuevo capítulo de *Nouvelle cuisine*, aunque algo distraía a Ainhoa constantemente, algo por lo que, de vez en cuando, miraba de reojo a la otra chica, sin atreverse a decirle lo que le rondaba por la mente.

— ¿Estás bien, Ainhoa?

>>Se miraron a los ojos y la aludida trató de asentir con la cabeza, pero fue un gesto apenas perceptible.

— Ey, vamos, ¿qué pasa? —insistió Anghara con suavidad, regalándole una caricia en el rostro.

>>Ainhoa suspiró, se incorporó para quedar sentada frente a su novia y le tomó un mechón de pelo para jugar mientras evadía su mirada.

— Yo... *No me malinterpretes, no pretendo ser de esas novias agobiantes y posesivas que quieren decidir todo por su pareja y...*

— *No creo que puedas ser alguien así ni proponiéndotelo* —la interrumpió con cariño, tomándola de la barbilla para atraer su mirada—. *¿Qué te preocupa?*

— *Esa foto... que tienes en tu despacho...* —Suspiró de nuevo—. *Recuerdo que la vi cuando hicimos la entrevista juntas el mes pasado y me he fijado en que la sigues teniendo, esa en la que sales con...*

— *Mi hermano* —pronunció ayudándola a terminar la frase. Ainhoa adoptó una expresión de extrañeza—. *Somos Saúl y yo* —La besó fugazmente, rozó su nariz con la de ella en un gesto dulce y unieron sus frentes—. *Todos dais por hecho que es Marcos quien sale en esa foto* —prosiguió en voz baja—. *Ni siquiera se parecen, pero todos lo pensáis y yo no suelo desmentirlo.*

— *Apenas se le ve la cara, pero tú lo mirabas como... con devoción, no sé.*

— *¿Te has puesto celosa?* —le preguntó, moviéndose hacia atrás para tomar algo de distancia y poder mirarla bien a los ojos.

— *Me sentía un poco... ¿incómoda? No sé si es exactamente la palabra que mejor encaja. Es que... No sé* —sonrió nerviosa—. *Me he comido mucho la cabeza creyendo que, tal vez, que... Bueno... No sé si lo echas de menos aún.*

— *Quizá voy a sonar un poco fría, pero yo no he echado a Marcos de menos desde que rompí con él. Y admito que me sentí mal en algún momento, por no sentir algo más, pero...* —se encogió de hombros—. *No lo decidí, simplemente ha sido así.*

— *Yo... no echo de menos a mi ex, pero...*

— *Sé que, al dejarlo, tenías tus dudas.*

>>Ainhoa asintió.

— *Pero no me he arrepentido, eso quiero que te quede claro.*

>>Anghara le sonrió.

— *Lo sé. Y no creo que tenga nada de malo que, de vez en cuando, te acuerdes de él. Creo que... puedo entenderlo. No nos hemos dado tiempo para nosotras mismas, así que...*

— *No necesito tiempo para saber que quiero estar contigo, Jara. Pese a las inseguridades que he tenido, sé que me gustas y que siento por ti algo que nunca había sentido antes.*

>>Tras tales palabras, le tomó la cara entre sus manos y besó su frente, uno de sus párpados, su nariz y sus labios, como ya había hecho en otra ocasión, sin apresurarse con ninguno de aquellos besos. Con eso, pretendía transmitirle lo mucho que sentía por ella. Y Anghara, que recibía cada bezo con adoración, captaba el mensaje; no sentía duda alguna de que sus sentimientos eran correspondidos.

— *¿Sería pronto para decir que te quiero?* —preguntó Ainhoa en un titubeante susurro, manteniendo su rostro muy cerca del de su novia.

>>Anghara sentía una estampida en su estómago. Porque llamarlo «mariposas» quedaba demasiado lejos de aquel revuelo.

— *Yo también te quiero, sea pronto o no* —le respondió igual de temblorosa, acariciándole los labios con los dedos índice y corazón de su mano derecha.

>>Volvieron a besarse. Con ganas, con deseos. Y, al coger aire, Ainhoa volvió a unir sus frentes, cerrando los ojos, para luego abrazarla y apoyar su rostro en el hombro de Anghara.

— *Me encanta estar así contigo.*

>>Anghara sonrió, también cerrando los ojos, y, en respuesta, la abrazó más fuerte. Permanecieron así unos instantes, hasta que ella decidió retomar la palabra.

— *Mi hermano es mayor que yo* —le empezó a contar con suavidad—. *Creo que siempre lo he admirado. Como que en algún momento de mi infancia hasta habré querido ser como él en algo, no sé en qué. Y ahora, de mayores, sobre todo desde que yo me fui de casa para dedicarme a la actuación, creo que estamos más unidos, quizá por eso lo miro así en la foto. Él también vive aquí, en Madrid, y no nos vemos a diario, pero siempre estamos el uno para el otro cuando lo necesitamos. De hecho, me ayudó mucho hablar con él cuando dejé a Marcos. Se sorprendió con lo de haberme enamorado de otra mujer, pero me animó a tirar pa'lante.*

— *Me alegra que lo hiciera... Espero conocerlo pronto.*

— *Eso me encantaría* —admitió, y la besó en la cabeza, de nuevo abrazándola con más fuerza, algo que le robó una pequeña sonrisa a su chica.

Enamorada de aquel recuerdo, Ainhoa apretujó un poco más a Anghara en aquella habitación de hotel y, aunque no lo esperaba, recibió lo mismo en respuesta.

Siempre tendría *Nouvelle cuisine* como su mejor proyecto y «Belana» como su máspreciado inicio de algo nuevo. Aquella serie y el personaje que interpretaba en la misma eran los verdaderos precursores de su amor con Anghara.

PLACER

Con las primeras luces del nuevo día, Anghara abrió los ojos y tardó en ubicarse. Sus sueños la hicieron dudar de si había empezado ya su viaje y se sintió tonta por haber dudado.

Al girarse hacia su novia, se quedó quieta, observándola, sintiéndose la persona más afortunada sobre el planeta. Ya habían celebrado su primer aniversario, recordó. Un año juntas. Un año compartiendo momentos, experiencias, aprendizajes e, incluso, trabajo. Un año y deseaba que fuera así el resto de su vida.

— Uhmm, buenos días, mi amor —murmuró Ainhoa entreabriendo los ojos y acercándose más a ella para abrazarla—. ¿Te encuentras mejor?

— Tengo a la mejor doctora a mi lado, ¿tú qué crees?

Ainhoa sonrió, con los ojos de nuevo cerrados.

— Si fuera doctora, tendría trabajo más estable —Lo meditó rápidamente—. O no, a saber.

— Oye, que con *Nouvelle cuisine*, de momento, tenemos trabajo estable.

— Cierto, eso sí.

Anghara se concentró en ella, en su rostro, mientras lo recorría suavemente con un dedo. Lo hacía siempre que podía, le encantaba. La serenidad que su novia le transmitía era inmensa. Ainhoa abrió los ojos y permaneció en silencio, observando a la otra chica sin moverse ni un milímetro, para que no apartara su mano, para que continuase perdida en su piel.

— Tienes una cara tan perfecta...

— Que me digas eso con esta cara de dormida me confirma que estás muy enamorada de mí —se burló sin malicia, haciéndola sonreír.

— Eres preciosa, eso no lo pueden cambiar ni las marcas de la almohada ni el maquillaje.

— Tú sí que eres preciosa —le rebatió—. Ven aquí, anda —añadió lanzándose a besarla.

Y, tal como otras muchas mañanas, sus besos empezaron siendo tiernos, sin más intenciones que la de darse los buenos días, pero fueron aumentando de intensidad.

— Ey, que tengo la regla —le recordó Anghara en voz baja, dudando en si dejarse llevar o no.

— Mi amor... —pronunció Ainhoa casi como un reclamo, y no hicieron falta más palabras ni interrupciones que ninguna de las dos deseaban.

Decidieron ducharse antes de bajar a desayunar. Puede que se les hiciera un poco tarde al entretenerse en la ducha con nuevos besos, caricias y placeres, pero les dio tiempo a tomar el desayuno antes de salir a recorrer algunos lugares de la isla.

Habían estado allí en otras ocasiones, pero no les importaba repetir visitas a pueblos o zonas cuyo encanto merecía la pena. También escogieron un restaurante que ya conocían para el almuerzo, uno no muy alejado del hotel. Y, tras ello, decidieron pasear por la playa, descalzas a la orilla del mar.

Ainhoa tomó la mano libre de Anghara con suavidad, adorando poder compartir la ubicación y el paisaje con ella. A ambas les encantaba el mar y lo cierto era que el clima de Gran Canaria mejoraba aquel paseo, entre charlas y miradas llenas de complicidad.

Al cabo de un largo rato, cuando se disponían a regresar al hotel para cambiarse de ropa y acudir al restaurante en que habían reservado mesa para la cena, Ainhoa detuvo los pasos de su

novia tirando de su mano. Anghara se giró enseguida hacia ella y, sin necesidad de hacerle preguntas, comprendió lo que quería. Un beso. Otro, sí, porque, aunque se dieran miles, siempre querrían más. Y se besaron sintiendo en sus pies el cosquilleo de las suaves olas, notando en sus brazos la brisa marina, aquel aire fresco tan distinto al de las ciudades como Madrid.

— Tendríamos que irnos ya —susurró Anghara, aún con su rostro muy cerca del de su novia, abrazándola por la cintura—. El restaurante de Guayadeque no está tan cerca como el de mediodía.

— Ummm, cierto... —Le dio otro beso, uno fugaz, y bajó sus brazos, que antes rodeaban a su chica por encima de los hombros—. Tus labios tienen suerte de que tenga hambre y de que vamos a comer en ese sitio de las cuevas, que me encanta. Si no, te los estaría desgastando de nuevo.

— No sé si eso es suerte buena o suerte mala —repuso Anghara con un tono similar, bromista.

— Toda la razón, yo tampoco lo sé.

Se quedaron unos segundos más allí, quietas, frente a frente, mirándose a los ojos sin dejar de sentirse dichosas. Hicieron un gran esfuerzo por retomar sus planes y, con ello, sus pasos. Pero, de nuevo, Ainhoa detuvo a la otra actriz, esta vez, abrazándola por la espalda, besándole el cuello y poniendo el móvil ante ellas para sacar algunas fotos. Anghara disfrutó de aquel beso que se prolongó más de lo que esperaba y Ainhoa, sin ni siquiera pretenderlo, capturó su expresión en una fotografía. Su intención era que ambas posaran para aquellas imágenes de recuerdo, pero, al entretenerse con el cuello de su novia, apretó los botones sin querer. Luego sí, posaron sonrientes para un par de fotos en las que Ainhoa continuaba abrazando a su chica por la espalda, apoyando su barbilla en el hombro de la misma.

Una vez en el hotel, se prepararon en tiempo récord, conscientes de que podían perder la reserva si se retrasaban, y se pusieron rumbo a aquel restaurante que habían descubierto unos meses atrás, en medio de unas carreteras algo alejadas de las urbanizaciones. Existían varios restaurantes en la zona, pero ellas escogían siempre el mismo, ubicado en unas cuevas del Barranco de Guayadeque. No solo les parecía un lugar interesante y acogedor, sino que les parecía el mejor para degustar comida típica de la isla.

Mientras esperaban su pedido, comenzaron a revisar las fotos que habían hecho durante el día, riéndose cuando no les gustaba alguna de ellas y enamorándose de otras en las que se veían juntas. Al llegar a una de las últimas que habían sacado en la playa antes de ir a cenar, Ainhoa se humedeció los labios y tragó saliva sin darse cuenta. No dijo nada, solo se quedó perdida en aquella imagen.

Anghara se percató de aquellos gestos y volvió a acercarse un poco más a ella para ver su móvil. En la pantalla, se reconoció a sí misma, con los ojos cerrados, mordiéndose el labio mientras Ainhoa besaba su cuello. Su expresión manifestaba tal placer que hasta se le erizó la piel al observarse, sintiéndose de nuevo excitada.

— No sabía que habías hecho foto ahí —murmuró intentando recuperar el control sobre sí misma.

— Yo tampoco, lo prometo —respondió Ainhoa enseguida, levantando la vista para encontrarse con su mirada—. Pero... joder...

Anghara sonrió, comprendiendo que no era la única a quien aquella foto le había transmitido ciertas sensaciones inesperadas.

— Es que me besas el cuello de tal manera que... —intentó justificarse—. No sé, que me encanta y pierdo un poco el sentido.

— Ya veo —aceptó traviesa—. No sé si me da un poco de rabia haberme perdido esas expresiones tuyas mientras disfrutaba de tu piel. Estoy pensando poner cámaras en casa, para grabarte cada vez que...

— ¡Ni de coña! —la interrumpió Anghara divertida—. O me besas o me miras.

Ainhoa dejó salir su risa. Por supuesto que estaba bromeando, nunca le había gustado la idea de ser grabada en la intimidad. Ya era suficiente cuando le tocaba hacer alguna escena de aquel estilo en un plató, con todos mirando y ella teniendo que seguir una especie de coreografía que, tras el trabajo de edición, quedaba perfecta. En la vida real, era todo distinto, claro, no había coreografía ni un plan exacto a seguir; solo tenía que complacer sus deseos y los de su novia para llegar al placer que buscaban.

— Oye, pero en serio —siguió Ainhoa, bajando un poco más la voz—, me he excitado con solo verte así en la foto, que...

— Lo he notado —volvió a interrumpirla—. Pero tranquila, que no eres la única.

— Es que es esa expresión... Así te veo cuando... —hizo un gesto que pretendía dar evidencia a sus palabras sin necesidad de acabar la frase, pero Anghara fingió no comprenderla—. Jolín, que es la misma expresión que te sale cuando estamos haciendo el amor.

— ¿En serio? —Le hacía gracia, pero se enrojeció un poco—. Pues mira que besas bien para conseguir eso sin meterme mano. Bueno, sí, eso ya lo sabía... Tengo que admitir que, cuando me atrapaste por la espalda y empezaste a besarme así, me sentí excitada. Y claro está que no puedo negarlo, porque tienes la mejor prueba —añadió señalando el móvil.

Ainhoa volvió a reírse, no solo por aquellas palabras, sino porque notaba a su novia ruborizada y se le hizo tierna. La besó en la frente, suspiró y continuó mirando las fotos. No obstante, volvió a aquella foto en cuestión de segundos.

— Es que, de no haber estado en la playa, con público, estoy segura de que me habrías desnudado en un abrir y cerrar de ojos —comentó, ahora causando la risa de su chica.

— Pues no te lo niego, no.

— Es como aquella vez en el camerino, ¿recuerdas? Cuando tuvimos unas escenas de «Belana» un poco subidas de tono y luego teníamos un descanso y...

— Ummm... Sí. Qué vergüenza, *mare meua*... Que Mara y Merche casi nos pillan.

>>En aquella ocasión de la que hablaban, se habían ido al camerino con más ganas que nunca de encontrarse a solas y apagar un poco las ganas que se tenían. Durante los rodajes, no daban pie entre ellas a nada que fuera más allá de los besos, pero solía ser suficiente para ambas, porque eran conscientes de que ni tenían el camerino para ellas solas ni era un lugar donde quisieran exponerse.

>>Sin embargo, esa vez, estuvieron a punto de pasar sus propios límites.

>>Estaban en el sofá más cómodo del camerino, sentadas, besándose con toda la intensidad y la pasión que las invadía. Anghara optó por sentarse sobre Ainhoa, con sus rodillas sobre el sofá, como había hecho otras veces, y continuaron aquellos besos y caricias que cada vez iban cobrando más vida. Ainhoa fue la primera en atreverse a ir un poco más lejos, metiendo su mano bajo la falda de la otra chica, que, en un primer momento, se dejó llevar disfrutando de las caricias sobre su ropa interior.

— Ainhoa... —consiguió pronunciar, casi como un ruego, sin decidir aún si quería que parase o que continuase, aunque intentando convencerse de que era mejor lo primero.

— *No va a venir nadie* —le respondió en un susurro, sin saber si era verdad o no, solo deseosa de disfrutar, y la besó en el cuello.

— *Uhmm... Mi amor...* —Quería y no quería seguir. Quería y no quería parar—, *no me hagas esto.*

>>Aunque, por un instante, se dejó llevar y su rostro adoptó aquellas expresiones de placer que confirmaban a Ainhoa que iba bien encaminada, tuvo que hacer un esfuerzo enorme por detener la mano de su novia. Alguna de las dos tenía que mantener algo de cordura.

— *Entonces, vámonos a casa, Jara. No pienso quedarme así y mucho menos dejarte a medias.*

>>Anghara apoyó su frente en la de la otra chica, sintiendo que le faltaba el aire más que nunca, que su corazón latía tan desbocado como si quisiera echar a correr. Aún tenía atrapada la mano de su novia para evitar que recuperase el control y dudó en si de verdad quería evitarlo.

— *No podemos irnos* —logró rebatirle—, *nos quedan varias secuencias por grabar.*

>>Un resoplido de frustración fue la respuesta de Ainhoa. Sabía que su novia tenía razón y odiaba que la tuviese. Anghara le sonrió, le regaló un nuevo beso tan profundo como los anteriores y le prometió que terminarían aquel tema pendiente por la noche. Luego, se obligó a levantarse, porque no estaba segura de poder seguir conteniéndose si continuaba en aquella posición.

>>De pie, Anghara se arregló la falda y empezó a abanicarse el rostro mientras la otra actriz se rehacía la coleta sin dejar de observarla. Ainhoa se sintió un poco culpable por lo que le había causado, por permitirse excitarla tanto cuando no podía llegar al final.

— *Ven aquí* —le pidió con cariño.

>>Anghara la quiso regañar con la mirada, preguntándose si de verdad iba a insistir en hacer algo más cuando sabía que podían ser descubiertas. Y no le preocupaba que sus compañeras pudieran pillarlas besándose, pero no era lo mismo un beso que una escena sexual. Ainhoa sonrió divertida, consciente de aquellos pensamientos.

— *No voy a meterte mano, Jara, ven* —insistió, haciendo un gesto hacia el sofá para que tomase asiento a su lado.

>>Le hizo caso, se sentó donde le indicaba y le dio la espalda cuando se lo pidió, permitiendo que le quitase el coiletero y le masajeara un poco la cabeza, el cuello y los hombros. Luego, Ainhoa la atrajo más hacia sí misma, consiguiendo que se recostara boca arriba, con la cabeza sobre su regazo; se agachó para regalarle un pequeño beso lleno de ternura y comenzó a peinarla con los dedos.

— *Lo siento* —susurró—, *no quería dejarte así.*

— *Mi amor, que yo tengo tantas ganas como tú. Lo hemos empezado las dos y no tienes que disculparte. Eso sí, esta noche no te salvas.*

>>Ainhoa sonrió, aunque se sintió cohibida un segundo después, cuando Mara abrió la puerta del camerino sin previo aviso y se adentró en él seguida de Merche. La mirada que intercambió la pareja en el sofá fue una mezcla entre el alivio y lo cómico.

— *Anda, qué bien se lo montan algunas* —comentó Merche al observar a Anghara—, *yo también quiero masajitos así.*

— *Son los privilegios de ser mi novia* —repuso Ainhoa bromista.

>>Las recién llegadas no le dieron gran importancia a aquellas palabras, porque, con todo el asunto de «Belana», Anghara y Ainhoa solían aludirse como novias en honor a sus personajes. Aún no sabían que aquella relación había traspasado las pantallas.

— *Voy a pedir a los guionistas que me pongan ya un novio* —tanteó Mara—, *uno que esté muy bueno y... Oye, que si es un actor soltero, por mí, mejor.*

>>Las demás rieron.

— *Claro, claro. Soltero y cachas* —apoyó Merche—. *Mira, me has convencido, voy a pedir uno yo también.*

— *Cuidado con lo que pedís* —les advirtió Anghara divertida, con los ojos cerrados mientras continuaba disfrutando de las caricias de su chica—, *que, incluso si no es soltero, os podéis enamorar y acabáis tan perdidas como nosotras.*

>>Se hizo tal silencio que necesitó abrir los ojos para ver qué ocurría. No había dicho tales palabras a conciencia, sino que las había pensado en voz alta. Las otras tres tenían sus miradas puestas en ella y se mordió el labio con cierta culpabilidad al encontrarse con los ojos de su novia. Pero Ainhoa le sonrió, se agachó para volver a besarla tan profundamente como pudo desde aquella posición y, al reincorporarse, ambas analizaron la reacción de sus otras compañeras.

— *Tarde o temprano lo ibais a saber* —les dijo Ainhoa mostrándose despreocupada, aunque su corazón latía más acelerado por haberse atrevido.

— *¿Lo decís en serio?* —cuestionó Mara tras intercambiar una mirada con Merche y ver que estaba tan sorprendida como ella—. *¿Estáis liadas? O sea, he escuchado rumores, que os besasteis en el plató después de que el director cortase, pero...*

— *Sí, se nos fue un poco la olla* —admitió Anghara—. *No habíamos hablado nada aún, pero sí, estamos... No liadas, esa palabra no nos define, ¿no?* —dudó, ahora mirando a su novia.

— *Enamoradas, prefiero yo* —dijo Ainhoa sin pensar, sintiéndose enrojecer al instante.

>>Viéndola desde su posición, aún con la cabeza en su regazo, a Anghara se le hizo más tierna que nunca y, queriendo transmitirle calma, le acarició el rostro.

— *¡Ay! ¡Pero qué bonitas!* —chilló Merche de repente, acercándose a abrazarlas, sin importarle que casi aplasta a Anghara, que tuvo que incorporarse enseguida.

>>La pareja la recibió sin poder evitar reírse. Mara tardó apenas unos segundos en unirse a las risas y al abrazo. Luego, comenzaron las mil preguntas sobre cuánto tiempo llevaban con aquella relación, cómo había surgido, quién se había decidido primero a declararse... Y Anghara y Ainhoa contestaron a todo con confianza, siendo la primera vez que se lo contaban a alguien externo a sus familias.

EL MEJOR LUGAR

Lo que más gustaba a las chicas de aquella isla, a la que escapaban de vez en cuando si les era posible, era el estar rodeadas de una variedad paisajística que podían disfrutar según el clima o sus ánimos. Así, mientras algunos días preferían pasear por pueblos o por la cumbre, dedicaban otros a relajarse en la playa y a realizar actividades acuáticas.

Así, tenían más que decidido y planeado hacer surf al menos uno de aquellos días. Alquilieron unas tablas, se prepararon y se metieron en el agua. Estaban tan animadas, tan agradecidas con la escapada, con la compañía y con cada momento, que no habrían podido fingir lo contrario, por muy buenas actrices que fueran.

Coger olas, observarse y grabarse o fotografiarse la una a la otra cuando se ponían en pie en la tabla, reír juntas cuando alguna se caía, sentir el sol en la piel y el agua refrescándolas... Todo iba quedando tatuado en sus recuerdos. Era genial que, para algunas cosas, sus gustos coincidieran, como con el surf, puesto que disfrutaban el doble cuando compartían sus experiencias.

Tras un largo rato, se recostaron cada una en su tabla y remararon hasta estar muy cerca. Se dieron un rápido beso, por el que estuvieron a punto de caer al agua y acomodaron la cabeza sobre un brazo, mirándose la una a la otra y tomadas de la mano para evitar un alejamiento. Se sentían cansadas, pero les relajaba el vaivén del mar y, por ello, se resistían aún a volver a tierra firme.

— Tengo hambre —murmuró Anghara en algún momento.

— Te iba a decir lo mismo —comentó Ainhoa risueña—. ¿Comemos en algún local de por aquí o quieres ir primero al hotel a ducharte?

— Por aquí, mejor, ¿no? Así podemos volver luego y tomar un rato el sol.

Así lo hicieron. Escogieron el restaurante que más llamó su atención, tanto por el menú como por la poca concurrencia de clientes. Degustaron la comida mientras mantenían una amena charla que abarcó desde recuerdos con la tabla hasta anécdotas de años atrás. Y tras ello, tal como había sugerido Anghara, volvieron a la playa.

Caminaron un rato a paso lento, por la orilla del mar, continuando su charla sin prestar atención a las personas que seguían pasando el día allí. Se vieron reconocidas por un par de jóvenes que cuchichearon sus nombres, pero fingieron no haberse percatado de ello. Por suerte, a aquellas alturas del mes, siendo época escolar, no era demasiada la gente que pasaba los días en la playa. Después, escogieron un hueco en la arena, el que les pareció el recoveco más apropiado para pasar un poco desapercibidas; extendieron sus toallas y se sentaron.

— Me echas crema otra vez, ¿*porfa*? —pidió Anghara señalando su propia espalda.

Como respuesta, Ainhoa le hizo hueco entre sus piernas para que cambiase de puesto y la otra chica se movió al instante, apoyando sus brazos en las rodillas de su novia y sintiendo el frío de la crema en cuestión de segundos. Se encogió ligeramente con ello.

— Uy, perdón —se disculpó Ainhoa, esparciéndole la crema, con suavidad, por la espalda. Se tomó más tiempo del necesario, masajeándole los hombros, y se acercó más a ella para susurrarle al oído—. Si te beso ahora el cuello, ¿pondrás la misma cara de placer que en la foto?

Anghara sonrió nerviosa, girando su cabeza levemente hacia el mismo lado en que la había escuchado.

— Puedes probar —le respondió también en un susurro—. De momento, con el masaje haces volar mi imaginación.

— Hemos escogido el mejor lugar, con poca gente y que van cada uno a su aire, pero las gafas de sol no te van a esconder mucho, ¿eh? Ni a mí tampoco.

— Entonces, no hagas locuras de las que no se deben hacer en público.

— ¿Y si, en lugar de hacerlas, te las cuento? —susurró de nuevo. Aunque no obtuvo respuesta audible, sabía que su chica le prestaba atención. Le besó el cuello, sin entretenerse tanto como en el momento de la foto que había mencionado, y volvió a acercarse a su oído mientras, con ambas manos, le acariciaba los costados, sin ninguna prisa—. Tengo muchísimas ganas de besarte. De besar tus labios, tu cuerpo, tus pechos... Tengo muchísimas ganas de tocarte, no tanto como lo estoy haciendo, sino más hacia tus pechos, pasar por tu vientre y seguir bajando. Quiero que sientas mis manos entre tus piernas —añadió llevando las manos hasta donde alcanzaba de los muslos de Anghara, que parecía contener la respiración cada vez más al sentir en su piel la presión de los dedos de su chica—, que sientas mis manos y, luego, mis labios... y mi lengua. Quiero...

— Para —se apresuró a rogarle Anghara sofocada, interrumpiéndola al tiempo que se giraba hacia ella. Aunque no podían verse los ojos, ocultos por las gafas de sol, sostuvieron la mirada de una sobre la otra—. Me estás poniendo muchísimo —añadió conteniéndose para no plantarle un beso como el que le apetecía.

Ainhoa se mordió el labio en un mal intento de ocultar su sonrisa.

— No sé por qué, pero no puedo dejar de desearte —confesó—. No entiendo cómo pude perder tanto el tiempo cuando empezamos a grabar lo de «Belana».

Aunque midiéndose, Anghara la besó.

— Lo mismo mañana no te dejo salir de la habitación, te aviso.

La risa de Ainhoa escapó casi antes de escuchar el final de la advertencia. Pero, al ver que Anghara volvía a darle la espalda, dispuesta a levantarse, la rodeó por debajo de los brazos y la atrajo más hacia ella, regalándole un nuevo beso en el hombro, con ternura, antes de apoyar su cabeza en el mismo sitio. Anghara no se opuso, al contrario, se acomodó contra el cuerpo de su novia, cerrando los ojos y regalándole caricias en los brazos.

— De verdad que, si en este momento de mi vida me preguntasen cuál es mi lugar favorito, no podría decir otro más que «tú», «Ainhoa Rueda».

— Te entiendo completamente, Jara —La apretujó un poco más contra sí misma—. Te has convertido en mi hogar, en mi lugar seguro.

Permanecieron tal como estaban durante un rato largo, hasta que el calor las obligó a buscar algo de fresco. Entonces, se levantaron y caminaron hacia la orilla del mar, mientras comentaban los planes para aquella noche.

Se adentraron en el mar hasta que el agua les cubría poco más del vientre y se sumergieron por completo durante unos segundos. Al emerger, mantuvieron sus cuerpos bajo el agua y continuaron charlando.

Tenían pensado ir a bailar y a tomar algo, pero ahora se sentían tan cansadas que empezaban a dudar de sus planes. Quizá les venía mejor algo más tranquilo, pero estuvieron de acuerdo en que ya tendrían noches calmadas cuando regresaran a Madrid.

A CASA

Unos días después, aquella maravillosa escapada llegaba a su fin y las chicas sentían una mezcla de satisfacción y tristeza. Habían disfrutado cada segundo, pero habrían querido seguir haciéndolo algunos días más.

— ¡Feliz cumpleaños, mi *amooorr*! —fueron las primeras palabras de Anghara al despertar a su novia más temprano de lo habitual.

Primero se había levantado con sigilo para esperar en el pasillo al empleado del hotel que tenía que llevarle algo a la habitación. Luego, había encendido una vela sobre el pequeño trozo de tarta que había encargado junto con el desayuno.

— ¡Ayy! —exclamó Ainhoa soñolienta, con una gran ilusión reflejada en su rostro—. Gracias, novia mía —La besó—. ¿No hay canción antes de soplar la vela?

Aunque no pudo evitar una pequeña risa, Anghara, sentada junto a su novia, la complació cantándole la clásica canción de cumpleaños. Después sí, Ainhoa apagó la vela.

— ¿Tienes hambre? He pedido un desayuno completito, verás...

— Tengo hambre de ti —la interrumpió la cumpleañera, tirando de ella para evitar que se fuera de la cama, y volvieron a besarse.

— El desayuno puede esperar —murmuró Anghara antes de dejar la tarta sobre la mesita y sumergirse en un nuevo beso.

Habría pasado quizá una hora cuando terminaron de desayunar. Aún tenían tiempo de sobra para prepararse e irse al aeropuerto, pero se disponían a empezar ya, porque se conocían y sabían que se entretendrían.

Fue poco antes de salir cuando Anghara retuvo a la otra chica y la hizo sentarse en el borde de la cama. Cogió algo de su mochila y se sentó junto a ella. Antes de que pudiera hacer o decir algo más, Ainhoa se lanzó a besarla, con ansias, dejándole claro que el mejor regalo que podía recibir era ella, toda ella, sus besos, su tiempo, su compañía.

Dejaron de besarse cuando la cumpleañera sintió algo en su mano y miró intrigada, a tiempo para ver cómo Anghara le ponía un bonito anillo dorado, adornado con un pequeño símbolo de infinito dibujado con flores diminutas.

— No es de compromiso, no te asustes —bromeó—, aunque, si quieres que lo sea, podemos negociarlo.

— Pero qué lindo, Jara... —comentó Ainhoa maravillada—. Yo contigo estoy comprometida desde el primer día, aunque nunca hablemos de boda —añadió en un tierno susurro, haciéndola sonreír de nuevo. Volvió a mirar la joya antes de proseguir—. Pues ahora mi regalo me parece menos especial.

— Ah, ¿que también tienes un regalo para mí? Pero si es tu cumple.

— Ya sé que es el mío y no el tuyo, pero imaginaba que tendrías algo y no me apetecía tener un regalo y no darte nada —confesó sacando una cajita de su bolso y poniéndola entre ellas—. Y ya lo sé, ya sé que no necesitas nada a cambio, igual que no necesito yo que me regales nada, pero se me ocurrió que podrías lucir algo casi tan bonito como tú.

Le dio otro beso, esta vez fugaz, antes de abrir la cajita, sin dejar de observar a su novia para no perderse su reacción ante aquella cadena de oro con un colgante en forma de corazón.

— Ainhoa, es precioso —apuntó Anghara cogiéndolo con cuidado entre sus manos para verlo más de cerca—. Gracias, mi amor —volvió a besarla—. ¿Me ayudas a ponérmelo?

Así que, incluso si los regalos no les parecían necesarios para demostrarse la una a la otra

lo mucho que se querían, lucirían aquellos con todo el orgullo.

Una vez en el aeropuerto de Gran Canaria, pasaron el control de equipaje y agradecieron la rapidez con que encontraron la puerta de embarque. En el aeropuerto de Madrid, mucho más grande y más concurrido, era casi imposible hacer tales cosas en tan poco tiempo.

Tomaron asiento una junto a la otra, con sus maletas en medio de sus pies. Aún quedaba un rato para embarcar.

— ¿Lista para volver a casa? —preguntó una Ainhoa cansada pero risueña.

— Sí y no, la verdad.

— Ya, si es que esto es una maravilla. Lástima que nos quede tan lejos del curro.

— Sí, bueno, eso también —aceptó Anghara, recostando su cabeza hacia atrás y perdiendo la mirada hacia el alto techo de aquel lugar.

— ¿Eso también? ¿A qué más te referías?

Anghara dudó su respuesta, aún mirando hacia arriba, hasta que su novia insistió.

— Pues es que... —empezó a decir, ahora girándose a mirarla— quería proponerte algo y... no sé cómo lo voy a tomar.

Quizá esperando una respuesta antes de hacer la pregunta, dejó pasar unos instantes sin añadir nada.

— ¿Qué? —la apuró Ainhoa intrigada.

— Es que... —Suspiró y le tomó una mano entre las suyas—. Puedes decir que no sin problema, que no lo tomaré a mal, pero...

— Mi amor, que no puedo contestar sin saber —insistió la otra chica al ver que volvía a quedarse callada, y le sonrió—. Aunque contigo es un sí a casi todo —añadió acercando su rostro al de Anghara un poco más—. Y digo «casi» porque no sería buena cómplice en un delito, me delatarían los nervios.

Las dos permanecían mal sentadas en aquellos asientos no demasiado cómodos, con sus cabezas recostadas atrás, sobre el espaldar, aunque viradas para mirarse la una a la otra.

Anghara le devolvió la sonrisa y la besó fugazmente antes de retomar la palabra.

— Llevo tiempo pensando en lo mucho que me gusta dormir y despertar contigo. Que, cuando cada una se queda en su casa o cuando me voy a Valencia sin ti, como que... No sé, no me gusta tanto. Y estos días aquí han sido tan especiales, estando las veinticuatro horas juntas, que, aunque sé que no es lo mismo estar de vacaciones, de verdad me gustaría que fuera siempre así. No sé si lo has pensado en algún momento, pero estoy deseando que quieras venirte a mi casa, o sea, mudarte, para vivir juntas.

Ainhoa la escuchaba sin darse cuenta de la tonta sonrisa que mostraban sus propios labios.

— Ya sé que tienes tu casa —prosiguió Anghara— y, bueno, podemos hablarlo, pero pensé en la mía porque es un poco más grande. Tenemos el despacho, una habitación extra por si viene mi familia o si invitamos a alguien y...

Dejó de hablar porque Ainhoa se acababa de incorporar y se estaba acercando más a ella otra vez. Se notaba tensa, incluso si creía que su chica no parecía haber tomado a mal su propuesta. Se sintió algo relajada al recibir los labios de Ainhoa sobre los suyos.

— Perdona por no habértelo propuesto yo antes —se disculpó Ainhoa tras el beso, manteniendo sus rostros cerca—. Lo he pensado mil veces y no me atrevía, no sabía si te apetecería que diéramos ese paso.

La tensión de Anghara desapareció por completo ahora. Le regaló otro fugaz beso a su chica y le sonrió.

— Entonces..., ¿en tu casa o en la mía? Desde el momento en que escojamos una, será nuestra, que conste.

Y estuvieron de acuerdo en quedarse en la de Anghara, porque, como ella había dicho, era un poco más grande y, para Ainhoa, sus mejores recuerdos juntas estaban allí, donde habían empezado a conocerse como amigas, donde habían concedido su primera entrevista conjunta, donde habían empezado a asimilar y a confesarse lo que sentían, donde habían hecho el amor por primera vez...

FOTOS

En el mismo instante en que pusieron un pie en el aeropuerto de Madrid, sintieron un ambiente completamente distinto al de la isla de la que llegaban. Intercambiaron una mirada al pensarlo y suspiraron con cierta resignación.

En Gran Canaria, siempre percibían una calma general que muy rara vez encontraban en la ciudad en que vivían. En el aeropuerto de Madrid, todos iban con unas prisas monumentales, mientras que ese estrés parecía no existir en el de la isla.

Daniela, que las esperaba fuera, las recibió con un pequeño abrazo y las ayudó a meter el equipaje en el maletero. Luego, se pusieron rumbo a la casa de Ainhoa, donde dejarían las maletas y se cambiarían rápido de ropa para, seguidamente, ir a casa de María Lucía. Ambas habían dejado sus coches en el garaje de Anghara, por lo que sería Daniela quien las llevase.

De nuevo en el coche, Ainhoa miró su móvil y dio un resoplido.

— Otra vez se me ha trabado.

— Es que son demasiadas notificaciones juntas —supuso Anghara, que tenía el mismo problema.

— ¿Y cómo habéis gestionado el tema de las fotos? —intervino Daniela.

— Pues como siempre, ya sabes que a tu hermana le encanta hacer un millón.

— Y a ti otro, guapa —se defendió Ainhoa virándose hacia atrás para acompañar sus palabras de una mirada que también la regañaba.

Las otras dos rieron por un momento.

— No, tontas, me refiero a las de Marcos —aclaró Daniela.

Ahora, en lugar de risas, las expresiones de la pareja dejaban claro que estaban confusas. Al recibir el silencio como respuesta, Daniela miró a su hermana, que estaba en el asiento de copiloto, y luego a Anghara, a través del retrovisor interior.

— Vale, sí que habéis desconectado —comprendió la conductora—. Mira que mamá me dijo que me callase, que seguro que no sabíais nada, pero se me ha ido la bola y con eso de que tenéis tantas notificaciones...

— Porque llevamos días con las redes sociales cerradas —le explicó Anghara.

— Y en mi caso, además, porque hoy es mi cumpleaños y la gente me está mandando un montón de felicitaciones. ¿De qué fotos hablabas?

Daniela volvió a echar una mirada a su cuñada a través del retrovisor.

— Pues que... hace unos días, salieron a la luz un puñado de fotos, aparentemente nuevas, inéditas, de Anghara con su exnovio.

— ¿Qué? —cuestionaron ambas a la vez.

Sin esperar respuesta, las dos se metieron en internet, tan rápidamente como les permitieron sus móviles. No les hizo falta buscar mucho para encontrarlas. Se trataba de unas fotos publicadas el mismo día en que ellas habían cogido el vuelo hacia Gran Canaria y los titulares comentaban que la actriz había sido vista con aquel chico dos días antes.

— Vuestras *repres* estuvieron de acuerdo en no deciros nada mientras vosotras no preguntarais —les contó Daniela—. Mola que estén las dos en contacto cuando pasan cosas de estas —añadió pensando en voz alta—. De hecho, la tuya, Ainhoa, llamó a mamá y ella también pidió que no os estropeáramos el viaje. Lo mejor son los comentarios de los fans —concluyó divertida.

Ambas actrices revisaron tales comentarios para saber un poco sobre lo que se estaba

especulando.

— «¿Entonces sigue con él?» —preguntaba un usuario.

— «¿Han vuelto o qué onda?» —había escrito otro.

— «Yo prefiero seguir imaginando que se cambió de acera y es feliz con Anghara, hacen mejor pareja» —leyeron por otro lado.

— «*Nhoara is real*» —añadía alguien al mensaje anterior, incluyendo una foto de ellas dos mirándose con ternura en alguna secuencia de la serie.

Varios comentarios más incluían otras imágenes con las que la gente argumentaba que entre ellas se miraban de una forma distinta a como miraban a los chicos y que reflejaban más química y complicidad que entre alguna de las dos y sus respectivos exnovios. Otros fans les contradecían explicando que también existía la complicidad entre amigas y abogaban por respetar la privacidad de las actrices.

— «Vale, felicidades, ¿alguna noticia importante de verdad?» —cuestionaba otra persona cuyas palabras hicieron sonreír ligeramente a Anghara, porque adoraba que hubiera gente que no se interesase por la vida privada de los demás, incluso de los famosos.

— «¿Pero este es el que estaba con ella cuando empezó *Nouvelle cuisine*? Creía que habían roto» —había escrito alguien más.

— «¿Por qué es noticia? Hacen buena pareja y ella se ve contenta, así que tan malo no será» —leyó Ainhoa sintiéndose algo asqueada, quizá porque también ella veía a una Anghara contenta en aquellas imágenes que no recordaba haber visto antes.

Casi como si se hubieran puesto de acuerdo, se miraron la una a la otra al mismo tiempo. Así, Anghara notó enseguida que la expresión de su novia pedía algún tipo de explicación para comprender tal novedad.

— Que esto no es cierto, Ainhoa, que yo no he quedado con él.

— Pero... ¿y estas fotos?

— Pues tengo un vago recuerdo de ellas, pero ya te digo yo que no son de dos días antes de irme contigo a Canarias.

Incluso Daniela notaba la tensión a su alrededor y se sintió culpable. Quizá podía haber esperado un poco más para hacerles saber lo que ocurría, en lugar de haberlo hecho cuando se dirigían a celebrar el cumpleaños de su hermana mayor.

— Eso le dije yo a mamá —intervino queriendo relajar el ambiente—, que probablemente serían de hace tiempo y el chico las habrá sacado ahora.

— ¿Con qué motivo iba a mostrar alguien fotos así con su ex? —le cuestionó Ainhoa, aunque ni esperó respuesta—. Mira, vamos a dejar el tema, que no quiero amargarme el cumpleaños.

— Pero, mi amor... —intentó Anghara, interrumpiéndose al ver la mirada que obtuvo en respuesta.

Quizá era mejor dejar la conversación para más tarde, para cuando estuvieran a solas, y ahí podría explicarle que... Ni siquiera sabía qué explicarle, porque aquellas fotos no tenían por qué haber visto la luz.

Apenas unos minutos más y ya estaban en casa de María Lucía. Gracias a Dios, pensó Daniela, porque aquel silencio tenso en el coche le había resultado casi lo más incómodo de su vida.

Anghara fue la primera en salir del vehículo, mientras que la conductora tuvo tiempo de retener a su hermana por un instante, solo poniéndole la mano en la pierna antes de que saliera. Ainhoa la miró enseguida.

— Ella no tiene la culpa de que su exnovio publique fotos de cuando eran pareja, lo sabes, ¿no? —le dijo con calma. Ainhoa suspiró—. Intenta que no se te note el cabreo, porque sabes que mamá y papá se van a preocupar, te harán mil preguntas y será peor.

— Ya, ya lo sé. Pero no entiendo nada, Dani, y... —Se encogió de hombros y volvió a suspirar.

— No te rayes antes de tiempo, ¿quieres? Y luego deja que se explique, porque lo tendréis que hablar.

Al ver que Anghara se acercaba a la puerta de copiloto, extrañada porque seguían allí, Daniela abrió su puerta y salió del coche sin esperar otras palabras de su hermana, que aún tardó unos segundos más.

Una vez fuera, Ainhoa se encontró con la mirada de su novia, una mirada que no supo descifrar. ¿Estaba preocupada por cómo se tomaría lo que fuera que había ocurrido dos días antes de viajar juntas? ¿Estaba mal porque no la había dejado explicarse en el coche? ¿Se sentiría culpable por haberle ocultado que aún hablaba con su exnovio o de verdad eran fotos antiguas? Suspiró sabiendo que no podría responderse sola a todo aquello y que tendría que tener paciencia. Más por inercia que por deseo, tomó la mano de Anghara y se dirigió hacia su familia.

Lo bueno de todo aquello, pensó Ainhoa, era ser actriz. No le gustaba interpretar un papel cuando estaba con su familia, pero en aquel momento necesitaba mostrarse bien, disfrutar de la fiesta y de la compañía. Porque Daniela tenía razón, si sus padres la veían rara, empezarían a hacer preguntas que no quería responder.

El tema de las fotos, por desgracia, volvió a salir durante la cena, con todas las miradas puestas en Anghara, que enseguida aseguró que eran antiguas y, para su propio alivio, no tuvo que dar más explicaciones.

— Es lo que tiene que exista un pasado —apuntó María Lucía—, no tenemos el control sobre él y, a fin de cuentas, cada quien hace lo que quiere con sus recuerdos.

— Ya, pero no es justo —intervino Daniela—. ¿Qué saca Marcos con publicar ahora esas fotos y, encima, inventar que son recientes?

— Pues dinero, hija —le respondió su padre enseguida—, ¿qué va a sacar si no?

— ¿Podemos cambiar de tema y disfrutar de mi fiesta, por favor? —les pidió Ainhoa entonces, con una sonrisa que nadie descubrió como forzada—. Digo, acabamos de llegar de un viaje maravilloso, estamos celebrando mi cumpleaños con la mejor compañía... ¿Por qué perder el tiempo hablando de gente que ni nos va ni nos viene?

Y todos estuvieron de acuerdo, empezaron a hablar de Canarias.

Ella intercambió una nueva mirada con su hermana y esta asintió levemente, tal vez apoyando sus palabras y aprobando su actuación.

No obstante, el fin de aquella reunión fue antes de lo previsto. Con la excusa del cansancio por el viaje, Ainhoa decidió despedirse pronto de sus padres.

— Dani tenía razón —comentó—, es una locura pasar el día de mi cumple entre aviones y coches para luego celebrar.

— Eh, eh, que todo el mundo se grabe este momento, que mi hermana me acaba de dar la razón —se burló la aludida—. Aunque no fue eso lo que dije.

Todos rieron y terminaron de despedirse.

De vuelta en el coche de Daniela, el silencio fue el protagonista los primeros minutos. Ella suspiró resignada e intercambió una breve mirada con su cuñada a través del retrovisor, con una expresión que trataba de mostrarle algo de apoyo para que tuviera paciencia. Lo siguiente que hizo fue encender la radio, prefería escuchar cualquier música antes que aquel silencio tenso que

había escogido su hermana.

Esta vez, las llevó a casa de Anghara y no se bajó del coche. Ainhoa, que ya tenía su llave, se despidió enseguida y se apresuró a entrar, mientras que su novia se detuvo a darle las gracias a su cuñada.

— Sabes que a veces es un poco terca, un poco —intentó excusar Daniela a su hermana—, pero también sabes que solo necesita que le respondas a las mil preguntas que se le habrán ocurrido. Porque, cuando quiere, es más periodista que actriz.

— Pues hoy se ha ganado el premio a la mejor actriz, al menos en presencia de tus padres.

A Daniela le hizo gracia y no pudo ocultarlo.

— La verdad es que sí, lo ha hecho de puta madre.

Dos minutos más tarde, Anghara y Ainhoa se encontraban a solas en el salón de la casa que, en el aeropuerto de Gran Canaria, habían escogido para compartir del todo sus vidas. Se suponía que en aquellos días comenzarían a reorganizar todo para traer las cosas de Ainhoa, aunque Anghara temía que su chica hubiese cambiado de opinión tras el tema de las fotos con su ex.

— Y... ¡corten! —pronunció para atraer la atención de su novia, pidiéndole así que dejase de actuar—. Mi amor, te juro que yo no he quedado con él desde que rompimos —añadió para retomar el tema—. Y mucho menos para estar así de melosa.

— No tienes que jurarme nada, tampoco te voy a prohibir que hables con él o con quien sea. Y supongo que el ángulo de la cámara puede dar lugar a confusiones.

Dijo lo último más con intención de convencerse a sí misma que como una forma de aceptar las palabras de su novia.

— No, Ainhoa, no me estás entendiendo. Que esas fotos no son nuevas, son de hace tiempo, y que, si quedase con él, no tendría por qué ocultártelo. Pero no tengo motivos para quedar con él, todo lo contrario, prefiero evitarlo. Lo sabes de sobra.

Se miraron a los ojos por un instante, sin pestañear, y Ainhoa suspiró.

— Perdona, te creo, es solo que... —Se encogió de hombros, agobiada—. ¿De qué va todo esto?

— Pues no lo sé, pero esas fotos solo las tenía él en su móvil. Nos las hizo una amiga suya. Y me parece extraño que haya permitido que las publiquen. Era más reservado que yo con su vida privada.

— Se ve que ya no. Quizá anda escaso de fondos y las ha vendido.

— No lo creo, la verdad —Suspiró—. No sé qué pensar.

— Pues piensa que ya no lo conoces, que en un año puede haber cambiado mucho. De hecho, cuando te ha montado escenitas, me has dicho que no lo reconocías.

— Ya, pero esto es distinto, mi amor. Son fotos privadas.

— ¿Quieres dejar de defenderlo?

— No lo defiendo, Ainhoa.

De nuevo, sus ojos se encontraron y mantuvieron el contacto visual. Había una chispa de enfado en la mirada de Ainhoa, mientras la confusión protagonizaba la de Anghara. Al cabo de unos segundos, la primera suspiró de nuevo, negó con la cabeza y se dispuso a marcharse.

— No, Ainhoa, no... No —rechazó Anghara sin querer darle opción—. Entiendo que te sientas incómoda o, incluso, enojada, si quieres. Pero no te vayas así —Notó su propia voz tan firme que necesitó suavizarla—, por favor.

Ainhoa dudó unos segundos, volviendo a sostener su mirada. Sentía un poco de impotencia y frustración porque algunos de sus pensamientos estaban atormentándola y temía expresarlos.

— Hablemos —insistió Anghara con cariño, casi como un ruego, tomándola de la mano. Aquel gesto hizo que su novia se sintiera menos tensa y que, finalmente, aceptara quedarse.

— Perdóname por lo que te voy a preguntar, ¿vale? Pero necesito hacerlo.

— Hazlo. No quiero que te quedes con ninguna duda que pueda afectar a lo que tenemos.

Ainhoa asintió, suspiró de nuevo y se dirigió al sofá sin soltar la mano de la otra chica, que la siguió sin protestar.

— ¿De verdad no son actuales esas fotos?

— Te lo puedo jurar por mi vida.

— Siempre dices que tu vida soy yo, así que no sé si eso me convence —intentó bromear Ainhoa, quizá porque verla tan seria la asustaba.

— Y si a ti te pasara algo, créeme que yo sería la persona más infeliz en este mundo. Así que sí, podría jurarlo por mi vida —repuso sin tomarlo a broma.

— Jara, es muy extraño. Tienes hasta el mismo corte de pelo. ¿Después de tanto tiempo?

— Mi amor —Hizo una breve pausa, con una sonrisa algo triste, y se mordió el labio por un instante—, te recuerdo que llevo el corte de Ana, igual que tú llevas el de Bel. Y sí, más de un año ya.

Se sentía un poco decepcionada ante la desconfianza de su novia. Creía que estaba claro que la quería y que no sentía nada por su ex.

— ¡Ostras! —pronunció Ainhoa, llevándose la mano a la cara con cierto arrepentimiento.

Para la serie, los peluqueros trataban de mantener igual el look de cada personaje, por lo que les hacían algunos retoques cada cierto tiempo. Eran pocos los intérpretes que habían tenido algún cambio muy notorio y no era el caso de ellas dos.

— Perdón —retomó Ainhoa la palabra—. Lo siento, Jara... —Suspiró una vez más—. Es que no entiendo a qué viene que estén estas fotos ahora por todos lados, me aparecen mil veces en las redes, en todas las páginas...

— Lo sé y yo también lo siento. Lo que menos quiero es que estés mal por este tipo de estupideces. Fuera cual fuese la intención de quien las ha publicado, no tienen ningún derecho a insinuar lo que insinúan.

— También es culpa nuestra, ¿no? Por mantener tanto secretismo.

— A ver, mi amor, yo no me avergüenzo de lo nuestro ni considero que estemos ocultando nada. Rara vez he compartido en las redes alguna foto en pareja y, cuando lo he hecho, no ha sido tan diferente a las que comparto de mis amigos y yo. Desde el primer momento, he tenido claro que temías mucho lo que puedan decir y... Sí, yo también lo temía, supongo, al menos hasta que se lo conté a mi familia. No tenemos por qué confirmar ni desmentir nada de nuestra vida, a la gente debería darle igual.

— Perdóname, Jara —volvió a disculparse Ainhoa, regalándole una caricia en la mejilla—. Perdona por dudar de ti, aunque haya sido durante unos segundos.

— Ya está, no pasa nada. Entiendo que te hayas rayado un poco, supongo. Son fotos que... parecen recientes, la verdad. Y para mí tampoco ha sido cómodo verme en esa situación de mi pasado, compartiendo esos momentos con él. Así que lo siento, porque no sé cómo habría reaccionado yo si se tratasen de fotos tuyas con tu ex.

— Tú ya pasaste por eso cuando aún no estábamos juntas —recordó Ainhoa con una expresión divertida—, y te ponías celosa.

— Cierto, odiaba que compartieses tantas fotos y videos con él.

— Celosísima —insistió acercando más a ella su rostro, en busca de un beso.

— Celosísima —aceptó Anghara en un susurro—, pero ahora se puede morir él de celos,

porque eres solo para mí —concluyó antes de morderle el labio para, seguidamente, darle un intenso beso.

IMBÉCIL

A la mañana siguiente, tras volver a ver aparecer aquellas fotos por las redes sociales y sentirse asqueada con ellas, Anghara comunicó a su novia una decisión.

— Voy a escribirle. A Marcos, digo. Voy a escribirle para decirle que es un idiota y que más le vale no volver a publicar cosas de nuestra relación.

— Relájate, amor... Si, al final, va a hacer lo que le dé la gana. Ven.

La tomó de la mano y se la llevó a la cama. Se recostaron una junto a la otra, con un brazo de Ainhoa rodeando a su chica, y esta, manteniendo el móvil alzado, empezó a escribir algunas palabras para su ex.

— Lo siento por haberme puesto como me puse ayer —volvió a disculparse Ainhoa, viendo cómo su novia escribía, borraba y volvía a escribir—. No debí dudar de ti ni por un momento.

Anghara suspiró y se giró un poco para mirarla a los ojos.

— Tengo que admitir que me dolió un poco que desconfiases, sobre todo, porque me paso prácticamente las veinticuatro horas del día contigo. Pero también soy consciente de que, si te hubiera visto en unas fotos así en estos momentos, fotos que parecían tan actuales, besándote con tu ex, riendo con él y con esos titulares, yo también habría necesitado que me dijeras que no era cierto, que eso no era algo reciente.

Ainhoa asintió comprensiva y trató de ayudarla a escoger las palabras más adecuadas para su exnovio. Ya que no podía evitar que le escribiese, al menos intentaría que no lo insultase, porque imaginaba que el chico podría tener más fotos, videos o cualquier cosa con la que hacerles daño y era mejor no provocarlo.

— «Un poco desubicado y sin sentido que, después de más de un año, te dé por sacar a la luz recuerdos nuestros —empezó diciendo el mensaje—. Y encima inventas que son actuales».

— ¿Más tranquila? —le preguntó Ainhoa una vez le dio a enviar.

El móvil vibró antes de que obtuviese la respuesta de su novia.

— «No es lo que piensas» —era todo lo que decía el chico.

Anghara se incorporó enseguida.

— ¿Que no es lo que...? —se interrumpió a sí misma—. Este me va a oír —dijo más para sí que para su novia

Y se levantó enseguida, empezando a caminar de un lado a otro mientras hacía una llamada.

Resignada, Ainhoa suspiró sin dejar de observar a su chica desde la cama.

— Ya te lo he dicho, no es lo que crees —dijo él al responder, saltándose los saludos.

— Eres un imbécil, Marcos. Mira que te has comportado como un idiota en estos meses, pero pensaba que ya te había llegado algo de lucidez.

Ainhoa se llevó la mano a la cara con cierta frustración.

— Es mejor no provocarlo —murmuró para sí misma—. No lo provoques, mi amor —añadió, aunque su voz apenas fue audible ni para ella misma.

Anghara continuó hablando con él, cada vez más enfadada. Calló por momentos, escasos y breves, pero luego contestaba al chico con una retahíla de reproches, hasta que él optó por colgar la llamada.

— ¡Encima! —protestó ella mirando la pantalla del móvil para confirmar que, efectivamente, la llamada estaba cortada.

— ¿Qué te ha dicho?

— Que entraron a su casa hace un par de semanas y le robaron el portátil, que ahí tenía mil fotos, no solo nuestras, sino de su familia y de cosas tuyas.

— ¿Por eso le has dicho lo de «qué oportuno»?

— Y entonces me ha mandado a la mierda y me ha colgado —añadió tras asentir con la cabeza.

— Ven, anda —le pidió, abriendo los brazos hacia ella.

Al ver que Anghara, con su cabreo aún reflejado en el rostro, quedó inmóvil, le hizo una expresión de puchero, sin retirar sus brazos. Así, Anghara soltó algo de tensión con un resoplido y accedió a su petición. Subió a la cama y se dejó abrazar acomodándose sobre ella.

— Es un imbécil —murmuró como una niña chica.

— Sí, pero eso ya lo sabíamos —aceptó Ainhoa, estrujándola entre sus brazos y haciéndole caricias en la cabeza—. Aunque no sabemos si es cierto lo que te ha dicho.

Anghara se separó un poco para mirarla a los ojos, con una mezcla entre su enfado y algo de confusión.

— ¿De verdad lo crees?

— No. Solo digo que no lo sabemos. Hasta ahora, no ha compartido nada vuestro, quizá eso explicaría por qué ahora sí.

— A ti, las consultas con la almohada se te dan fenomenal, ¿no? Ayer ni de coña me habrías dicho algo así.

Ainhoa dejó salir una pequeña risa y volvió a atraparla contra sí misma. Anghara se dejó hacer, recostando la cabeza, de nuevo, sobre su pecho.

— Más que la consulta con la almohada, lo que me ayuda enormemente es tenerte conmigo —susurró Ainhoa con suavidad—. Anoche, tus besos también me sirvieron de mucho, y tus caricias. Es que siempre consigues que me calme. Lo haces desde antes, incluso, de ser novias. Claro que, antes de eso, no lo hacías de la misma manera.

— Tú también has hecho eso conmigo casi desde que nos conocemos. Cuando teníamos escenas complicadas en la serie, me dabas abrazos entre secuencias y me mirabas de esa manera tan... —suspiró con nostalgia—. Sentía que tus ojos brillaban más cuando me miraban a mí, ¿sabes? Y a veces me creía tonta porque suponía que eran imaginaciones mías, que en realidad tus ojos tenían ese brillo por norma general.

— Hasta yo he visto esas miradas en mí al visualizar los videos que nos hacían las chicas. No soy tan buena actriz, porque ahí estaba delatándome claramente.

Ahora fue a Anghara a quien se le escapó la risa. Y se abrazó con más fuerza a su novia, que correspondió de la misma manera.

— Hay muchos videos y fotos donde nos delatábamos, yo también me he fijado y creo que lo hemos hablado ya. Es que, así, normal que los fans lo vieran antes que nosotras mismas —recordó risueña, y tardó en añadir algo—. Los fans y Marcos, que él también se dio cuenta muy rápido.

— Supongo que por eso siempre me odiará. Y la verdad es que no lo culpo, porque ha de sentir que le quité lo más bonito que tendría jamás en su vida.

— Tampoco es que nuestra relación fuese muy de otro mundo —repuso Anghara—. Lo quería, no lo voy a negar, pero siempre supe que me faltaba algo con él.

— Eso te lo decía Cati, ¿verdad?

— Sí, a veces. Decía que me notaba apagada con él, que no era yo. Y por eso me mira tanto cuanto estoy contigo y sonrío como una imbécil.

— Madre mía, amor, hoy son todos imbéciles, ¿eh? —la regañó bromista, causándole una nueva risa.

— Sí, pero a ella tengo ganas de verla. Mañana tomamos algo con ella, ¿vale?

— Por supuesto. Hoy, noche de aeropuertos, mañana, desayuno y almuerzo con tus padres y con Kiwi, tarde con tus primos y tus tíos y cena con Cati.

Anghara volvió a levantar un poco la cabeza para mirarla a los ojos. Se sentía feliz con ella y esperaba saber hacerla sentirse igual.

— ¿Te parece demasiado ajetreo para un día? —preguntó con cierta culpabilidad.

— Al contrario, poco hacemos con ellos siendo que casi no los ves. Así que habrá que aprovechar estos dos días que vamos. Y pasaremos con Kiwi, que sé que lo echas mucho de menos.

Contenta, Anghara la besó, primero en sus labios, luego en el cuello.

La vibración del móvil la hizo detenerse. Tenía un nuevo mensaje de su exnovio, esta vez con una foto. Ambas la miraron sin decir nada, intentando leer bien lo que ponía todo aquel texto sobre un papel blanco. Ainhoa se fijó en algo y movió su dedo sobre la pantalla del móvil de su chica, para indicarle algo que le parecía relevante.

— Dieciséis de septiembre —leyó Anghara en voz alta—. ¿Se supone que es el día en que le robaron?

— O, por lo menos, el día en que puso la denuncia.

FICCIÓN O REALIDAD

Unos días después, tras un más que satisfactorio viaje a Valencia, que las ayudó a desconectar de nuevo y dejar atrás las tensiones por las fotos con Marcos, las dos actrices volvían al trabajo.

Sabían que aquel día no grabarían escenas en común, pero llegaron juntas al plató y estuvieron de acuerdo en que harían todo lo posible por ir al comedor al mismo tiempo. Al bajar del coche, su conversación quedó en el aire mientras sus ojos se quedaron estancados en algo que las paralizó por un ínfimo instante. Se miraron la una a la otra y volvieron a poner la vista en aquella pared frente a la cual había un par de empleados recibiendo indicaciones.

— ¿Corten? —cuestionó Anghara leyendo en la pared—. ¿Belana, corten?

Se trataba de unas letras enormes, que decían exactamente aquellas dos palabras, ni más ni menos, con una cruz roja dibujada sobre «Belana», en negro, y «Corten», en rojo, escrito justo debajo.

— ¿Esto de qué va? —se preguntaba Ainhoa.

— Vamos, chicas, *pa'* dentro —las animó uno del equipo, que ya había visto las pintadas un rato antes—. Sería algún loco que no está a favor de la serie.

— ¿De la serie o de la pareja a la que interpretamos? —dudó Anghara retomando sus pasos junto a la otra actriz.

El hombre se encogió de hombros, abrió la puerta y les dio paso antes de entrar él. No tuvieron tiempo a charlas sobre aquello porque se vieron enseguida recibidas por dos de sus compañeras: Raquel Acle y Teresa Odela.

— ¡Mis niñas! ¡Qué alegría veros! —exclamó la primera, abrazando enseguida a Anghara y, luego, a Ainhoa—. ¿Qué tal este merecido descanso?

— Fenomenal —contestó Anghara, abrazando ahora a Teresa, que había estrujado primero a la otra joven—, viajando y desconectando todo lo posible.

— Muy bien, así me gusta —intervino Teresa, regalándole una caricia en la barbilla—. Os veo bien, relajadas, felices... Me encanta.

— Bueno, yo lo de relajada lo he perdido un poquito al ver eso de fuera —le confesó Ainhoa—. Pero vamos, que intentaré no pensar mucho en ello.

— Gente loca y tonta, nada nuevo —comentó Raquel queriendo restarle importancia.

— ¿Habéis desayunado? ¿Queréis un café?

— Yo prefiero un cigarro, pero acepto el café —decidió Ainhoa, que enseguida recibió una mirada reprobatoria de su novia.

— ¿No que querías fumar menos?

— Ya, pero es entrar aquí y... Yo qué sé, costumbres.

Las otras dos rieron por sus gestos.

— Qué lindas que son, me las como con patatas —comentó Teresa agarrando a su hija ficticia por encima de los hombros antes de besarla en la cabeza.

Anghara recibió el gesto con cariño y se interesó en saber qué habían hecho ella y la otra actriz durante el mes de parón. Así se sumergieron en una nueva conversación mientras tomaban un café las cuatro.

>>Tras enterarse Mara y Merche, casi un año atrás, Raquel y Teresa habían sido las siguientes compañeras en conocer la relación sentimental de aquellas dos jóvenes. Anghara lo había hablado primero con Raquel, actualizándole la información que ya le había comentado y por la cual había recibido todo el apoyo y algunos consejos.

— *¡Me alegro muchísimo, Ann!* —le había dicho, abrazándola—. *Me parece precioso que hayáis decidido daros una oportunidad.*

>>Teresa, sin embargo, se enteró por casualidad, cuando entró al baño un día y se encontró a las chicas besándose de tal manera que no le hicieron falta aclaraciones. Ella hizo como si no las hubiera visto. O, más bien, como si no le hubiera impresionado haberlas visto inmersas en tal beso. Le urgía entrar al baño y siguió a ello sin decirles nada, aunque ellas se interrumpieron al notar que alguien había entrado a uno de los compartimentos de WC.

— *¿Tere?* —preguntó Anghara titubeante, habiéndola visto de refilón—, *¿te encuentras bien?*

— *Sí, chicas, perdonad que no haya saludado, pero me urgía pasar. Además, tampoco pretendía interrumpiros* —añadió traviesa.

>>Las dos jóvenes se miraron con cierto temor, con inseguridad, porque siempre estaban de acuerdo en no querer mantener su relación en secreto ante la gente cercana, pero les costaba un poco declarar abiertamente lo que sentían, porque no estaban seguras de cómo reaccionarían los demás.

>>Esperaron en silencio hasta que Teresa acabase. Se miraban, se llevaban la mano a la cara por momentos, jugueteaban con sus propios dedos en un gesto nervioso y volvían a mirarse. Para Teresa, fue incómodo aquel silencio, porque sabía que ellas continuaban allí, pero no les dijo nada más hasta haber acabado de orinar, cuando salió directa hacia el lavamanos.

— *Tanta agua, tanta agua y, al final, casi no llego al baño, que estaba a punto de hacerme pis encima por beber tanta* —les contó la mayor sin saber qué otra cosa decir mientras se lavaba las manos.

>>Con disimulo, las observó aprovechándose del reflejo en el espejo, viendo que Anghara le hacía un gesto a Ainhoa como para calmarla. Cogió papel para secarse las manos y se giró hacia ellas, apoyándose en el mismo muro de los lavamanos.

— *Sabéis que no tenéis que preocuparos, ¿no? Que no considero que tengáis que esconderos para vivir vuestra vida, pero que no soy yo quien va a ir contándolo por ahí. Faltaría más.*

>>Las dos jóvenes tenían sus miradas clavadas en ella, prestándole toda la atención, y Ainhoa suspiró con cierto alivio, dándose cuenta de que, sin pretenderlo, había estado conteniendo un poco la respiración.

— *Gracias* —acertó a decir Anghara—. *La verdad es que es un poco raro, que no sé, que quizá la gente se sorprenda un poco si nos ven en ese plan.*

— *Cariño, si os ven como os he visto yo, la sorpresa no es de un poco, es de un mucho, que no me lo esperaba para nada* —apuntó divertida—, *pero no porque seáis vosotras, sino porque... Madre mía, qué intensas.*

>>Ligeramente avergonzadas y ruborizadas, Ainhoa y Anghara se rieron y se disculparon por la escena.

— *Creía que había cerrado bien* —se excusó Ainhoa.

— *Que no tenéis que disculparos conmigo, de verdad. Ni necesitáis darme explicaciones. Que cada quien, con su vida, lo que le apetezca. Anda que no.*

>>Poco a poco, lo fueron sabiendo los demás. Ellas mismas habían dado pie a los rumores al besarse en una secuencia de sus personajes, cuando el director había indicado el fin de la grabación y ellas habían vuelto a besarse sin más. Pero fueron pocos los que hicieron caso al rumor por no haberlo visto personalmente.

El reencuentro con sus compañeros de elenco y con el equipo de detrás de cámaras fue una alegría para todos. El volver a tomar los horarios de grabaciones como rutinas, sin embargo, les costaría un poco más. Estaban agradecidos por tener aquel trabajo que tanto les gustaba, pero a veces era difícil volver a la carga. Algunos consideraban que hubiese sido mejor no tener un mes de descanso por medio, aunque otros habían estado tan ocupados con otros proyectos de cine y teatro que casi ni habían notado aquellas breves vacaciones.

— Tercera temporada, gente —comentó Alexa aquel día durante el almuerzo, casi sin terminar de creérselo—, es que esto es brutal. Que seguimos con la serie, que al público le sigue gustando lo que ofrecemos.

— La segunda temporada ha tenido unas audiencias que nada que envidiarle a otras cadenas, ¿eh? —apoyó Teresa, incrédula a la par que orgullosa—. Además, hemos ganado el premio a la mejor serie nacional, y Raquel y las niñas también han sido premiadas —concluyó, causando que unos cuantos aplaudiesen.

Y quedaban muy pocos capítulos por emitir de aquella temporada. Luego habría un parón en la emisión, aunque no demasiado largo, y *Nouvelle cuisine* regresaría a las pantallas con nuevas tramas para entretener a sus fieles seguidores.

Raquel Acle había sido premiada como mejor actriz protagonista de televisión, mientras que Anghara y Ainhoa, las niñas a las que se refería Teresa, habían ganado un premio a la mejor visibilidad LGBT+ de televisión. Y aún era mayor el orgullo, porque tanto ellas como otros miembros del elenco estaban nominados a otros premios.

— He estado leyendo un poco de los guiones —le confesó Ainhoa a Anghara en secreto, mientras los demás seguían comentando los resultados y la satisfacción que sentían.

— ¿Vamos a sufrir mucho? —bromeó Anghara.

— Joder, que van a meter a una tercera persona entre nosotras. Con lo bien que está la relación.

— ¿En serio? ¿Vamos a sernos infieles?

— Oye, guapa, tú y yo, nada de eso. Es cosa de «Belana» y no se te ocurra tomar ejemplo.

A Anghara le hizo mucha gracia. Y tuvo unas inmensas ganas de besarla en ese mismo instante, pero se contuvo. Una cosa era que no quisieran guardarlo en secreto, pero otra muy distinta era exhibirse como si nada delante de todos. Aun así, Ainhoa notó sus ganas y le regaló un beso rápido antes de retomar la palabra.

— Pues parece que es Bel quien...

— Oh, ¡venga ya! —la interrumpió, cubriendo sus ojos con una mano.

— Eh, ¿qué pasa? ¿Querías besarte con alguien más? —le recriminó Ainhoa fingiéndose ofendida.

— No, claro que no. Bueno, eso me da igual. Lo que pasa es que Ana está enamoradísima de Bel y sé que enseguida se daría cuenta de que es una gilipollez tener un desliz. Pero Bel... Bel es una insegura que va de dura y luego no es capaz de parar a los demás cuando hacen algo que ella no quiere, como cuando la besó el ex.

— Quería discúrtelo, pero es que tienes toda la razón —aceptó con desgana, mirando ahora hacia el vaso que tenía delante y comenzando a jugar con él en un gesto intranquilo.

— Ainhoa, mi amor —le susurró, atrayendo de nuevo su mirada—. Después hablaremos de esto, ¿vale? Pero no tienes nada de lo que preocuparte. Eres una actriz sensacional y, al fin y al cabo, Bel y Ana son solo unos personajes. No definen lo que somos nosotras ni nuestra relación real.

— Ya, si no es eso —Suspiró—. Es que se trata de la misma actriz, o sea, del mismo

personaje que ya estuvo en su momento interesado en Bel.

— ¿Fanny? —Apretó los labios por un momento, al ver que Ainhoa asentía.

Más de un año atrás, cuando la historia de «Belana» recorría sus inicios, en los cuales las protagonistas habían dado más vueltas que un trompo sin decidirse entre estar o no estar juntas, habían intervenido otros personajes para introducir más dudas a la pareja. Uno de aquellos había sido Fanny, una chica con su condición sexual muy asumida que había robado un par de besos a Belén. Para Ana, aquello había sido como una traición, pero tuvo que reconocer que, si ella y la otra chica no eran pareja, no se debían explicaciones ni fidelidad.

Hasta ahí la historia ficticia.

Los fans se habían dividido entonces en bandos. Unos apoyaban el argumento de Belén, donde no tenía por qué dar explicaciones a Ana si no tenían nada definido entre ellas. Otros se habían enfadado porque no querían terceras personas entre aquella pareja ficticia y temían que el drama fuera más de lo que fue finalmente.

Para las actrices, la realidad había sido algo más complicada, incluso si tampoco mantenían una relación por aquel entonces.

— Es que, para mí, fue muy incómodo tener que mostrar con ella ese buen rollo y recibir sus besos como si no me molestasen —le explicó Ainhoa a Anghara aquella tarde, cuando estaban de vuelta en casa y a solas.

— Mi amor, pero es... Es nuestro trabajo.

— Ya, ya lo sé. Y es una tontería, porque tú y yo ahí no éramos nada, ni en la ficción ni en la vida real. Aunque ya Bel y Ana se gustaban y se habían besado y todo eso. Pero...

No supo cómo continuar.

— Pero ya sentías algo por mí —la ayudó Anghara con ternura, recibiendo un asentimiento como respuesta—. No recuerdo las fechas en que grabamos eso, pero sí recuerdo que yo me puse un poco celosa.

Y recordaba a la perfección aquella sensación, la frustración que la invadía en los días en que Fanny había llegado a revolucionar todo. Recordaba cómo se intentaba obligar a apartar la mirada cuando veía a Ainhoa actuar con la otra actriz, cómo trataba de ausentarse del plató para no ver tales grabaciones e, incluso, cómo su subconsciente la hacía mirar a otro lado cuando veía el capítulo en televisión. Se acordaba de que, por mucho que lo hubiese intentado, no había podido apartar la mirada del todo, aunque eso le supusiese un desánimo enorme y un cambio de humor repentino. Le había parecido ridículo, porque ella no era nada más que una simple compañera de Ainhoa, pero el mal humor la había dominado igualmente y nadie había sabido nunca sus motivos.

Aunque dudó, se sinceró ahora con su novia. Pero le insistió en que era algo del pasado, algo sin importancia. Y era trabajo, nada más. Ellas siempre habían tenido muy claro que, si querían ser buenas actrices, no podían escoger qué escenas grabar y cuáles no.

— A mí me dio miedo, ¿sabes? —le confesó entonces Ainhoa—. Me daba miedo que de verdad ella y yo, o sea, que una unión entre nuestros personajes tuviera tan buena acogida como para que los de arriba decidieran cortar de raíz la historia de «Belana». Quería seguir trabajando contigo, compartiendo pantalla contigo.

— No sé por qué nunca hemos hablado de esto.

— Es que me parece una tontería. Como actriz, tengo que interpretar lo que se me pide y ya está. Y es lo que he hecho en cada papel que he tenido, tal como aprendí en las escuelas de interpretación. Pero... No sé. Aquí, en *Nouvelle cuisine*, a veces siento que soy cada vez más yo misma y menos mi personaje, como si nos hubiésemos fundido. No creo que eso hable bien de

mi trabajo ni que sea demasiado profesional. De hecho, en las redes sociales comentan mucho eso, que la esencia del personaje ya no es la misma.

— Yo creo que Bel ha evolucionado tras ir descubriéndose a sí misma, saltando obstáculos y superando sus miedos. Igual que Ana. Y sí, también yo me siento a veces como si fuera ella. Hasta tuve media crisis de identidad cuando los fans empezaron a derramar todo el enfado que tuvieron con ella —recordó risueña—. Qué absurda, por Dios.

Ainhoa también sonrió.

— Estabas *atacá*, muy mona, como siempre que te pones nerviosa.

Tomaron un momento para reflexionar, volviendo a intercambiar miradas que no pudieron sostenerse del todo.

— Ainhoa, mi amor —pronunció luego Anghara con suavidad—, tenemos que considerar la posibilidad de que «Belana», en algún momento, rompa la relación, ya sea algo temporal o definitivo. Y, en ese caso, no quiero que te sientas mal, no quiero que dejes de hacer tu trabajo igual de bien que siempre.

— Ya, ya lo sé. También lo he estado pensando. Tendré que aceptar que Ana bese a otras personas si los guionistas o cualquiera de arriba lo deciden.

— Pero te prometo que no va a significar nada para mí, que, una vez escuche «corten» y tenga un momento libre, voy a ir a buscarte.

— No va a hacer falta, si no grabamos al mismo tiempo, pienso estar presente en las grabaciones de todas tus escenas —apuntó anñada, sacándole una nueva sonrisa a su novia—. Qué poco profesional soy, Dios mío —protestó luego, llevándose las manos a la cara en un gesto de vergüenza mientras mantenía una lucha consigo misma.

— Eres muy profesional —la regañó Anghara—, pero me da que también eres muy celosa. Y eso sí que no me lo esperaba, ¿sabes?

— Celosa, sí —admitió destapándose la cara—. Pero confío en ti, que te quede claro. Es más, mejor olvida eso que he dicho, no voy a ir a ver tus grabaciones.

— Yo quiero que lo hagas siempre que te apetezca. No para vigilarme, sino para que luego me comentas lo bien que lo he hecho —concluyó con una vanidad fingida.

Ainhoa se sintió más relajada con aquellas palabras y con el tono usado por su novia. No se había molestado con sus miedos y lo agradecía.

REGALOS

Un par de días después, Anghara estaba acomodada en su sofá mientras miraba por encima algunos comentarios de fans en sus redes sociales. Su representante siempre le había aconsejado que tuviera cuidado con las opiniones de la gente, que no diera demasiada importancia a lo que se decía de ella y que no se viera en la obligación de hablar con todos y cada uno de sus seguidores cuando le escribían cientos de mensajes privados. Así que ella, al contrario que Ainhoa, tenía ciertas restricciones activadas en sus perfiles y muy rara vez contestaba comentarios públicos de alguno de sus fans.

— Voy a la *ofi* de mi *repre* —le dijo Ainhoa al salir de la habitación—, que me ha pedido que pase a recoger unos paquetes que me han enviado los fans.

— Ah, mira qué bien, regalitos por todos lados.

— Pues sí, ya ves. Otra manera de hacerme ver el cariño que le tienen a Bel y el apoyo que nos dan.

— La verdad es que hemos tenido suerte, nuestros personajes han sido acogidos con muchísimo amor. Aunque, a veces, nos odien tanto.

Ainhoa estaba de acuerdo.

— Bueno, me voy, que no quiero ir tarde. Si vas donde tu hermano, nos vemos a la noche, para la salida con los chicos —concluyó antes de darle un beso de despedida, uno que pretendía ser fugaz.

Pero el beso se convirtió en abrazo cuando Anghara la atrapó por la cintura, impidiéndole levantarse. Ainhoa sonrió, consciente de que quería algo más.

— ¿Crees que, conforme sigan pasando los años, seguiremos igual de empalagosas o se nos irá acabando la miel? —le preguntó medio en serio, medio en broma, al acomodarse sobre ella—. Que a mí me encanta besarte, pero...

— Ainhoa, hazlo ya —le ordenó en un susurro.

Y lo hizo, la besó de nuevo, pero no como antes, sino con más profundidad, con ansias, agarrándola por la nuca para evitar que se alejase.

Luego le fue difícil irse, porque quería seguir degustando los labios de su novia, sintiendo aquel revuelo que seguía tan vivo en ella cada vez que la besaba. Y se tuvo que reír de sí misma al comprender que estaba perdidísima, que ya no sabía vivir sin los besos de Anghara.

Cuando regresó, iba cargada con varias cajas en las manos. Apenas había podido ver bien por dónde caminaba desde la oficina hasta el coche y desde el coche hasta la puerta de casa. Por suerte, no eran muy pesadas.

— *Mare meua*, Ainhoa, ¿dónde vas a meter todo eso?

— Pues no lo sé, la verdad —respondió dejando las cajas sobre la mesita central del salón—. ¿No ibas a ver a Saúl?

— Me ha pedido un cambio de planes. O, más bien, cambio de día. Espera, que te ayudo a organizar algo.

Empezaron a abrir las cajas y los paquetes que encontraron en el interior de cada una. Estaban alucinando con la cantidad de detalles.

— Hay cositas monas —comentó Ainhoa con un libro de fotos suyas y mensajes escritos por los fans—, ¿me haces un huequito en tu despacho?

— Mi amor, dijimos que la casa es nuestra, no mía, al menos a efectos de práctica. Así que

el despacho también es tuyo. Pero... siento decir que me voy a echar atrás, que son tantas cosas que mejor te ocupas sola.

— ¡Oye! —le recriminó incrédula—, qué pronto me abandonas.

— A ti, no, pero todo *esoo...* Es que tienes unas fans muy locas, ¿eh?

— Tenemos, mi amor. Tenemos. Porque estas chicas me han mandado todo esto por mi cumple, pero de algún modo incluyen cositas para ti. Mira, por ejemplo...—rebuscó en una de las cajas y sacó unos pequeños muñecos hechos a mano—. ¿Ves? Somos tú y yo.

— Más bien, son Bel y Ana. Pero sí, mira, ese puedes ponerlo en un estante del despacho y así lo tenemos las dos a la vista.

— ¿Solo este?

— Los que tú quieras, mi vida, pero son muchos, ¿no? Ah, ¿sabes qué? Abajo, en el trastero, tengo una vitrina que quizá te vale. La subimos y le buscamos sitio. No es muy grande, pero combina con los muebles del despacho. Eso sí, te esperas a que venga mi hermano y nos ayude él. Y cuando digo que nos ayude me refiero a que la suba él.

Las dos rieron.

— ¿Dónde queda eso de la igualdad? —se burló Ainhoa.

— En la educación y en las leyes, porque la naturaleza sigue dando ciertas cualidades a los hombres que son más complicadas en una mujer. O, por lo menos, a Saúl le dio una fuerza física que yo no tengo, por mucha que tenga yo.

Divertida, Ainhoa negó con la cabeza mientras retomaba la apertura de paquetes. Anghara la observaba a ella, quedándose, como siempre, embelesada.

— ¿Qué? —le preguntó Ainhoa al cabo de un rato, sintiendo aquella mirada.

— Es normal que los fans estén babeando por ti. Eres tan guapa...

— No más que tú.

— Y estás *taaan* buena —añadió ignorando su respuesta.

— No más que tú —repitió Ainhoa sin poder contener la sonrisa por mucho que lo intentase, pero era una sonrisa algo nerviosa, porque aún se sentía temblar cuando su novia la miraba de aquella manera, como si no existiese nada más perfecto en el universo.

— Y te pones *taaan* linda cuando te miro y te sonrojas —concluyó traviesa.

— ¡Jara! —le reclamó aniñada—. Deja de hacer eso.

— ¿Quererte?

— No, eso ni se te ocurra.

Sus miradas volvieron a encontrarse y se quedaron ahí, perdidas la una en la otra, como tantas veces. Ainhoa parecía más seria ahora, pero solo por el énfasis que había querido darle a su último comentario. Anghara mostraba una expresión más relajada, feliz por lo que tenía en su vida.

— Antes de irte, me preguntaste algo y no te respondí —recordó—, lo de si seguiríamos así en unos años. La verdad es que no podemos saberlo, pero... ¿Sabes que no me imagino una vida sin besarte, disfrutarte y mirarte cada día?

— Ayy... —Se acercó más a ella enseguida, para darle un abrazo bien apretado que Anghara correspondió con la misma intensidad—. Te quiero, Jara.

— Y yo a ti, mi vida.

Tras otro beso, Anghara decidió preparar un poco de café. Lo necesitarían si pretendían buscar puesto para todos aquellos presentes que Ainhoa acababa de recibir. Y, mientras debatían sobre dónde colocar algunos de ellos, Anghara se acordó de algo.

>>Se remontaba a meses atrás, cuando compaginaba las grabaciones de la serie con la última obra teatral en la que había participado. Tras cada función, ella y las otras actrices se tomaban un rato para compartir con los asistentes y saber si les había gustado la obra. Al coincidir con el auge del éxito de «Belana», muchas fans de la serie decidían ser parte de aquella experiencia, aprovechando para llevarle a Anghara varios y diferentes regalos.

>>Un día como cualquier otro, una de las fans a las que saludó le regaló un libro, uno que había escrito ella misma, titulado «Nhoara» e inspirado en las protagonistas de «Belana», aunque la historia distaba mucho de lo que contaban en la serie. El título era una combinación entre los nombres de Ainhoa y Anghara, lo que a esta última le pareció curioso.

>>Y aquella autora le dio un segundo ejemplar, aunque se puso tan nerviosa que no fue capaz de verbalizar lo que quería pedirle.

— *¿Para Ainhoa?* —la ayudó Anghara.

— *Sí, ¿puedes dárselo?*

>>Aceptó, claro. No le resultaba una molestia.

>>Una semana más tarde, tras otra función, Anghara se reencontró con aquella fan. La vio un rato antes de poder acercarse a saludarla, pues había más gente queriendo hablar con ella y sacarse fotos. La escritora la miraba a cada rato, inquieta, en espera de que se desocupase, admirando la capacidad de la actriz para mantener la sonrisa y ser amable con todo el mundo.

>>Quizá Anghara podía intuir que aquella fan, como la mayoría, moría de nervios con solo tenerla cerca. Le resultaba curioso causar aquel efecto en la gente, porque se consideraba una persona muy cercana y sencilla, pero se iba acostumbrando. No tenía ni idea de lo mucho que significó para la autora del libro que la hubiese reconocido en aquel segundo encuentro, a sabiendas de la cantidad de fans que iban a ver la obra cada semana.

— *Ya le di el libro a Ainhoa* —la informó tras saludarla, sin que le preguntase.

— *Ah, ¿sí? Pensaba que aún no.*

— *Sí, sí, se lo di en el camerino.*

>>La actriz vio una expresión extraña en aquella desconocida, algo que no supo interpretar bien. Pero no dijo nada.

>>La otra chica le agradeció el favor y, en silencio, seguía admirando el hecho de que Anghara sonriera en todo momento, pese a manifestar sus ojos un gran cansancio.

>>Hablaron de la obra, porque la intérprete se sorprendió un poco al saber que la otra chica había vuelto para verla. Pero la conversación no se alargó más de unos escasos minutos. Se sacaron juntas una foto y se despidieron.

>>A aquella desconocida le habría gustado entretenerla un poco más, contarle el motivo por el cual había escrito el libro y sus razones para dedicárselo a ella y a su compañera de reparto. Pero no pudo, no se vio capaz, simplemente, porque había mucha gente alrededor. Lo hizo más tarde, a través de internet, en un mensaje privado.

BESOS Y ENSAYOS

La segunda semana de grabaciones era más seductora para Ainhoa, por lo que se pasó el fin de semana repasando los guiones y, con la excusa de ensayarlos, besaba a su novia a cada rato.

Todavía tenía pendiente de grabar escenas con aquella actriz que compartía nombre con su personaje, Fanny, pero ya no se sentía tan agobiada, quizá porque ahora tenía por delante una semana repleta de secuencias a grabar con Anghara.

Se tomaban en serio los ensayos. Al menos, la mayoría de las veces, pero, por momentos, jugaban a no estar seguras de quedar conformes. Así, repetían una y otra vez algunas escenas y disfrutaban sabiendo que, en realidad, casi todas las interacciones entre ellas resultaban totalmente naturales.

— A ver, quiero ensayar la escena donde hacemos las paces —pidió Ainhoa fingiendo una seriedad que no sentía para nada.

— Sí, yo también —apoyó Anghara divertida—. Vamos, que quiero que salga perfecta.

Acomodadas en el sofá, se besaron con suavidad, como indicaba el guion, y separaron sus labios para mirarse a los ojos.

— ¿Quieres seguir? —preguntó Anghara por su personaje, debatiéndose entre continuar con el guion o no.

Ainhoa debía responder con otro beso y así lo hizo. Solo que lo prolongaron de tal manera que, incluso si no era lo que tenían previsto, ambas dieron por finalizado el ensayo. Soltaron los papeles a un lado sin mirar dónde caían y continuaron disfrutando de aquel momento.

Aunque en la serie sería Anghara quien guiase a Ainhoa, empujándola con cuidado hasta quedarse acostada sobre ella, en aquel sofá ocurrió al revés. Y, sin lugar a dudas, aquella tarde protagonizaron un guion totalmente improvisado.

Cuando llegó el momento de grabar aquella parte de la historia de «Belana», las chicas se sentían más que preparadas. Al principio de la serie, les había resultado raro interpretar ciertas escenas, pero eso había dejado de ser difícil desde antes, incluso, de ser pareja.

Así que tenían por delante una nueva escena íntima. Sus personajes habían tenido una pequeña disputa que todavía no habían grabado y acababan de solucionar las diferencias. Ahora, sentadas en la cama, debían besarse.

Iniciaron con un beso suave y separaron sus labios en unos segundos. Ana dudó de pronto, pues los desacuerdos eran recientes, aunque ya estuvieran solucionados. No sabía si Belén tendría ánimos para algo más entre ellas.

— ¿Quieres seguir? —le preguntó en un tono cautivador, con sus rostros muy próximos entre ellos.

El guion indicaba que la respuesta tenía que ser un beso. Y así fue, recibió uno que cargaba con una intensidad abrumadora con la que Anghara comprendió enseguida que era Ainhoa, y no su personaje, quien la besaba.

Metida en el papel, Anghara correspondió, le sonrió con complicidad cuando tomaron algo de espacio entre ellas y volvió a besarla. Sin embargo, Ainhoa se quedó cortada en ese momento, cohibida, pues se dio cuenta de que su beso había sido con verdaderas ganas. Y, debido a esa sensación de haber metido la pata, evadió la mirada de la otra actriz, intentando centrarse en

desabrocharle el primer botón de su escote, o fingir que lo desabrochaba. Quizá esperaba que el director las detuviese ya, que pronunciase «¡Corten!» porque ella no estaba actuando como debía. Anghara volvió a besarla, esta vez en el cuello, y la empujó con suavidad hasta acostarla, quedándose encima para continuar con los besos.

— ¡Corten! —indicó el director tras unos segundos más—. Buen trabajo, chicas.

— ¿Estás bien? —le susurró Anghara a su novia, ayudándola a levantarse.

Respondió solo asintiendo con la cabeza y volviendo a evadir su mirada.

Al salir de aquel plató, agradecieron tener unos minutos de descanso hasta la siguiente secuencia.

— ¿Qué te ha pasado? —se interesó Anghara entonces.

Le habló en voz baja porque, aunque se alejasen un poco, había gente cerca. No tenían suficiente tiempo como para irse a la privacidad del camerino.

— ¿Qué? —Ainhoa puso sus ojos en los de su chica, intentando fingir no saber de qué hablaba, pero la mirada de Anghara la hizo ver que no le servía de nada fingir—. Que se me ha ido la pinza de repente —confesó algo avergonzada—, que me hablaste así y se me vino a la cabeza cuando intentamos ensayarlo en casa el finde. Por un momento, se me olvidó que estábamos grabando. ¿Te lo puedes creer? Nunca me había pasado.

— O sea, ese beso que me diste al principio...

— Te lo di más con mi firma que con la de Bel.

— Ya lo suponía —admitió sonriendo, acercándose más a su rostro pero sin disponerse a besarla, aunque a las dos les habría gustado—. Lo noté y me encantó.

— Como para no encantarte, si me has tenido toda la mañana con la boca seca. Y encima me haces esto.

— ¿Qué te hago? —preguntó Anghara con una falsa inocencia, divertida.

— Acercarte tanto y no poner tus labios en los míos.

Se miraron durante un instante sin añadir nada, dejando que sus ojos intercambiasen todas esas palabras que consideraban mejor no decir con la voz en aquel lugar. Anghara comprendía las ganas de su novia, porque también ella las sentía, y optó por tomar algo de distancia, aunque poca, porque quería que la conversación siguiera siendo privada.

— Es una tortura —aceptó Anghara volviendo a bajar la voz, e hizo una pausa, aún sosteniendo la mirada de la otra actriz— tenerte tan cerca, tocar tu piel, centrarme en un beso ficticio y encima controlarme cuando me besas tú de esa manera tan... efusiva, tan pasional. No eres la única que se pierde a veces en escena.

— Una vez más, me dejas claro que eres mejor actriz que yo —resolvió Ainhoa burlona—. A ti no se te ha notado.

— Oye, yo no he dicho eso. Ninguna es mejor que la otra. Y sabes que la mayor parte del *fandom* te prefiere a ti. Además, la escena ha quedado muy bien, así que nadie se ha dado cuenta de qué te ocurría.

— Amor, que aquí todos saben que estamos liadas, es un secreto a voces. Se han *dao* cuenta, fijo. Y el *fandom* me prefiere porque los looks de mi personaje son más sugerentes.

Agachó la mirada al decirlo, jugueteando con sus dedos.

Anghara volvía a observarla. Sonreía embelesada por la expresión casi aniñada que adoptó su novia, que, al creer haberse puesto en evidencia, se sentía tonta.

— Te amo —le dijo de repente, atrayendo de nuevo su mirada—. Y eres una actriz maravillosa, digas lo que digas. Pero también eres humana, mi amor, y, queramos o no, los humanos cometemos fallitos a veces.

Ahora, sonrió Ainhoa, aunque fue un gesto algo forzado, y suspiró antes de responder algo.

— Es una mierda volver al trabajo y no poder besarte tanto como todos los días de este último mes. Me va a costar adaptarme.

— Una auténtica mierda, en eso estamos de acuerdo —Ainhoa sonrió ahora con más sinceridad, y Anghara le tomó una mano entre las suyas—. Dieron la toma por buena, así que no le des más vueltas. Pero tienes que centrarte más. Un poquito más.

— Lo sé, no me regañes, que sigues teniéndome con la boca seca.

— No te tengo con la boca seca —le dijo bajando aun más la voz—, pero habíamos quedado en contenernos aquí.

— Ya, Jara, pero es difícil centrarme en el trabajo cuando tú eres parte de él y encima tenemos escenas para besarnos... ¿No las podemos aprovechar?

— Yo la he aprovechado, anda que no. Ya Ana no besa a Bel como hacía al principio, que ni metía lengua ni se atrevía a alargar el beso.

— Oye, es verdad, me has metido lengua —recordó incrédula.

Pero no era la primera vez. Desde el inicio de su relación, los besos de «Belana» habían cambiado, sin lugar a dudas. Intentaban que no se notara, porque conocían la manía de los espectadores que descargaban sus escenas, las ponían a cámara lenta y las reproducían una y otra vez analizando cada detalle posible. Así que intentaban que no se notase mucho la diferencia, sí, pero eran conscientes de que, ahora que eran novias en la vida real, sus besos en la serie eran más verdaderos y, si la escena lo permitía, más intensos.

— Al menos, mi lengua no se ve en pantalla —apuntó la chica al ver pasar a un compañero cuyas escenas de besos empezaban siempre a boca abierta y dejando que su lengua encontrase la de su pareja ficticia.

Ainhoa hizo una expresión asqueada al recordar tal imagen. Incluso los fans criticaban a menudo aquellos besos.

— Cuando nos ponemos juguetonas en casa y sacas la lengua, no lo siento mal como cuando veo esa imagen en la tele.

Una carcajada de Anghara llenó la estancia, llamando la atención de algunos compañeros, que las miraron con curiosidad. Ella se cubrió la boca con una mano, mirando a su novia con complicidad.

— Te adoro, mi vida —le dijo volviendo a bajar la voz, y le regaló un rápido beso en los labios—. Y adoro tenerte a mi lado.

SUSTOS

Ya era viernes cuando las cuatro actrices más jóvenes del reparto de *Nouvelle cuisine* estaban deseando acabar la jornada para disfrutar de unos planes que les apetecían mucho. Habían acordado ir a cenar juntas en un lugar del que algunos conocidos hablaban muy bien.

Cuando Merche entró al camerino aquella mañana, se encontró una estampa que la hizo quedarse mirando como tonta.

En uno de los sofás, Ainhoa se había mal sentado lateralmente, con su espalda contra el apoyabrazos y un pie, descalzo, en el suelo. Quedaba casi de frente hacia la entrada, por lo que la recién llegada la vio concentrada en repasar su guion. Anghara se encontraba recostada de espaldas a su novia, apoyada en ella, entre sus brazos, con los ojos cerrados y abrigada hasta el cuello.

Merche suspiró sin darse cuenta, atrayendo la atención de Ainhoa.

— ¿Todo bien?

— Ay, sí —Señaló a Anghara—. Pero que a veces le tengo una envidia que no veas —añadió risueña.

— ¿Porque siempre tiene sueño o hambre? —bromeó Ainhoa.

— Porque, cuando tiene sueño, se duerme en tus brazos y, cuando tiene hambre, siempre le traes algo de comer antes, incluso, de que lo pida.

— Ella hace lo mismo por mí. Nos sale solo.

— Ya, pues eso... Que yo también quiero encontrar a alguien que me cuide y se sienta cuidado por mí. Alguien que me cause tanta ternura como acabo sintiendo cuando os veo a vosotras.

— Y encontrarás a alguien, Merchi —intervino Anghara de repente, sin abrir los ojos. Ainhoa la besó en la cabeza casi sin darse cuenta, quizá porque no había querido despertarla—. Con lo especial que eres, claro que encontrarás a alguien con quien encajes de esa manera y con quien disfrutes de todo lo que quieras.

— Exacto —apoyó Ainhoa—. Eres una maravilla y esa persona llegará.

— Que sí, que sí. Qué vais a decir vosotras... —repuso sin darles mucho crédito, y siguió murmurando mientras continuaba sus pasos hacia el otro sofá.

— Es en serio, Merche —insistió Ainhoa, girándose lo poco que podía moverse sin desacomodar a su novia.

Merche le sonrió.

— Si ya lo sé. Que lo decís en serio, lo sé. Pero tampoco pasa nada, ¿eh? Que yo os veo y se me revoluciona el corazón, pero luego me imagino en esas muy en serio y se me bajan las revoluciones —se sinceró con gracia.

— ¡Quien te entienda, que te compre! —bromeó entonces Ainhoa, recuperando su postura anterior para seguir con los guiones.

— ¿Qué tal lo llevas? —se interesó su novia con voz suave, ya con los ojos abiertos.

— Bien, creo que bien. Hay un par de frases que siempre me salto, pero al menos ya recuerdo que me las estoy saltando. Pero vamos, que un ratito más y, con recordar de qué iban, improviso.

— ¡Chicas, que hoy tenemos ratito juntas! —exclamó Mara feliz al entrar al camerino—. Ay, qué *liiindas* —añadió cambiando completamente el tono de voz y su expresión, enternecida por la pareja que continuaba en el sofá. Y, con la misma facilidad, volvió a cambiar su gesto y su

entonación—. ¡Deberíamos ir al karaoke después de cenar!

— Ay, pues mira, estaría genial eso —apoyó Anghara.

— Yo no canto tan bien como otras, pero me apunto —aceptó Merche animada.

Unas horas más tarde, se encontraban las cuatro acomodadas entorno a una mesa de aquel restaurante que habían escogido. Y, mientras Merche y Ainhoa, sentadas lado a lado, miraban la carta en el móvil de la primera e intercambiaban opiniones, Mara y Anghara, frente a las otras dos, comentaban sus preferencias para cenar.

En realidad, Mara estaba más interesada en los postres que en la comida en sí y, por eso, tanteaba escoger algo ligero para cenar. Contagió a Anghara sus ansias de dulce y, al ver que sus otras compañeras no les hacían caso por estar inmersas en algo que Merche contaba a Ainhoa, se miraron y asintieron como gesto de acuerdo. Pedirían algo ligero ambas, reservando mayor puesto para probar distintos postres.

Finalmente, la velada en aquel establecimiento resultó amena y deliciosa para todas. Probaron diferentes platos, saborearon los postres, intercambiaron opiniones sobre ellos y compartieron anécdotas y risas.

— Entonces, ahora karaoke, ¿no? —quiso confirmar Mara cuando pidieron la cuenta.

Las demás asintieron.

— Sí, dejamos el coche aquí, ¿no? —sugirió Anghara a Ainhoa—. Por si nos apetece tomarnos algo más.

— ¿Por si...? Pues claro que vamos a tomar algo más —decidió Mara.

Ainhoa dejó salir una pequeña risa, pero aceptó el plan. La zona del restaurante no era mala, así que le daba confianza para dejar su coche allí hasta el siguiente día. Lo que sí se llevaría era el abrigo que tenía en el vehículo.

Salieron del local sacándose fotos unas a otras, adoptando expresiones divertidas para ello. Justo llegando al coche de Ainhoa, esta abrazó a su novia por encima del hombro de forma despreocupada, para detenerla a su lado y que Mara las fotografiase juntas. Y Mara lo hizo, sacó varias fotos. Primero, ambas mirando a la cámara con gestos graciosos; después, sonrientes. En la tercera, se miraban la una a la otra, seductoras, casi desafiantes, aunque no lo habían planeado. Se atraparon tanto con aquella mirada que Ainhoa no pudo evitar lanzarse a besar a su chica sin pensarlo y, de ahí, salió una cuarta foto. Esta última sería de las pocas que no compartirían luego en sus redes sociales. Ya no le daban tanta importancia a si estaban juntas o distanciadas en una misma fotografía, pero seguían evitando publicar aquellas que fueran muy personales, y sus amistades respetaban tal decisión.

Separándose de las demás, Ainhoa se acercó al vehículo por la puerta del conductor para coger su abrigo, pero no llegó a abrir cuando vio desinflada una rueda del mismo lado.

— Vaya, menos mal que no voy a coger el coche ahora, porque no llegaría lejos.

— Ya veo, sí —comentó Anghara desde el otro lado.

— ¿Qué ves desde ahí? —se burló Ainhoa.

— Pues la rueda, ¿qué va a ser?

— Como para no verla —intervino Merche.

La cara de Ainhoa se tornó seria de repente. Las otras chicas estaban en el lateral del copiloto, no podían estar viendo lo mismo que ella, por lo que se acercó para saber de qué hablaban. La rueda trasera de aquel lado también estaba desinflada.

— No me jodas —murmuró.

— ¿Qué? ¿No hablabas de esto?

— Sí y no —Las demás la cuestionaban con la mirada—. Que es que la del otro lado está igual, la delantera, y solo tengo una de repuesto.

— ¡No jodas! —exclamaron Mara y Merche al mismo tiempo, apresurándose a comprobarlo.

— ¿Es en serio? —preguntó Anghara a su novia, que asintió con la cabeza.

Un instante después, las cuatro miraban la rueda indicada por Ainhoa, plantadas en la calle sin saber qué hacer o qué decir. Se tomaron un momento para asimilar la situación.

— Bueno, tranquilidad —pidió Mara de pronto—. Íbamos a irnos en taxi o uber, para seguir la noche, disfrutar de la música... Sigamos con eso. El coche se puede quedar aquí, como dijimos, que no pasa nada. Y ya mañana, pues se trae otra rueda y se cambian las dos. Yo os ayudo, prometido. O llamamos a alguien o... No sé, lo que sea, pero nos ocupamos mañana.

— Mejor una grúa —sugirió Merche—. Que lo lleven a un taller y cambien las ruedas ahí, porque yo de cambiar ruedas... Vamos, ni idea.

— También es verdad —apoyó Mara, y puso su mirada en la pareja, en espera de su opinión.

Ainhoa suspiró, se pasó la mano por la cabeza en un gesto de frustración y asintió. Se sentía ligeramente asustada, aunque ni lo dijo ni comprendió los motivos; aquellas cosas pasaban sin más, ¿no? Anghara la tomó de la mano.

— Va a estar todo bien —le dijo, quizá porque ella misma estaba teniendo un mal presentimiento y no quería que su chica se sintiera igual, al menos, durante la noche.

Aunque algo forzada, Ainhoa sonrió.

— Total, tampoco es nada de otro mundo. Habremos pasado por algún lado *quee*... No sé, que habría algo en la carretera y no pude librarme —Se encogió de hombros adoptando una indiferencia que no sentía.

— Eso es, cosas que pasan —afirmó Mara, con una energía optimista que intentaba contagiar a las demás.

Al verla quedarse pensativa, mirando de nuevo la rueda, Anghara tomó de la barbilla a su novia, obligándola a enfrenar su mirada. No le habló otra vez, al menos, no con la voz. Hablaron en silencio durante unos segundos y Ainhoa asintió con la cabeza antes de recibir un pequeño beso que le causó una pequeña sonrisa más sincera que la previa.

Merche y Mara se enamoraban de gestos como aquellos, impresionadas por la complicidad y la compenetración que mostraba la pareja para entenderse sin tan siquiera una palabra.

— Bueno, venga, va. A desahogarse cantando —decidió Mara, ya disponiéndose a pedir un uber.

Y, desde el momento en que pisaron el karaoke, se les olvidó el tema del coche y las ruedas. No solían coincidir tanto como quisieran para salir las cuatro juntas, por lo que no querían desaprovechar ni un segundo de aquella ocasión.

Los ánimos de la cena continuaban presentes en las siguientes horas, mientras bebían y escuchaban a cualquiera que se atrevía a cantar en el escenario. Merche y Mara también subieron a cantar, pero Ainhoa y Anghara tardaron un poco más en dejarse llevar. Cuando lo hicieron, la primera se reía sintiendo que la vergüenza le ganaba por primera vez en su vida, pero su novia siguió la letra al ritmo que debía.

Era una canción de Pablo Alborán, escogida por Mara para ellas, aunque no les había dicho que lo haría. Y Anghara la empezó a cantar poniendo el alma en ella, como siempre que cantaba algo que bien podía reflejar sus sentimientos por Ainhoa. Así que la cantaba mirándola de vez en

cuando, dejándole claro que seguía en el escenario por y para ella.

— Túú y túú y túú y solamente túúú...

Ainhoa se quedó atrapada con la mirada de su chica y, prestando atención a la letra, se sintió cautivada, una vez más, por aquella voz. Fue entonces cuando se dejó llevar y cantó un poco con ella.

— Haces que mi cielo vuelva a tener ese azul. Pintas de colores...

Las dos dejaron de cantar dando un brinco al escuchar un golpe que sobresaltó a los que más cerca estaban del escenario. Vieron un chisporroteo cerca del equipo de sonido y, de repente, la sala quedó a oscuras.

— No pasa nada, tranquilos —pronunció enseguida uno de los empleados—. Por favor, no se muevan de sus puestos. Enseguida vuelve la luz.

Y así fue, encendieron las luces de la estancia, pero las del escenario no pudieron. Alguien había tirado una copa contra uno de los enchufes, aunque, por fortuna, las chispas causadas no habían sido suficientes como para lamentar una desgracia mayor.

La pareja, entre risas nerviosas, regresó junto a las otras chicas.

— ¿Tan mal canto? —bromeó Anghara en voz baja.

— ¿Tú? —cuestionó su novia—. Si tú cantas fenomenal. El problema ha llegado al cantar yo contigo, está claro que a la música no me dedicaré —concluyó, causando la risa a las demás.

No obstante, las bromas solo eran para ocultar el nerviosismo por el susto que se habían llevado.

— Vaya noche —apuntó Ainhoa ya en casa, cuando se disponía a meterse en la cama, donde la esperaba su chica—. La comida ha sido genial, estaba buenísima, pero entre lo del coche y lo de los cables, se me ha metido un susto en el cuerpo *quee... Uff*.

— Tranquila, amor. Mañana llamamos a Saúl, si quieres, o a tu padre, y que nos ayuden con las ruedas. No creo que sea necesario ir a un taller, ¿o sí?

— Puedo pedirle ayuda a mi padre, sí —la besó y se acurrucó junto a ella, recibiendo enseguida el abrazo que necesitaba.

— Y lo del karaoke... —Suspiró—. Ha sido extraño, no te lo voy a negar. Pero bueno, ya sabes, era mucha gente y demasiada bebida.

— Sí, puede ser eso. Algunos se vuelven idiotas cuando beben.

— Pero tú cantas bien, ¿eh?

— *See*, genial —respondió sarcástica—. Mi amor, por favor...

Su expresión hizo reír a Anghara.

¿PARANOIAS?

Lo que no esperaban al día siguiente era averiguar lo ocurrido realmente con las ruedas del coche. No estaban pinchadas, no era algo que pudiera denominarse accidental, sino que alguien las había rajado sin titubear.

Si los malos presentimientos habían conseguido asustarlas la noche anterior, no podrían quitarse aquella sensación al averiguar tal cosa. El susto era ahora mayor y, por mucho que sus representantes, sus familias e, incluso, la policía dijeran para calmarlas, se sentían inseguras de repente.

Ambas daban vueltas a algunas cosas en su cabeza, pero evitaron compartirlas por si pudieran parecer paranoicas o despertar en la otra un miedo mayor del que ya sentían.

Con el inicio de la nueva semana, Ainhoa amaneció con cientos de notificaciones nuevas en sus redes sociales y tanto ella como Anghara tenían varios mensajes privados de algunos familiares y amigos.

— ¿Pero qué pasa hoy?

Lo comprendieron al entrar a leer alguno de los mensajes. Levantaron la mirada hacia la otra y volvieron a revisar el móvil.

— ¿Es Marc?

— Eso parece —aceptó Ainhoa, volviendo a poner los ojos en su novia—, pero yo no he ido a comer con él, te lo prometo.

Anghara sonrió ante aquella expresión asustada.

— Mi amor, ya lo sé.

— ¿Pero a qué viene esto? De verdad, no entiendo qué demonios le pasa a la gente.

Se trataba de una fotografía de Ainhoa y su exnovio en un restaurante. Estaban sentados frente a frente, con la mesa entre ellos. Él parecía estar contándole algo, ella lo miraba con interés, con una expresión risueña.

La foto aparecía decenas de veces en cada sitio de internet y, por si no fuera suficiente, algunos amigos se la habían enviado por privado para hacerles saber que era la nueva comidilla de todo aquel que quisiera indagar en la vida privada de la actriz. En algunas capturas de pantalla, rezaba un titular que comunicaba la reconciliación de aquella pareja que había sido vista en un local de Madrid el fin de semana.

Ambas reconocieron el restaurante. Iban a él con cierta frecuencia, sobre todo, con otros intérpretes de *Nouvelle cuisine*. Y Ainhoa recordaba haber ido a comer allí con su ex, pero no a solas, como parecía en la imagen. Aquel dato la hizo darse cuenta de algo más y rebuscó entre sus fotos antiguas.

— Es un montaje —le aseguró a Anghara.

— Mi amor, que da igual. Que soy consciente de que hacíais cosas juntos cuando erais pareja. Bonito fuera que no.

— Jara, en serio, mira esta foto.

Le enseñó aquella supuestamente nueva, donde ella aparecía sonriente, sentada frente al chico, con su codo apoyado en la mesa y su barbilla en la mano del mismo brazo. Llevaba un vestido corto amarillo y el pelo suelto cubriéndole parte del pecho. La hizo fijarse en cada

detalle.

— Y ahora, mira esta.

Anghara observó el vestido de su novia en aquella otra imagen, la postura, la sonrisa y su mirada puesta en Teresa, en una de las tantas salidas que habían hecho ambas con algunos más del elenco de la serie. Aquella era la foto original, aquella en la que se veía a un lado la mano de Merche con su pulsera favorita, una mano eliminada en la foto con Marc.

— Joder —pronunció incrédula, tomando la mano de su novia como gesto de apoyo—, pues hay que reconocer que el hijo de puta que las haya editado, ha hecho muy buen montaje.

— Ya, pero ninguna gracia y cero sentido que hagan cosas así y las publiquen como noticia, inventando que he vuelto con mi ex. Vamos, ya lo que nos faltaba.

— Es que ni se nota que se haya modificado —siguió Anghara analizando la foto con admiración.

— ¡Jara, mi amor! —protestó Ainhoa enseguida.

— Ay, perdón, perdón —besó su mano—, si te estaba escuchando. Que sí, que a mí también me parece que está muy fuera de lugar inventar rumores y relativas pruebas de ellos. Pero...

— Ya, que sigues impresionada.

— ¿Tú crees que, si pido en las redes una foto mía con alguna faraona de las épocas antiguas, me la harían igual de bien?

Ainhoa se la quedó mirando con cara de pocos amigos. Anghara se mantuvo seria tanto como pudo y, luego, dejó escapar su risa.

— No me estás tomando en serio —le quiso recriminar su novia, sin poder evitar que le hiciera gracia tal tontería.

— Venga, mi amor. Si no pasa nada, ya has encontrado la explicación. Aunque a mí no me hacía falta. Sé que me quieres y que estás segura de lo nuestro tanto como yo. Si quieren inventar, que inventen. Lo han hecho siempre. Y espero que tu Marc piense lo mismo.

— ¿Mi Marc? Oye, guapa, de mío no tiene nada.

A Anghara le hizo gracia.

— Quería decir «tu ex». ¿Te ha dicho algo?

— No. Bueno, no sé. Tengo muchos mensajes sin leer. Pero no creo que tenga nada que decirme.

— Ya, no sé. Lo digo por si se mosqueaba —Se encogió de hombros—. Yo me mosqueé mucho con Marcos cuando salieron las fotos que él tenía.

— Pero no es lo mismo, ¿no? Digo, él sí tenía algo de culpa.

— No sé yo si el hecho de que le hayan entrado a robar se puede considerar culpa suya.

— No, eso no. ¿Pero para qué tenía las fotos aún en su portátil?

— Ya, bueno. Recuerdos, supongo.

Ainhoa asistió al trabajo unas horas antes que su novia, pues no les coincidían los horarios aquella mañana. Fue dándole vueltas en su cabeza a las mismas ideas que le rondaban desde hacía días, pero no estaba segura de que tuvieran algún sentido.

Una vez en el parking, miró el reloj para comprobar que aún le quedaban unos minutos. Sacó su cigarro electrónico y no se lo pensó mucho, le daba tiempo. Quería dejar de fumar, cada vez conseguía contener más las ganas, pero había momentos en que sentía una necesidad

superior a su voluntad. Así que se apoyó de espaldas en su propio coche, volviendo a perderse en sus pensamientos mientras disfrutaba de aquel ratito para sí misma. Tras ella llegaron un par de compañeros más, que la saludaron al pasar por su lado e intentaron que se uniera a ellos para entrar ya, pero consiguió que la dejaran atrás. Al menos, hasta que llegó ella.

Tan pizpireta como siempre, Fanny llamó su atención desde lejos. Ainhoa respondió al saludo con su mano libre, pero no hizo ademán de moverse y suspiró al ver que la recién llegada caminaba hacia ella.

— Ay, mira qué bien, ¿te importa que te acompañe? —No esperó respuesta, ya se estaba encendiendo un cigarro y apoyándose en el coche junto a la otra chica—. Hoy ando algo nerviosa, no sé por qué. Si he grabado mil veces con vosotros, no entiendo por qué me inquieta tanto este regreso.

Ainhoa no respondió más que una pequeña sonrisa antes de dar una nueva calada a su cigarro y perder su mirada hacia cualquier punto del horizonte. Quería silencio antes de meterse de lleno en el rodaje, ¿era mucho pedir?

— Y nos toca juntas, por cierto —añadió Fanny—. Espero que te hayas aprendido bien el texto, ¿eh? No me vayas a hacer perder el tiempo repitiendo las secuencias. Aunque, si hay que repetir los besos, yo sin problema —bromeó.

— Claro, no tengo yo otra cosa que hacer que ponerme a repetir secuencias por mero capricho —soltó Ainhoa algo irónica, aunque había querido sonar igual de bromista que su compañera.

— Vaya, mujer, ni que fuera tan malo trabajar conmigo. Pero tranquila, te prometo que me sé el texto de principio a fin —aclaró con inocencia.

Aunque no lo pretendió, aquello sí hizo gracia a Ainhoa, que sonrió ahora con más sinceridad.

— No es eso, perdona —se disculpó tras otra calada a su cigarro—. Es que no me has pillado en buen momento.

— Ay, igual querías estar sola y yo aquí de pesada. Lo siento, ya me voy —se apresuró a dar una última calada antes de apagar su cigarro contra el suelo y recogerlo para tirarlo a una papelera cercana—. Nos vemos dentro —concluyó volviendo a sonreír a la otra actriz, ya dirigiéndose al edificio.

La observó alejándose, dudó y dio un resoplido.

— Espera, Fanny —le pidió alzando la voz lo suficiente como para hacerse oír.

La otra chica se giró hacia ella de nuevo y la esperó al ver que pretendía alcanzarla. Volvió a sonreírle cuando llegó a su altura y retomó la charla hablándole de lo contenta que se sentía con estar en la serie.

HECHOS RELACIONADOS

Las sonrisas de Ainhoa y de Fanny mientras intercambiaban la última mirada de la escena fueron tan naturales que enseguida el director se sintió satisfecho.

— ¡Corten! —Las chicas lo miraron—. Muy bien, buena toma.

— Por un momento temí que fuera a cortar cuando te hice dar la vuelta, que sentí que casi te tiro —comentó Fanny mientras se acercaban a la mesa en que descansaban sus botellas de agua.

— Es que me la diste muy rápido —admitió Ainhoa divertida—, yo también creí que me iba a caer, porque sentí como un mareo repentino.

— Ay, lo siento, no medí bien el movimiento.

Justo entonces se dio cuenta Ainhoa de la presencia de Anghara, que le sonrió y le lanzó un beso al aire desde otro lado de la estancia. No tuvieron tiempo para charlas porque ambas debían volver a trabajar enseguida.

Más tarde, en el camerino, Ainhoa recibió a su novia con un abrazo.

— Ummm, qué falta me hacía esto —murmuró Anghara complacida—. Me volví a dormir cuando te fuiste y, al despertar de nuevo, te eché de menos.

— Ya me imaginaba que te dormirías, que anoche te costó dormirte, ¿no? —La besó en la frente al romper el abrazo.

— Sí, un poco —admitió, y se mordió el labio inferior—. Lo siento si no te dejé descansar.

— Tranquila, descansé bien. ¿Y me lo vas a contar?

— ¿El qué?

— Eso que tanto te preocupa, que... No sé. ¿Es por lo de la foto? No, vale, pregunta tonta, que lo de la foto ha sido hoy —concluyó sin haberla dejado responder.

Anghara dudó y miró su reloj para comprobar el tiempo que tenía. No quería iniciar una conversación que luego tuvieran que dejar a medias. Ainhoa la despreocupó, tenían por delante la hora de comida.

— He estado pensando y... Últimamente nos suceden cosas un tanto extrañas, ¿no? A ver, el incendio en el restaurante, las ruedas pinchadas, las fotos con nuestros exnovios, las pintadas fuera del plató, lo del karaoke... No sé, me parece tan raro —Lo soltó de carrerilla—. Cami también lo cree y quiere comentárselo a la policía.

Ainhoa suspiró sintiendo que algo en su pecho se aliviaba ligeramente.

— Yo también lo he pensado, pero me sentía un poco paranoica —admitió algo avergonzada—. Se lo diré a Silvia también, que lo comente y nos cuente algo. Quizá se pone de acuerdo con Cami y van juntas. ¿Crees que tenga que ver con algún loco homofóbico que nos haya visto en *Nouvelle cuisine*?

— No sé, ¿tú crees?

— En la pintada decía «Corten» y dudé de si lo decían tipo parar el rodaje o si es que cortemos la relación.

— Pero tachaba «Belana», no es realmente contra nosotras, sino con los personajes. Y las otras cosas que han pasado han sido en nuestro día a día, no en nada que ver con la serie.

— Ya, eso sí. Lo mismo son cuestiones aisladas unas de otras. Es que no sé qué pensar, la verdad.

El inspector que atendió a la representante de Anghara se sintió ligeramente confuso ante la información que la mujer le ofreció. Estaba claro que todos aquellos hechos podían no tener gran

importancia por separado, que, a veces, las cosas ocurren sin más. Quizá por ello no se habían dado cuenta antes de la relación que podía existir entre cada una de las denuncias. ¿Quién iba a pensar que el fuego en un restaurante fuera dirigido a dos de los comensales, siendo que no comían allí todos los días? ¿Cómo podían relacionar el robo en la casa de un chico cualquiera con dos actrices con las que él no mantenía contacto aparente? ¿Quién captaría enseguida que las pintadas en un plató de televisión podían tener algo que ver con los hechos anteriores? Las chicas no habían denunciado a nadie con respecto a las fotos publicadas, porque estaban acostumbradas a los montajes y a las noticias inventadas que, como mucho, dejaban al público rumoreando sinsentidos. Y, con respecto al karaoke, los empleados habían considerado que se trataba de un suceso accidental, no de un atentado contra nadie.

Asumiendo todos aquellos hechos como un conjunto, el inspector llegó a la misma conclusión que la representante: podía tratarse de un acosador.

— ¿Habéis recibido amenazas? —interrogó el inspector a las chicas al día siguiente, a la entrada del plató—. ¿Alguna carta, mensajes en las redes sociales...?

— No, bueno, yo no leo la mayoría de mensajes de las redes sociales y tengo el acceso algo restringido para que no pueda contactarme cualquiera, porque ya tuve una mala experiencia con eso hace unos años —contestó Anghara.

— Yo sí leo los míos, pero no he recibido nada alarmante —aseguró Ainhoa—. En general, tenemos fans encantadores con esta serie.

— Tampoco son todos tan encantadores —repuso Anghara mirándola—, lo que tú los ves con la ilusión de las primeras veces e ignoras el odio que sueltan algunas personitas. Deberías tener más cuidado de con quiénes interactúas —ahora se giró hacia el hombre enseguida—. Pero amenazas no hemos recibido —aclaró.

La expresión de Ainhoa la cuestionaba, pero se abstuvo de contradecirla delante del policía, que parecía estar analizando aquellas opiniones. Fue él quien retomó la palabra tras unos segundos.

— Bien. Ese restaurante, donde se inició el pequeño incendio... ¿Alguien externo al mismo sabía que iríais, que teníais reserva?

— No, que yo sepa... No —rechazó Anghara, y dirigió la mirada a su novia por si ella tenía otra respuesta, pero Ainhoa también negó.

— ¿Habéis visto a alguien repetidas veces, en lugares donde no tendría por qué estar? ¿Alguien que os haya llamado la atención en esos mismos sitios donde han ocurrido los incidentes?

Tratando de hacer memoria, Anghara empezó a negar con la cabeza, pero quedó inmóvil, mirando a su chica, cuando la escuchó recordar que habían visto a Marcos en el restaurante donde se había prendido fuego.

— Que no quiero decir que le culpe de nada —aclaró Ainhoa a su novia, temerosa de que pudiera enfadarse por mencionarlo—, pero estaba ahí y desapareció en cuanto lo vimos.

— ¿Marcos? —cuestionó el inspector.

Anghara dudó, reflexionó al respecto, tragó saliva rezando en silencio para que aquel chico no tuviera nada que ver en todo el asunto y suspiró antes de responder.

— Marcos es mi exnovio. Es cierto, lo vimos al salir del restaurante, en la calle.

— Sí, eso sí. No lo vimos dentro —apoyó Ainhoa—. Y lo raro es que no montase una escenita, porque es lo que ha hecho otras veces.

Al ver la mirada del inspector sobre ella, Anghara dio la razón a la otra actriz.

— ¿Es el mismo al que se supone que le robaron en casa? —Ellas asintieron con la cabeza

y él anotó algo en un pequeño cuaderno—. ¿Lo habéis visto en algún otro lugar en que consideraseis que no le correspondía estar?

Las actrices estuvieron de acuerdo en que habría sido difícil percatarse de la presencia de aquel chico en algunos lugares. En los restaurantes, quizá se encontraba demasiada gente y ellas solían centrarse en sí mismas y en sus acompañantes más que en el entorno; en el karaoke, las zonas alejadas del escenario apenas estaban iluminadas...

Tras varias preguntas más, el inspector les recomendó mayor precaución a la hora de escoger lugares públicos a los que ir, aunque trató de tranquilizarlas. No creía, o eso dijo, que quien estuviese detrás de aquellos incidentes quisiera hacerles daño realmente.

— ¿En serio? ¿Marcos? —cuestionó Anghara a su novia una vez se fue el inspector, ya entrando en el edificio, pero deteniendo sus pasos allí mismo—. ¿Crees de verdad que él tiene algo que ver?

— Jara, por favor —repuso con suavidad, poniéndole una mano en el hombro—, solo he respondido a lo que el policía ha preguntado. Estoy tan preocupada como tú y, de verdad, ojalá que él no tenga nada que ver. Es más, ojalá que sean solo cosas aisladas y que no haya nadie acosándonos realmente... —Quiso añadir un «pero» y no fue capaz.

Sus miradas se encontraron con seriedad en un instante sin más palabras. Luego, Anghara suspiró con cierta resignación. Ainhoa apretó los labios por un momento y la abrazó.

— Tranquila, ¿vale? —le pidió en un susurro.

Anghara pensó entonces en sus inicios con Marcos, en cómo se habían conocido en una fiesta y cómo había ido naciendo algo entre ellos. El chico la había tratado bien siempre, había sido el más respetuoso con ella, hasta que ella comenzara a trabajar en *Nouvelle cuisine* y los fans empezaran a especular sobre su vida privada y su relación con Ainhoa. Entonces, la situación había cambiado, dando lugar a discusiones y tensiones varias.

— *Es por Marcos* —recordó haberle contado a Ainhoa algo más de un año atrás.

— *¿Qué tiene que ver mi novio?*

— *El tuyo, no, el mío.*

— *Ay, claro. Siempre olvido que se llaman igual, perdona.*

>>Aquel despiste supuso un ligero alivio contra la tensión que sentía Anghara.

— *Pero el mío es Marcos y el tuyo es Marc, ¿no?*

— *Cierto* —aceptó Ainhoa risueña—. *¿Y qué ha pasado con él?*

— *Pues que se está agobiando mucho con las ideas de la gente sobre nosotras y, al final, acaba agobiándome a mí. No entiendo cómo puede ponerse celoso por las cosas que lee, si me conoce, joder.*

Suspiró recordando aquello.

Tras la ruptura, la culpabilidad la había roído un poco por dentro al empezar a aceptarse a sí misma que él tenía razón, que sí que le gustaba su compañera de reparto, que sí estaba sintiendo por ella algo más que amistad. Pero no podía arrepentirse de nada, porque con Ainhoa estaba manteniendo una relación que la hacía completamente feliz, una vida que la tenía siempre en una nube repleta de momentos preciosos y, aun cuando las cosas no eran perfectas, con ella sentía que estaba en el lugar correcto.

— ¿Lista para empezar? —le preguntó su novia al romper el abrazo.

— No —respondió aniñada—, quiero que sigas abrazándome.

La ternura de su gesto y de su voz dominó a Ainhoa, que sintió la necesidad de complacerla, de sentirla de nuevo entre sus brazos, y lo hizo.

— Lo siento —murmuró con sinceridad—, no pretendo culpar a tu ex de nada, de verdad...

— Si es que lo malo no es eso —admitió Anghara, poniendo algo de espacio entre ambas para volver a mirarla a los ojos—, es que me da miedo. Que no sé si es capaz de hacer alguna locura, pero es como me has dicho otras veces, que ha cambiado desde que lo dejé. ¿Y si es él quien ha hecho todo eso? ¿Y si se le cruzan los cables y decide hacerte...? —No quiso terminar la pregunta porque le causaba auténtico terror considerar cualquier posibilidad que incluyese lastimar a su novia.

— Tranquila —le repitió—. Haremos lo que ha dicho el inspector. Tendremos cuidado de en qué lugares nos dejamos ver. Es más, a mí no me importa recluirme contigo en casa, solas... —concluyó insinuante, logrando sacar una sonrisa a su novia.

— Si lo que pretenden es alejarnos entre nosotras y lo que consiguen es justo eso, la verdad es que no podría quejarme —aceptó en el mismo tono.

Mordiéndose el labio inferior, Ainhoa dudó en si besarla o no en aquel momento, en aquel lugar. Miró a los lados casi sin darse cuenta, comprobando que no había nadie en el pasillo, y se lanzó a besarla con una intensidad que, por lo general, no usaba en lugares públicos.

— Ahora estoy deseando que acabe la jornada —murmuró Anghara tras aquel beso, rendida ante lo que su chica provocaba en su interior—. ¿No podemos fingir que estamos malas o algo?

Ambas rieron. Ainhoa le rozó la nariz con la suya y tiró de ella para continuar hacia los camerinos, no sin antes prometerle que disfrutarían de una velada tranquila al llegar la noche.

Aunque quería evitar manifestar sus preocupaciones con todo el tema del posible acoso, mientras se adentraban por el pasillo, Ainhoa se preguntaba cómo de afectada se sentiría si, en lugar del ex de Anghara, fuera el suyo propio quien tuviese algo que ver en todo aquello. Le pareció absurdo pensarlo, pues Marc no había actuado de malas formas con ella ni antes ni después de la ruptura. Él siempre la cuidaba, se había mostrado orgulloso mientras la veía crecer a nivel profesional, animándola en sus momentos bajos y celebrando con ella los altos. Se había sentido celoso con algunos de los rumores sobre su novia con respecto a Anghara, pero no les había querido dar tanta importancia realmente. Y, al confirmar que Ainhoa estaba enamorada de su compañera, se había sentido dolido, pero su reacción no había sido dañina.

Justo cuando llegaban al camerino, recordó otra cosa.

— Por cierto, amor, a ver si lo entiendo... Cuando estabas con la obra, al terminar las funciones, charlabas con los asistentes, de lo más amorosa y cercana, tal como eres. Pero... ¿me dices a mí que debería tener cuidado de cómo interactúo con la gente?

— Mi amor, no es eso. En persona es distinto, en internet no sabes qué cosas te vas a encontrar.

— No lo sabes en internet ni en persona, Jara. Y en internet, tan siquiera, hay pantallas de por medio, que no va a salirte un psicópata armado.

Anghara dudó.

— Bueno, en parte, tienes razón. Pero no sé, es distinto. No sé cómo explicártelo. Tú solo ten cuidado, ¿vale?

Ainhoa le sonrió. Le parecía tierno que intentase cuidar de ella.

ILUSIONADAS

En los siguientes días, trataron de olvidarse del posible acosador. Se centraban en el trabajo y en su vida en común, aunque sin salir con demasiada frecuencia a lugares públicos.

Una tarde como cualquier otra, Anghara estaba en el salón de casa, con la música a todo volumen mientras doblaba unas prendas de ropa que había desordenado unas horas antes. A ratos se perdía con las canciones, se dejaba llevar y bailaba o cantaba contagiada por el ritmo. Le gustaba aquella emisora de radio porque solían poner una mezcla de canciones antiguas y nuevas.

Con el inicio de otra melodía, soltó un par de camisas en el sofá sin tan siquiera darse cuenta, empezando a moverse con el ritmo y sumando su voz a la de Carlos Vives. Así la encontró Ainhoa al entrar y sonrió, no pudo evitarlo. Anghara no se detuvo, continuó el baile sin dejar de cantar, ahora tomando la mano de su novia para incitarla a unirse a ella. Y lo hizo.

— Y en un letrero que diga que como tú no hay ninguna —siguió cantando Anghara, sintiendo tales palabras como propias y dejándose claro a su novia con la mirada que le dedicaba—, que lo digan en la China, que lo digan en la luna...

— Sí, sí, sí —cantaron ahora las dos—, que este amor es tan profundo, que tú eres mi consentida, que lo sepa todo el mundo...

Se acercaron más sin interrumpir el baile, sonrientes, animadas. Daba igual si el ritmo no era como para estar tan pegaditas, siguieron bailando así, completamente metidas en la letra que seguían escuchando, sintiéndose tan a gusto como siempre que compartían momentos similares.

Cuando la música empezó a perder fuerza, anunciando el final de la canción, se besaron profundamente.

— Ya venía contenta, pero siempre consigues que aumenten mis ánimos—le dijo Ainhoa al separar sus labios, aún abrazándola por encima de los hombros—. Me encantas.

Le dio otro beso, esta vez más corto.

— Ya sabes que me pierdo con el baile —le recordó risueña—. ¿Y por qué vienes tan contenta?

La sonrisa de Ainhoa se hizo mayor ahora.

— ¿Recuerdas el guion que escribí con mis amigas? —Anghara asintió—. Pues hemos encontrado una productora que está interesada en llevarlo a cabo.

— ¿En serio? ¡Pero eso es fenomenal, mi vida! —La besó con cierta intensidad, aunque no prolongó el beso—. ¡Enhorabuena!

Lo siguiente fue tomar asiento y hacerle todo tipo de preguntas al respecto, para saber cómo se había dado la situación y cómo le habían dado la noticia. Ainhoa le fue contando cada detalle, declarándose algo nerviosa, pero más ilusionada que nada.

— Y hasta nos han hablado de la directora a la que quieren poner al mando. Se llama Arantxa y estoy casi segura de que has trabajado con ella. En la serie que hiciste con la que lloré un montón.

— Ah, sí, ya sé quién dices. ¡Pues un lujazo!

Cuando ya apenas le quedaban detalles por compartir, Ainhoa besó de nuevo a su novia. Se sentía más emocionada que nunca y le encantaba que Anghara se mostrase tan orgullosa e ilusionada como ella.

— Vamos a prepararnos y salimos a cenar, hay que celebrar esto —propuso Anghara.

— O podemos pedir comida y cenar aquí, con ese vino tuyo tan rico.

— ¿Estás segura?

— ¿Tú necesitas salir? Quizá estás cansada de...

— Yo te necesito a ti —la interrumpió antes de darle un nuevo beso—, podemos celebrarlo como prefieras. Y ya salí antes. Cami me ha dado algo para ti, por cierto —le informó mientras se dirigía al despacho.

— ¿Para mí? ¿Tu *repre*? —Le parecía extraño.

— Uhum —murmuró como total respuesta, ya adentrándose en la otra estancia. Tardó menos de un minuto en volver al salón con un sobre de Correos en las manos—. ¿Recuerdas a aquella chica que fue a ver mi obra y me llevó un libro? Bueno, dos, uno para mí y otro para ti.

— ¿El de «Nhoara»? Sí, claro. Una bonita historia que da pintadas sobre lo nuestro —comentó risueña.

— Pues parece ser que ha escrito una segunda parte —concluyó sacando un libro del sobre—. Nos ha enviado uno a cada una.

— Ay, pero qué... —Estaba sorprendida.

Teniéndolo en sus manos, observó los detalles de la portada y, luego, la sinopsis.

— Y hay más —añadió Anghara al cabo de un momento—: va a hacer una presentación de ambos libros y nos ha invitado. Se ofrece a pagarnos vuelos de ida y vuelta el mismo día o, incluso, si nos apetece, nos pone alojamiento para todo el finde.

— ¿Dónde es?

Anghara sonrió antes de responder, intuyendo al menos una de las respuestas de su novia.

— En Gran Canaria.

— No... ¿En serio? —La otra chica asintió—. Tenemos que ir.

— ¿Te apetece de verdad?

— Mi amor —Estiró un brazo hacia ella para que le diera la mano y, con ello, acercarla más a sí misma—, Gran Canaria está rodeada de mar, sabes que adoro el mar. Y nos encanta la isla.

— Lo sé, sí —aceptó Anghara dejándose atraer hasta quedar sentada en el regazo de su novia—. Estuvimos allí hace poco, de hecho. Y un pequeño viaje me parece otra manera estupenda de celebrar tu proyecto, aunque es dentro de un mes, más o menos. De hecho, es para el finde que pensábamos ir a Valencia. Pero... ¿te apetece lo de la presentación?

Sin darle respuesta, Ainhoa la besó varias veces, cada vez prolongando más el gesto.

— Echaba de menos tus labios —le susurró antes de un cuarto beso.

Puede que perdieran un poco el camino de la conversación, pero volvieron a él cuando sintieron el móvil de Ainhoa vibrar. Ante la insistencia del aparato, miró la pantalla y leyó por encima los diferentes mensajes.

— Mi madre quiere asegurarse de que no lleguemos tarde hoy. Dice que cenamos a las ocho.

— Ostras, y nosotras debatiendo si cenar fuera o aquí —comentó con culpabilidad—. Se me había olvidado completamente.

— No le digas que a mí también —apuntó risueña.

— Pero... ¿para que no nos retrasemos, adelanta la cena?

— Claro. Sabe que vamos a llegar tarde, así que cenaremos a la hora a la que normalmente no llegamos —concluyó traviesa.

Volvieron a besarse.

— Lo del libro... —intentó de nuevo Anghara.

— Sí que me apetece, pero no hace falta que nos paguen nada, ¿no? Quiero decir, si nos lo

pagamos nosotras, podemos ir por libre, asistimos a la presentación y seguimos por nuestra cuenta el viaje. Pero, para el finde que pensamos ir a Valencia es por tu cumple, ¿no? ¿Quieres cambiar el destino de viaje?

— Podemos ir a Valencia el finde previo o el posterior, para estar con mis padres en esos días. Aunque a ellos los veré también en otras ocasiones.

— Me parece bien, sí. Y, siendo para tu cumple, con más razón podríamos ir a nuestro aire a Canarias. ¿Qué opinas?

— Tú lo que quieres es disfrutar el máximo tiempo posible de la playa.

— Sí —aceptó con una nueva sonrisa, con ilusión, antes de darle otro beso, esta vez con mayor intensidad.

— Vale, pues nos ha puesto una condición —añadió Anghara luego. Ainhoa se mostró extrañada y sorprendida—. Bueno, no lo nombró como tal, pero a mí me parece que lo es. No quiere que publiquemos en redes sociales si vamos a ir ni nada cuando estemos allí. Cualquier cosa, a posteriori.

— Imagino que la autora no quiere que le quitemos protagonismo.

— Más bien, no quiere que la gente dé por hecho que, si tiene éxito, sea por dos famosas y no por sí misma. Eso es lo que ha sobreentendido Cami al hablar con ella, aunque no es que se lo dijera directamente.

— Tiene sentido, supongo.

— También ha asegurado que no piensa nombrarnos como sus musas si nosotras no queremos. Que, aunque nuestro trabajo haya sido lo que la inspiró a escribir esas historias, no va a decirlo sin nuestra aprobación.

— Siento una mezcla de... —Negó con la cabeza—. Me siento confusa. Nos dedicó el libro como muestra de agradecimiento, ¿no? Eso te dijo —Anghara asintió—. Pero no parece querer asociar nuestra imagen al libro.

— Ya de por sí, cuando me dio los dos ejemplares en la obra y me mostró la dedicatoria con nuestros nombres, me dijo que no había añadido nuestros apellidos por si pudiera molestarnos. Y a mí me pareció bien que lo hiciera así. Creo que está bien que no pretenda tener éxito a costa de nuestra fama, de nuestro trabajo.

— Yo creo que para ella también ha de ser un poco contradictorio. Digo, de querer agradecernos algo sin sentirse con la libertad de hacerlo directamente. Quizá por ello lo de invitarnos a la presentación.

— Sí, para ella ha de ser importante. No solo porque es fan de lo que hacemos, sino también por todo eso que le hemos inspirado. Que, aunque no lo revele a su público, quizá quiere asegurarse de hacernos llegar ese mensaje o... No sé.

— Yo voto por ir. No solo porque Gran Canaria sea uno de los destinos que más adoro, que lo es, sino porque es bonito que nos haya dedicado los libros y que nos haya invitado a presenciar el evento en que los presenta.

Aunque estaban de acuerdo en asistir a tal acto y les hacía ilusión pasar un par de días en Gran Canaria, dudaron de su decisión al día siguiente, cuando, de vuelta en su lugar de trabajo, se encontraron con nuevas pintadas en uno de los muros que rodeaba el recinto y en la misma pared del edificio.

Se repetían las palabras de la vez anterior: «Belana», «Corten». Y se añadía una nueva: «Mentirosas».

MENTIROSAS

Quizá ser actriz implicaba mentir, al menos, desde el punto de vista de algunas personas. Todo el elenco de *Nouvelle cuisine* opinaba que no, que «actuar» no tenía nada que ver con «mentir». No podía ser lo mismo interpretar un papel, seguir un guion, unas pautas, una coreografía... que optar por decir mentiras. En el primer caso, cualquier debería tener claro que no había verdad en los diálogos; en el segundo, probablemente, alguien sería engañado y a nadie le gustaría estar en ese lugar.

— Mi amor, déjalo ya —intentó Anghara en el camerino, poniendo una mano sobre la inquieta rodilla de su novia—. Tenemos que olvidar un poco ese tema, porque nos estamos rayando demasiado y no vale la pena. Lo habrá escrito alguien que no estará de acuerdo en todo el tema LGBT+.

— Sí, ya sabemos que aún hay gente muy cerrada de mente —apoyó Mara—, por desgracia.

— Vale, sí, tenéis razón —aceptó Ainhoa, aunque lo hizo más por acallarlas que por sentir de verdad que la tuvieran.

Le resultaba imposible recuperar la calma. Todo aquello del posible acosador la mantenía en un estado de inquietud extrema. ¿Mentirosas? ¿A qué venía tal acusación? Quizá habrían mentido alguna vez en la vida, sí, pero no creía que pudiera tener nada que ver con alguien que se dedicaba a hacer pintadas, a ocasionar fuegos o a rajar ruedas de un coche. «Mentirosas». ¿Tendría algo que ver con el hecho de que no hubiesen confirmado públicamente que mantenían una relación en la vida real?

— Ainhoa, ¿me estás escuchando?

La voz de Mara no la sacó tanto de su ensimismamiento como el hecho de sentir la mano de Anghara en su barbilla, consiguiendo que levantase la mirada hacia ellas.

— Perdonad, estoy algo cansada.

— Pues aún te quedan horas... —le recordó Mara—. Anda, repásate los guiones, no dejes que esto te afecte más de la cuenta —le aconsejó con cariño—. Y te quiero al cien para la fiesta de esta noche, así que arriba los ánimos.

Le dio un pequeño abrazo como despedida y salió del camerino en dirección al plató. Anghara tenía los ojos fijos en su novia, que tardó en devolverle la mirada.

— Ya, ya sé que Mara tiene razón...

— Mi vida —pronunció Anghara, tomándole una mano entre las suyas—, yo también estoy muy preocupada. No voy a fingir lo contrario contigo. Pero es cierto, no podemos dejar que esto nos afecte. La policía ya está investigando y los de seguridad están avisados para poner más atención a cualquier cosa fuera de lugar. Pronto sabremos quién coño está metiéndose en nuestra vida de esta manera.

Como respuesta, Ainhoa trató de dedicarle su mejor sonrisa, aunque quedó en un amago. Le besó una mano, le agradeció sus palabras y la abrazó. Necesitaba sentirla mucho más cerca, necesitaba sentir sus brazos rodeándola. Eso sí alivió un poco su estado de nerviosismo.

— Venga, va, ayúdame con esta escena —le pidió entonces—. Tú eres Fanny y yo soy Bel. Anghara aceptó y cogió el papel.

Los dos personajes mantendrían una breve charla, algo tensa, y finalizarían la secuencia besándose. Así que lo ensayaron y, tras un beso que debía ser algo superficial, sin apenas interés por parte de Belén, Ainhoa ignoró el papel que le tocaba y atrapó los labios de su novia dándole

un profundo beso que provocó a Anghara un cosquilleo en el estómago.

Cuando quisieron darse cuenta, Anghara se encontraba sobre el regazo de la otra actriz, con sus rodillas apoyadas en el sofá. Se obligaron a tomar algo de espacio para recuperar un poco el aire que ellas mismas se habían robado. Y se miraron con cierta complicidad.

— Como beses así a Fanny, vamos a tener problemas tú y yo, ¿eh? —le advirtió Anghara burlona.

Ainhoa no pudo evitar reírse.

— No se me ocurriría, te lo aseguro.

Volvió a besarla, esta vez con ternura, con calma.

Un rato después, Anghara pudo presenciar la grabación de aquella escena. Ainhoa parecía completamente metida en su personaje, concentrada en su trabajo, tal como debía, y su novia se alegró de ello. Por mucho que toda aquella situación del acoso pudiera preocuparlas, tenían que hacer lo posible por seguir su vida de la mejor manera.

Al término del diálogo que Anghara pudo reconocer, observó a Fanny lanzarse a besar a Belén. No sintió celos, pero sí se notó ligeramente incómoda y prefirió reírse de sí misma ante aquella sensación.

— ¡Corten! —pronunció la directora de turno—. Buen trabajo, buena toma.

Las dos actrices en escena intercambiaron un par de comentarios y rieron con alguno de ellos mientras se dirigían a una zona de detrás de cámaras, para tomar un poco de agua. Ainhoa localizó enseguida a su novia y sonrió más abiertamente, cambiando su rumbo para acercarse a ella.

— No te esperaba aquí —La besó de forma fugaz—, ¿todo bien?

— Bueno... —Anghara se fingió algo decepcionada—, todo bien hasta que he visto cómo besabas a tu amiguita —le dijo bajando la voz con un tono de retintín.

A Ainhoa le hizo gracia, pero, al ver que Anghara no se reía, llegó a dudar de si le hablaba en serio. Hablaron con la mirada durante los siguientes segundos.

— Mi amor —pronunció entonces Ainhoa—, que no ha sido nada, que fue un beso actuado, no era de verdad...

De repente se sentía nerviosa y su expresión parecía asustada.

Aunque habría querido alargar la broma, Anghara se dejó vencer por la ternura que su chica le provocaba y sonrió, dejándole claro que solo vacilaba, que no estaba molesta en lo más mínimo. Ainhoa suspiró, regañándola con la mirada, y su novia se acercó más a ella para besarla de nuevo, sin importarle nada quién pudiera verlas.

De allí fueron juntas al otro plató, donde compartirían escenas en las que sería Anghara quien besaría a alguien distinto a su novia. Esta vez, además, los besos serían varios y con distintas actrices.

— Y... ¡acción! —escucharon decir a la directora.

Ainhoa, adoptando la actitud de su personaje, mostró cara de pocos amigos al escuchar unas risas y comprobar que procedían de Ana y de otra chica. Las vio intercambiar algún comentario en voz baja y, luego, besarse como despedida. Belén apretó la mandíbula y apartó la mirada.

El guion indicaba que la jornada de aquel día transcurría algo tensa para Belén, que no podía quitarse de la cabeza aquella imagen de su exnovia besando a otra. Porque, en aquel punto

de la historia, «Belana» no era una relación como tal, habían roto. Y aquella no era la primera vez que Ana se besaba con otra, así como tampoco era la primera chica. Ni la última.

La directora fue dando inicio y fin a las distintas tomas, que contaban cómo, al término de la jornada de los personajes, Ana volvía a tener una cita con una nueva desconocida que llegó a buscarla. Y, al quedarse Belén sola en la estancia, llegaba otro personaje en busca de Ana: su madre.

— *Con su décima conquista* —contestó Belén irritada, sin levantar la vista de lo que hacía. La recién llegada resopló impaciente.

— *¿Y no piensas hacer nada?* —le preguntó casi como un regaño.

Según contaba el guion, el personaje de Teresa estaba al tanto de la ruptura, pero también era consciente de que las chicas seguían queriéndose, así que intentaba convencer a su exnuera para que cambiase de actitud y tratase de reconquistar a Ana, por quien estaba preocupada.

— *No es una niña* —le recordó Belén—. *Es una mujer.*

— *Una mujer rota, enamorada de ti y enfadada con el mundo.*

— *Enamorada de mí, pero comiéndose la boca con otras veinte* —comentó irónica, aunque intentaba mostrarse indiferente—. *Yo ya le importo menos que un pimientito.*

— *¿No me has escuchado nada o qué?* —No esperó respuesta—. *Te digo que mi hija está irreconocible, pero que sigue viniendo al trabajo. ¿Te crees que lo hace por ser responsable? No, Bel, no. Lo hace porque estás tú aquí. Porque es la manera que tiene de poder seguir a tu lado, incluso sin hablarte, porque ya me han contado que apenas te habla. Ana está dolida y sí, puede que se esté liando con la primera que acepta su solicitud en la aplicación esa de mierda, pero lo hace solo por... Es que no sé ni por qué lo hace, porque solo se me ocurre que quiera que la veas con otras, aunque eso te haga daño. O quizá justo para que te haga daño.*

— *Menuda manera de quererme.*

Tras alargar aquella conversación más de lo que Belén hubiera querido, la otra mujer se fue, dejándola con su cabeza dando vueltas a una nueva idea que pondría en marcha al día siguiente, pero que fue grabada tras la escena previa.

Los personajes se situaban ahora en el día posterior a aquella intervención. A poco de acabar el turno de trabajo, Belén desapareció de su puesto sin decir nada, mientras que Ana continuó en sus funciones y, luego, fue a cambiarse. La primera había quitado a su ex la cartera, por lo que Ana tuvo que volver antes de salir del edificio, sin tener idea de cuándo había sacado la cartera de su bolso. Así, Belén se aseguraba de reencontrarse con ella a solas.

Ana sintió que le faltaba el aire al ver a su exnovia con aquel vestido tan sexy, por el escote, por la mirada desafiante y por su pelo, que caía con suavidad sobre sus hombros. La observó de pies a cabeza sin poder evitarlo y se obligó a apartar la mirada para recuperar la compostura.

— *Ya está todo recogido* —dijo—. *Me voy, que me están esperando.*

— *Ya, ya sé que tienes ligue nuevo hoy.*

La sorpresa hizo que Ana volviese a mirarla a los ojos.

— *¿La has visto? ¿No la habrás espantado?*

— *No, tranquila, sigue esperándote.*

Se miraban fijamente, con una tensión que ninguna de las dos sabía gestionar por completo. De no haber sido porque tenían que seguir el guion, se habrían lanzado enseguida a besarse.

— *Bueno, pues... Me... Me voy* —titubeó Ana.

Belén la detuvo.

— *No sé si lo has pillado, pero que... Que tu cita soy yo.*

Haciendo gala de sus dotes como actriz, Anghara reflejó gran asombro para su personaje. Ainhoa continuó el diálogo.

— *No querías hablar con tu jefa, pero esta noche no soy tu jefa, solo tu cita, y así... No sé, podríamos hablar y...*

— *Yo no hablo con mis citas* —la interrumpió—. *O sea, más allá de presentarnos, no hablamos. Y contigo no hace falta presentación.*

Belén tragó saliva.

— *Yo creo que podríamos hablar* —intentó de nuevo— *y... ¿tomamos algo?*

— *Que no hablo con mis citas* —repitió la otra chica con un tono ligeramente enervado.

Y, tras tales palabras, se acercó a besarla con ansias, con muchas ganas. Unas ganas que ninguna de las dos supo si correspondían a los personajes o a sí mismas, pero poco les importaba en el momento. Continuaron la secuencia como debían, sin perder del todo el juicio, hasta que escucharon aquella palabra.

— ¡Corten!

Se miraron con una inmensa complicidad al separarse.

— Esto no ha terminado —le susurró Ainhoa a su novia con cierta picardía.

Conteniendo sus deseos de seguir besándola, Anghara se mordió el labio inferior y puso más distancia entre sus cuerpos al tiempo que suspiraba.

Aprovecharon el pequeño descanso que tenían para sentarse. Llevaban demasiadas horas en pie. Y, mientras Anghara tomaba agua, Ainhoa, situada tras ella, empezó a masajearle los hombros.

— Ummm... No sabía que necesitaba eso —murmuró Anghara dejando la botella a un lado y relajándose.

— Oye, cuando hablamos de la posibilidad de rupturas de «Belana», no imaginé que te irías a besar con tantas mujeres —se burló.

— Y no está bien pagado, ¿eh?

— No te quejes, que estarás disfrutando de lo lindo, siéndome infiel en la cara.

Anghara se giró hacia ella y la regañó con la mirada.

— Sé que estás de coña, pero que te quede claro que no es tan agradable. Que algunas intentan meterme la lengua —confesó bajando la voz.

Ainhoa tuvo que reírse ante aquella expresión de rechazo.

— Anda que no, tienen la oportunidad de besarse con la mejor actriz del universo, la mujer más guapa sobre la faz de la Tierra, y van a desaprovecharla...

PAPEL O BESO

Sin estar los ánimos para fiestas, Anghara y Ainhoa asistieron a aquella que habían organizado algunos del elenco con la excusa de celebrar los buenos números que continuaban teniendo en audiencias.

Cuando ya llevaban un rato allí, a alguien se le ocurrió hacer un juego. Los hizo colocarse a todos en pie para formar un círculo y alzó un pequeño papel en su mano. La idea era ir pasándolo de boca en boca, sin dejarlo caer, y la mayoría aceptó jugar. Algunos habían bebido tanto que habrían aceptado casi cualquier idea con la que pudieran seguir riendo y pasándolo bien.

Ainhoa estaba situada entre Anghara y Fanny, por lo que también optó por quedarse en el juego. No podía sentirse incómoda con ninguna de aquellas dos compañeras, o eso pensó. Lo que no esperaba era que Fanny, algo a gusto con las copas que había tomado, dejase caer el papel a propósito para besarla. Y no quedó duda de que lo había hecho a propósito, porque agarró a Ainhoa por la nuca al instante, impidiéndole romper el beso.

Las risas de los demás se hicieron escuchar enseguida. Al haber bebido tanto, la situación les hizo más gracia que otra cosa y casi nadie se percató de las caras de Anghara y de la misma Ainhoa, cuando logró soltarse de su compañera.

Viendo las intenciones de Fanny, que se mostraba orgullosa tras el beso y que pretendía retomar el juego, Raquel se metió por medio, arrastrando a Anghara y a Ainhoa hasta sacarlas del círculo. Consideraba que era mejor librarlas de aquel juego en el que, sin duda, se sentían incómodas ahora.

Así, las tres se alejaron un poco. Ainhoa iba tras su novia disculpándose por no haber podido reaccionar con más rapidez.

— Pero si no es culpa tuya, Ainhoa —le dijo Anghara con pesadez—. Me ha molestado, sí, pero no soy tan burra como para no ver que no has sido tú.

— Que es que me ha agarrado y no he podido alejarme más rápido —siguió defendiéndose, temerosa de un enfado entre ellas.

— Ya, si la he visto. Menudo colocón ha de llevar, por cierto.

— Sí, creo que ha bebido de más. Pero no pensé que fuera a hacer tal tontería en el juego. Lo siento.

— Ainhoa —pronunció con severidad, mirándola a los ojos para dar más fuerza a sus palabras—, que no tienes que disculparte.

— Si esto me lo cuentan, no me lo creo —intervino Raquel con cierto asombro—, que es que sois monísimas hasta para discutir.

— No estamos discutiendo —aclaró Anghara, dejando escapar una sonrisa. Volvió a mirar a su novia y la tomó de la mano—. Mi amor, que no pasa nada, que no has hecho nada por lo que me vaya a enojar, de verdad.

— ¿De verdad?

— De verdad.

Le hacía caricias en la mano sin dejar de mirarla y, finalmente, Ainhoa suspiró con alivio y le regaló un rápido beso en los labios.

— Aunque... —pronunció Anghara entonces. Ainhoa volvió a tensarse— paso de volver a jugar a eso, lo siento.

— Y eso que el papel ni llegó a ti —apuntó Raquel—. Que ya os digo una cosa, ahora

pensándolo al verlo así, desde fuera, también agradezco que no llegase a mí, porque mira que comparten saliva con el papelito ese.

Las tres se quedaron observando a sus compañeros, que, entre risas y abucheos, seguían pasándose aquel mismo papel de una boca a otra. A algunos se les caía casi antes de sostenerlo, pues les resultaba difícil aspirar con la boca cuando los demás les hacían reír.

— Casi mejor el beso de Fanny —pensó Ainhoa en voz alta, abriendo más los ojos al darse cuenta de que no lo había dejado en su pensamiento.

Enseguida se giró de nuevo hacia su novia, encontrándose con una incrédula mirada que, ahora sí, parecía querer regañarla.

— Perdón —dijo, juntando sus manos como para rezar—. Que no iba en serio.

A Anghara le hizo gracia el gesto de culpabilidad.

— Se ve que no lo pasas tan mal en las secuencias que compartes con ella —le reprochó, aunque más divertida que molesta.

— No seas tonta, no se trata de eso. Pero Raquel tiene razón, míralos —Señaló a los que seguían jugando—. Ambos lados del papelito van pasando de boca en boca. Si Fanny no lo hubiera soltado y yo lo hubiese cogido, te lo habría pasado a ti y lo habrías atrapado justo por el mismo lado que ella.

— Ah, que ahora tampoco quieres compartir su saliva —se burló Anghara con una fingida molestia que hizo reír a Raquel.

— Sabes que no es eso lo que quiero decir —la regañó su novia, con la mirada seria.

Anghara ya no pudo contener más su sonrisa y asintió para darle la razón.

— Sigue sin gustarme lo que ha hecho —prosiguió Ainhoa—, lo de besarme, pero al menos ha impedido que entremos en ese intercambio de saliva.

— Cuando una es joven, esos detalles ni los piensa —volvió a intervenir Raquel—, pero ahora me está dando un qué sé yo que yo qué sé... Que no, que el jueguito lo dejo *pa'* los que lo disfruten sin finuras.

Las otras dos rieron ante su expresión ligeramente asqueada.

— Creo que lo que nos pasa es que nos falta alcohol en la sangre —apuntó entonces Anghara, y se alejó para ir en busca de unas cervezas.

Quizá acertó, quizá les hacía falta tomar algunas copas y dejarse llevar por el buen rato, por las risas y la compañía, por los juegos y por los bailes. Necesitaban aquellas horas de desconexión, estaba claro. Así que, incluso si prefirieron no tomar más de la cuenta, el alcohol acabó por hacer su función en ellas.

Ainhoa y Anghara se llevaban bien con todos sus compañeros, por lo que pasaron la noche charlando con unos y otros, bailando y disfrutando sin acapararse la una a la otra, como tantas veces antes. Y les gustaba estar de acuerdo en que, aun siendo pareja, no tenían que sentirse obligadas a estar cerca cada segundo de la fiesta. No obstante, volvieron a verse bailando juntas ya de madrugada, cuando alguien hizo señas a Ainhoa para que se uniera a una foto grupal y, tras ella, tomó a su novia por la espalda, bailando muy pegadita a su cuerpo. Anghara se dejó llevar en el instante, poniendo su mano libre sobre la que Ainhoa apoyaba en su vientre para mantenerla cerca.

— Me estás poniendo muchísimo —le dijo Ainhoa al oído, sin saber si la música permitiría que la escuchase.

Y sí que la escuchó. Por ello, Anghara sonrió y se giró hacia ella, abrazándola ahora por encima de los hombros. La besó en los labios, aunque de manera más breve de lo que le habría gustado, y se abrazó más a ella para hablarle también al oído.

— ¿No tienes ganas de ir al baño?

La entonación y la mirada que le dedicó un instante después hicieron que Ainhoa recordase algunas otras fiestas, o partes de ellas. Rememoró acalorados besos e intensas caricias, escondidas en algún cubículo de los lavabos, y, con ello, sintió de repente una enorme necesidad de acompañar a su novia al baño.

No tuvieron que esperar mucho para ocupar uno de los compartimentos que separaban los váteres, así que, en cuestión de escasos minutos, se encontraban allí escondidas, besándose con toda la intensidad y las ansias que podían.

— Tenemos que dejar de liarnos en baños públicos —susurró Anghara en algún momento, mientras disfrutaba de los besos que su novia iba dejando por su cuello—, no sé por qué nos pone tanto.

— A mí lo que me pone eres tú, que vienes así, tan sexy, y... —siguió besándola, esta vez en los labios.

DRAMAS Y TRAMAS

Pasados unos días, el elenco de *Nouvelle cuisine* volvía a estar inmerso en las grabaciones y las actrices más jóvenes pasaron toda una mañana haciendo un repaso a las diferentes historias contadas en la serie hasta el momento. Tenían que admitir, aunque solo entre ellas, que algunas tramas no les traían buenos recuerdos y otras, simplemente, les sobraban.

— No te ofendas —le pidió Merche a Ainhoa—, digo, por eso de que también eres guionista. Pero es que hay cositas que, cuando son muy repetitivas, llegan a aburrirme como espectadora.

— No me ofendo, tranquila —le aseguró la otra chica—. Yo también creo que, a veces, sobran cosas.

— Sin ir más lejos —intervino Mara—, las tropecientas rupturas de «Belana» me sobraban.

— Ay, a mí también —confesó Anghara enseguida—. Como actriz y como espectadora.

— Ya, muchos fans han mostrado el descontento con todo eso —comentó Ainhoa resignada—. Vale que empezaran con ese tira y afloja, con las dudas, las confusiones por terceras personas... Sobre todo, teniendo en cuenta que era la primera vez que se sentían atraídas por otra mujer. Pero, una vez se estabilizaron... Ahm, vale, hubo una ruptura que fue culpa mía —Miró cómplice a su novia, recordando que ella le había pedido escribir aquella parte de la trama antes de ser pareja en la vida real—, pero la hice con todo el sentido y la lógica que podía, tratando el tema del ex y tal...

— Pero es que luego ha habido otras rupturas que no venían a cuento —protestó Mara—. Yo entiendo esa decepción y el enfado de las fans, y, a veces, hasta el odio que sacan por cada personaje que interviene entre Ana y Belén.

— Mientras no pasen ese odio a los actores y actrices, todo bien —puntualizó Merche—. Que mucha gente mezcla nuestro trabajo con nuestra vida personal.

— Eso es lo malo —aceptó Mara—. Nosotras no tenemos culpa de lo que hacen nuestros personajes... Vosotras —se dirigió ahora a Ainhoa y a Anghara— estáis cargando con odios que no os pertenecen, que son para vuestros personajes.

— Yo entiendo que, siendo ficción, se necesita drama para mantener a los espectadores ahí interesados —comentó Ainhoa—, pero reconozco que siento un tanto estropeada la historia de «Belana», que podríamos haber presentado otro tipo de dramas, y de ahí que haya esos odios, no solo por las terceras personas, sino por las decisiones que los guionistas hacen tomar a Bel y a Ana. A veces, tras grabar ciertas secuencias, he llegado a casa muy agobiada, casi sintiéndome culpable por las acciones de mi personaje. Y ya sé que tengo que separar mejor el trabajo y mi vida personal, pero... Pues eso, que al final siento que la relación entre ellas está muy quebrada, no solo por las rupturas, sino por lo que ocurre mientras están separadas.

— A mí me pasa igual —apoyó Anghara—. Hay situaciones de la vida real que se reflejan muy bien en la ficción y es necesario que sea así, pero hay otras que no, que las reflejamos como si normalizáramos que la gente actúe así, que perdone cosas imperdonables, que se dañen y machaquen la propia autoestima... Está bien que eso se muestre, pero no como algo positivo, sino como algo que hay que solucionar. No sé si me explico...

— Que sí, que hay que huir del lugar donde te dañan y donde te hacen sentir menos —añadió Mara—. En eso estoy totalmente de acuerdo. Perdonar está muy bien, pero hasta cierto punto. Yo, si viviese en la vida real lo que ha vivido Ana, ya no estaría con esa persona. Que lo

siento, porque vosotras juntas... Es un lujo veros en escena. Pero vuestros personajes ya se han hecho mucho daño entre ellas y a sí mismas en los últimos meses. Que sí, que luego se miran y la magia se ve en el aire, quizá más porque estáis enamoradas en la vida real que por el amor de los personajes, no sé, pero es que luego los actos de Bel manchan esas miradas y, a fin de cuentas, sus palabras bonitas llegan vacías. La historia antes era bonita, tierna... Hasta había cierta inocencia entre ellas. Entiendo que han evolucionado y madurado, pero también han perdido ese toque de ternura necesario para que la historia siga siendo bonita. Romantizan algo que, en la realidad, muchos considerarían como tóxico.

— Y luego lo de meter a un hombre entre dos mujeres que se supone que se quieren tanto —añadió Merche.

— Ay, ni me hables de eso. Qué asco, por favor —repuso Mara interrumpiéndola, adoptando una expresión de rechazo total. A las demás les hizo gracia—. O sea, no por el actor, pobre, sino porque ya estaban Bel y Ana estables y seguras de lo que sentían entre ellas. La ruptura fue absurda y que metiesen a un tipo en medio fue sin coherencia maldita en tan poco tiempo, es que sobraba hacer escenas íntimas entre una de vosotras con un tío.

— A ver, que sí, que son bisexuales. Perfecto —prosiguió la que había sido interrumpida—. Pero se ha visto esa idea en no sé cuántas series y siempre sale mal, siempre hace perder audiencia, siempre enfada a los espectadores, especialmente a los del colectivo a los que se supone que se intenta representar, dar visibilidad... ¿Por qué los guionistas y los productores no tratan de ser un poco más originales?

Conversaciones como aquella se repitieron en distintos momentos durante días y semanas. Sobre todo cuando, en las redes sociales, los fans hacían mucho ruido. La mayoría de comentarios en internet manifestaba una gran decepción, hablaban de asco y de rabia, mencionaban el odio hacia ciertas actitudes de los personajes y, en definitiva, rechazaban una parte de la historia que Anghara y Ainhoa contaban a través de sus personajes. Algunos, incluso, iban más allá, insultando a los guionistas y criticando de muy malas maneras el trabajo de los actores y las actrices. Esto último no se limitaba a comentarios públicos en la red, sino que llegaba en forma de mensajes privados a actores y actrices cuyos personajes hubiesen interferido de manera negativa en la relación de «Belana».

Para Anghara y para Ainhoa, tales reacciones estaban siendo motivo de muchas reflexiones y de una mezcla de emociones. Por una parte, veían que conseguían que los espectadores sintiesen la historia, así que tan mal no lo podían estar haciendo; por otra, mucha gente estaba dejando de ver la serie a causa de la decepción y ellas pensaban que quizá eso no hablaba bien de su trabajo.

— ¿No te da como pena? —le preguntó Ainhoa a su novia con cierto reparo, en una de las tantas ocasiones en que hablaban de ello.

— Pues claro que me da pena, *collons*, pero es una serie, es ficción. Si no les gusta, pues que no la vean.

Su respuesta iba con cansancio, porque, aunque ya sabía cómo funcionaba el tema de las críticas, consideraba que algunas personas pasaban demasiado tiempo dando vueltas a cada escena de la serie.

— Jara, pero se supone que la idea es que guste para que atrape más a los espectadores.

— Sí, mi amor, pero atraparé a quienes tengan un gusto que incluya lo que mostramos, a quienes disfruten de la serie por lo que es: ficción.

— Es que la ficción sirve para entretener, pero, en nuestro caso, también para visibilizar y representar a quienes son LGBT+, y muchas personas del colectivo se están sintiendo ofendidas

más que representadas.

— Eso lo entiendo, pero a ver, que la serie no es solo «Belana», hay más personajes. No es culpa nuestra si ganamos o perdemos audiencia, o no solo nuestra. Cada quien decide qué ver en televisión y, si esto no les convence, están en todo su derecho de cambiar el canal para buscar algo que les atrape tanto como conseguimos hacer nosotras en un principio.

— A mí no me atrapa tampoco —confesó Ainhoa con cierta culpabilidad—. O sea, la serie sí, pero nuestra trama, no tanto. Me encanta verte actuar y todo, pero... *pff*, es que, de verdad, es una decepción enorme que alguien que quiere tanto a otra persona le haga tal daño. Luego los guiones justificarán la actitud de las chicas, pero, aun así, el daño ya está hecho. Bel ha herido mucho a Ana y, en la mayoría de ocasiones, era evitable. Entiendo que ha de haber drama para que haya trama, pero, en este caso, creo que se han pasado. Comprendo, incluso, lo que dicen algunas personas sobre que ya una reconciliación no es buena idea, porque es como decías el otro día, que normalizamos el hacernos daño y perdonarnos como si en la vida real estuviese bien algo así.

— Ya, mi amor, pero insisto: es ficción. No podemos ponernos mal por estas cosas, solo hacemos nuestro trabajo —Hizo una pausa y la tomó de la mano para acercarla más hacia sí misma—. En la vida real, las cosas van muy bien entre nosotras, quédate con eso, ¿sí? —añadió con un tono más cariñoso, antes de regalarle una caricia en la mejilla.

— ¿Estamos bien nosotras? —pronunció aniñada, como si de verdad necesitase una respuesta.

— Estamos muy bien —confirmó Anghara, y la besó en los labios con suavidad—. Intenta no prestar tanta atención a las redes, ¿sí? —concluyó sin perder la dulzura en su voz.

Ainhoa asintió antes de iniciar un nuevo beso, esta vez más prolongado.

Pese a todo, aquella conversación no fue la última sobre el tema. Días después, tras nuevas oleadas de comentarios enfurecidos en internet, volverían a hablar de ello.

Fue así que Anghara tomó una decisión y, tras debatirla con su representante, puso al tanto a su novia.

— Quiero contarte algo, pero no quiero que lo tomes a mal —empezó dubitativa.

Ainhoa puso sus ojos y toda su atención en ella, en espera de que prosiguiera, y así escuchó unas palabras que no le sorprendieron tanto como su novia hubiese esperado. Anghara estaba dispuesta a dejar *Nouvelle cuisine*, por lo que se negaría a renovar el contrato.

— Y creo que tú también deberías —añadió luego—, pero, obviamente, no voy a decirte lo que tienes que hacer. Es solo una sugerencia porque creo que te está afectando tanto como a mí, o incluso más, todo lo que ha causado la trama de «Belana».

Los labios de Ainhoa hicieron amago de sonreír. Ella cogió aire y lo soltó en un suspiro, casi con alivio.

— Ya estaba considerando esa idea —confesó—, aunque me da miedo qué final puedan darle a Bel, y a «Belana», si finalmente decido irme.

— Al estar de acuerdo en irnos, quizá nos permitirían hacerlo de una forma bonita para los personajes. Ya están haciendo las paces en lo que hemos grabado. Que se vayan del pueblo juntas, felices, para empezar de cero.

— Eso estaría bien. Quedaría la posibilidad de volver en un futuro, para algún episodio especial o... —Se encogió de hombros sin intención de añadir nada más.

— Me gusta, sí —Le sonrió y la besó antes de continuar—. Tenías razón —dijo en voz más baja—, da mucha pena que «Belana» no tuviese otra historia más bonita, porque al principio

era precioso lo que tenían.

— Es que «Belana» debería ser como «Nhoara» —opinó Ainhoa risueña—: dos chicas que se quieren, que se adoran, que se apoyan mutuamente, que se enfrentan juntas a los dramas...

— Sobre todo eso último. Deberían habernos dado dramas para afrontar juntas y no para distanciarlas. Pero, una vez más, hay que recordar que es ficción —Ainhoa asintió resignada y Anghara retomó la palabra tras unos segundos—. Pero, como dicen por ahí, «Nhoara *is real*» —concluyó con cierto tono de triunfo cómico que hizo sonreír a su novia.

Volvieron a besarse. Luego, Ainhoa suspiró y, con los ojos cerrados, apoyó su frente en la de su chica.

— También tú tenías razón —admitió con suavidad, sin abrir los ojos ni cambiar de postura—. No debemos dejar que nos afecte tanto lo malo de nuestros personajes.

De todos modos, Anghara no abandonaba solo por cómo les afectaba todo aquello, sino también por los otros proyectos. Mientras lo decía, tomó las manos de su novia entre las suyas propias, regalándole algunas caricias. Ainhoa abrió ahora los ojos, observando el movimiento de los dedos de su chica.

— Quiero centrarme en lo nuevo. Creo que ya di todo lo que podía dar de mí para Ana y que es momento de acoger otras historias.

— Sí, claro, yo también quiero poner mis mejores energías en lo nuevo. Aunque eso suponga no trabajar a tu lado... —Dejó salir otro suspiro—. Siento que han destrozado tanto la relación de «Belana» que no estoy cómoda con ello. Con la excusa de que en ficción se necesita drama, han hundido a Bel y yo siento que he fallado a mis propios principios. No es que fuera mala desde el inicio o que le haya pasado algo por lo que cambiar radicalmente, como ha hecho; es que sus actitudes son incomprensibles y totalmente egoístas. Podríamos haber contado otro tipo de dramas. Y no me digas que solo hacemos nuestro trabajo, porque, con la misma excusa, los periodistas se meten en vidas ajenas, en las de los famosos, sin aceptar que no tienen derecho a cruzar los límites de nuestra libertad y nuestra privacidad, como si no fuéramos personas antes que famosas. Y la excusa no les hace estar en lo correcto. Como actrices, también tenemos cierta responsabilidad.

Anghara sonreía enternecida, observándola en silencio hasta que consiguió cohibirla levemente con aquella mirada.

— Me encanta cuando te pones así de seria para defender tu punto de vista —le dijo entonces, causándole una pequeña sonrisa, y la besó una vez más—. ¿También abandonas como guionista? Esto que ha ocurrido creo que te sirve de aprendizaje para cuando te toque a ti hacer los guiones.

— Sí, no pienso hacer *fan service*, pero tampoco quiero quebrar así algo que no pueda arreglarse más que con una solución incoherente o injusta. Y lo de seguir de guionista... Pues no lo sé, la verdad. La serie en general me sigue gustando y el equipo es una maravilla, ¿no? Los vamos a echar de menos.

— Sin duda, sí. Aunque bueno, yo tengo la suerte de trabajar con Tere otra vez, en la obra que me han propuesto. Y con Mara y con Merche seguiremos quedando cada vez que podamos.

Ainhoa se mostró de acuerdo, aunque al instante se quedó algo perdida en sus pensamientos. Anghara permaneció observándola, dándole algo de tiempo para que pusiera en orden sus ideas sin interferir en su decisión final. Luego, quebró el silencio para recordarle que también podía optar por seguir en la serie sin ella.

— No, no. Si Ana se va, Bel no pinta nada ahí. Y con eso no quiero decir que debas sentirte responsable de mi marcha, porque ya te he dicho que es algo que también yo pensaba.

De verdad me siento un poco decepcionada con el camino que le han dado a Bel y, aunque yo la sigo adorando y siempre será uno de mis mejores personajes, no me siento con ganas de darle más. Sobre todo porque pienso que seguirían escogiendo un camino que ya para los fans está lejos de lo que les conquistó. Y ahora las aguas están un poco calmadas, no quiero más remolinos.

EL PAQUETE

Varios días después, las chicas empezaban a sentirse más relajadas. Su marcha de la serie ya estaba en conocimiento de quienes correspondía y, aunque habían intentado convencerlas para que renovasen el contrato, nadie se opuso a darles un final digno, uno que dejase buen recuerdo a los espectadores, al resto del elenco y a ellas mismas.

Ainhoa seguiría como guionista, al menos un tiempo más, y aún les quedaban varias semanas de grabaciones, pero sentían como si se hubiesen quitado un peso de encima e intuían que no podrían arrepentirse por despedirse de aquellos personajes que tantos momentos bonitos les habían dado.

Una tarde como cualquier otra, Ainhoa estaba en la cama, acostada boca arriba, con una rodilla doblada y levantada, y la otra pierna estirada. Había acomodado la almohada para mantener su cabeza algo alzada, pues estaba revisando en el móvil las fotos de la última gala a la que había asistido un par de noches antes. Cuando Anghara llegó a la entrada de la habitación, se quedó inmóvil, apoyada en el marco de la puerta sin dejar de observar a su chica. Era tan bonita, tan dulce y, al mismo tiempo, tan sexy... Suspiró sin darse cuenta, lo que atrajo la atención de Ainhoa, que sonrió al verla allí.

— ¿Me estás espiando?

— Solo un poco —aceptó Anghara risueña, antes de retomar sus pasos y llegar a la cama.

Se sentó en la parte inferior, volviendo a poner su mirada en la otra actriz, en sus piernas, en su piel, que quedaba al descubierto con aquel pijama tan corto. Con las yemas de los dedos, comenzó a acariciarle la pierna que mantenía estirada, empezando por el pie y, muy lentamente, ascendiendo hasta la rodilla.

Ainhoa seguía sosteniendo el móvil con ambas manos, pero lo había movido a un lado para poder observar a su novia y lo que hacía, disfrutando de aquellas caricias y de la calma que Anghara le transmitía con la concentración en su rostro y la ternura de sus gestos.

Tras dibujar unos círculos con sus dedos en la rodilla de su chica, Anghara continuó recorriendo su piel, creando un sendero serpenteante en sus muslos. Notó cómo se agitaba la respiración de Ainhoa, que había movido su cuerpo, de manera inconsciente, en busca de algo más que aquellos roces. Así que levantó la mirada para encontrarse con sus ojos antes de continuar las caricias, pero cambió sus dedos por sus labios. Ainhoa cogió aire con una necesidad repentina, sabiendo lo que sentiría si su novia seguía por donde parecía querer ir. Y Anghara sonrió en la piel de su muslo, antes de dedicarle una nueva mirada con la que confirmaba sus intenciones.

Algo torpe, Ainhoa soltó el móvil a un lado mientras su chica la desnudaba de cintura para abajo y retomaba los besos en sus muslos, cada vez más arriba. Al sentir la lengua de Anghara en su entrepierna, le agarró la cabeza con una mano, debatiéndose entre pedirle más intensidad o que sus besos fueran a su boca. Se quedó en la primera opción, incapaz de detener aquello que tanto estaba disfrutando. Y, aunque quiso reprimir sus gemidos, le fue imposible, lo cual animaba a su novia a seguir.

Mientras mantenía una mano en la cabeza de Anghara, enredada en su pelo, la otra buscaba dónde agarrarse. Arañó la cama con cierta desesperación y, luego, Anghara, que conocía su necesidad en el momento, le ofreció su mano, entrelazando los dedos de una con los de la otra en un gesto intenso. Su cuerpo se relajó en cuanto sintió el placer máximo que su chica le había

querido regalar.

Satisfecha, Anghara se recostó a su lado y la besó en el cuello. Ainhoa tiró de ella hasta tenerla encima para abrazarla y besarla en los labios. Necesitaron unos instantes para recuperar la normalidad en su respiración, sobre todo Ainhoa.

— No sabía que necesitaba esto hasta que has tocado mi piel —murmuró Ainhoa luego—, pero ahora...

— Pero nada —la interrumpió su novia con suavidad, intuyendo su preocupación—, no tienes que hacer nada. Ya hemos hablado de esto.

— ¿Y si quiero hacerlo?

Anghara alzó la cabeza para mirarla a los ojos y empezó a hacerle caricias peinando su pelo.

— Yo no entré a la habitación con estas intenciones, ¿eh? —le dijo sincera—. Iba a darte las gracias por comprarme zanahorias y dejarme una pelada. Pero te vi así, tan calmada, tan sexy... —Se encogió de hombros—. Es increíble lo que consigues despertar en mí solo con existir.

Ainhoa la besó de nuevo.

Cuando sus labios y sus lenguas empezaban a tomar cierta intensidad, el sonido del timbre las hizo detenerse.

— ¿Esperas a alguien?

Anghara negó con la cabeza, pero se dispuso a levantarse. Su chica lo permitió en un primer momento, pero se lo pensó mejor y se apresuró a levantarse y agarrarla antes de que saliera del dormitorio. La sostuvo abrazándola por la espalda.

— Ainhoa... —protestó sin hacer el más mínimo esfuerzo por soltarse de su agarre, disfrutando los besos en su cuello.

— Si fuera algo urgente, nos llamarían por teléfono —sugirió en un susurro.

Volvió a rozarle el cuello con sus labios y, seguidamente, con su lengua.

Anghara apretó los labios para reprimir un gemido. Le encantaba sentir así a su novia y no pudo más que dejarse hacer cuando Ainhoa, aún abrazándola por la espalda, llevó una mano desde su vientre hacia el interior de su pantalón. Quiso darse la vuelta, pero su chica no se lo permitió aún.

— Mi amor... —volvió a protestar, llevando su mano hacia atrás, hasta acariciar la cabeza de Ainhoa, que continuaba entretenida en su cuello.

El timbre volvió a sonar, pero ninguna de las dos mostró señal de haberlo escuchado.

Ainhoa guió a su novia hasta la pared y, ahora sí, le permitió girarse, lanzándose a morderle el labio en el instante, besándola con unas ansias descomunales y atrapando sus manos contra la pared para evitar que las moviese. El no poder tocar el cuerpo de su chica hizo que Anghara sintiera una mezcla entre la desesperación y la excitación, pero no era la primera vez. Hacía tiempo que su novia había descubierto que aquello avivaba su fuego. Intentó soltarse, sí, siempre lo intentaba, pero Ainhoa se mantuvo firme. Cuando dejó de intentarlo, la otra chica suavizó el agarre, pero solo porque necesitaba su propia mano para otra zona del cuerpo de Anghara.

— No te contengas —le ordenó Ainhoa en un susurro, al ver que apretaba sus labios para reprimir los sonidos que escapaban de su boca; lo hacía a menudo.

Al mismo tiempo, ralentizó los movimientos de sus dedos, lo que hizo que Anghara clavara la mirada en sus ojos, queriendo reclamarle. Ainhoa sonrió satisfecha con aquel incendio en los ojos de su chica y retomó la intensidad en lo que hacía, sabiendo que Anghara disfrutaría

más desde ese instante, sin inhibirse. Y así fue.

Cuando le escuchó el último gemido con el que se abrazó más fuerte a ella, la dejó recomponerse un instante, mientras ella misma recuperaba algo de aire. Luego, la tomó de la mano, la guió hasta la cama y la hizo acostarse junto a ella, abrazándola y regalándole tiernas caricias en la espalda.

— Me encanta y al mismo tiempo odio que me sepas controlar tan bien en esos momentos —confesó Anghara con los ojos cerrados y la cabeza apoyada aún en el pecho de Ainhoa.

— Lo sé —admitió su chica traviesa.

— No te burles —le pidió con una sonrisa avergonzada, aunque su novia no la veía.

— Mi amor... —La abrazó más fuerte antes de separarla de sí misma para que la mirase a los ojos—, sabes que nunca te obligaría a nada que no quisieras hacer...

— Claro que lo sé —La besó en los labios—. Y lo siento. No entiendo por qué aún me cohíbo a veces.

— A mí no me importa, quiero decir... Haré lo que necesites que haga para que disfrutes y, si eso incluye ponerme en plan sargento, pues...

Anghara volvió a sentirse ligeramente avergonzada, lo que la hizo reírse.

— Es que me pone mucho que lo hagas —admitió.

Habían hablado de ello en otras ocasiones, así que no descubrían nada nuevo aquel día. Ambas conocían ya qué cosas encendían más a la otra y cómo reaccionar si se notaban cohibidas por lo que fuera. No les molestaba que aún, a veces, se colase algo de timidez en ellas; a Anghara le parecía tierno cuando le ocurría a Ainhoa, y viceversa.

Permanecieron acostadas un rato más, abrazadas, envueltas en una calma que apreciaban más de lo que admitían nunca. Con los ojos cerrados, se regalaban dulces caricias, disfrutando del momento.

— Ay, sonó el timbre un par de veces, ¿no? —cuestionó Anghara quebrando el silencio—. Mientras estábamos...

— Sí. Y hasta tocaron en la puerta. No sé si se piensan que vamos a escuchar eso más que el timbre.

— Quizá era importante.

— Bueno, pues ya volverán. O llamarán. No te preocupes —La besó en la cabeza y se levantó—. ¿Preparamos la cena o pedimos? Tengo hambre.

En la cocina, saboreando una zanahoria cruda, Anghara sonrió divertida. ¿Había algún momento del día en que alguna de ellas no tuviese ganas de comer?

Decidieron pedir unas pizzas y esperaron tomando una copa de vino mientras bailaban juntas en el salón, con la música a un volumen muy bajo. Esta vez, sí hicieron caso al escuchar el timbre.

— Eso ya estaba ahí —le dijo el repartidor al ver que Ainhoa lo cuestionaba con la mirada tras haber echado un vistazo a un paquete que reposaba junto a la puerta. Era algo más alto y cuadrado que una caja de zapatos.

El chico parecía enrojecido, probablemente porque la había reconocido como actriz, y su voz tembló hasta para decir cuánto costaba el pedido. Ella le sonrió con simpatía, le pagó y le dio las gracias antes de entrar con las pizzas en las manos mientras empujaba con el pie hacia el interior el paquete que seguía en el suelo.

— ¿Qué es eso? —se interesó Anghara acercándose y cogiendo las pizzas para liberarle las manos.

— Pues supongo que el motivo por el que tocaron el timbre antes —apuntó agachándose a

recoger aquella caja en la que leyó su propio nombre—. Ah, es para mí.

Le pudo más la curiosidad que el apetito, por lo que apoyó la caja en la mesa de la cocina y empezó a romper unos trozos de cinta adhesiva que la mantenían cerrada. Al momento, Anghara estaba a su lado, ya degustando un trozo de la pizza que había dejado en el salón.

— Mi amor, lo podrías abrir luego —le sugirió, acercándole el trozo de pizza a la boca.

— Es un momento nada más, ya voy —le aseguró antes de aceptar un bocado de su apetitosa cena.

En el interior de la caja, había una lata cuadrada que le hizo recordar a la de unas galletas que comía en su infancia o adolescencia. Observó los dibujos con una pequeña sonrisa, sin poder imaginar el contenido pero agradada con lo que veía.

— ¿Qué es? —repitió la otra chica, que seguía a su lado, ya terminando su porción de pizza.

Ainhoa tuvo que hacer un poco de esfuerzo para separar la tapa, que quedaba completamente encajada en la lata y, una vez abierta, ambas dieron un brinco hacia atrás. El recipiente causó un ruido desagradable al chocar con la mesa.

— ¡Hostias!—pronunció sacudiendo las manos.

— ¡Ciérrala de nuevo! —le urgió Anghara asqueada.

Pero su novia no quería acercarse de nuevo a aquella lata de la que salían varios bichos, siendo uno de ellos casi del tamaño de la palma de su mano.

— ¡Es una tarántula!

— ¡Cierra, cierra!

Entre las dos consiguieron devolver la tapa a su lugar y empezaron a aplastar a algunos de los bichos que habían escapado y que pretendían campar a sus anchas. Al instante siguiente, también estaban usando un insecticida, pero no se quedaron tranquilas.

Tras mucho dudar y considerar varias opciones, optaron por llamar al inspector que investigaba los últimos acontecimientos ocurridos en torno a ellas. No sabían si aquel paquete tendría algo que ver con el posible acosador, pero el hombre les recibió la llamada con amabilidad y cumplió su palabra cuando dijo que no tardaría en presentarse en la casa.

Así, las chicas pudieron explicarle mejor cómo había llegado el paquete a sus manos, respondieron a algunas preguntas y agradecieron que él y su compañero se llevasen la caja y la lata con los bichos.

Siempre se habían sentido seguras en casa, en el hogar que compartían desde no hacía mucho y que ya cobijaba numerosos recuerdos de su relación. Pero ahora, al haber recibido aquel paquete, ¿qué más podían esperar? Si alguien estaba tan mal de la cabeza como para perseguirlas como lo estaba haciendo y se atrevía a llevarles una caja llena de bichos a su propia casa, ¿qué no sería capaz de hacer? Cada vez estaban más convencidas de que, en efecto, todos los imprevistos extraños surgidos en las últimas semanas eran obra del acoso.

DEMASIADO LEJOS

Decidieron pasar la noche en otro lugar, algo que también les había sugerido el inspector, y, aunque dudaron entre un hotel y la casa de María Lucía, finalmente escogieron la segunda opción. Anghara sabía que su novia se sentiría más segura en casa de su madre y, a decir verdad, ella misma prefería estar acompañada de familia en lugar de la soledad del hotel.

— Perdona, mamá, igual tenías planes —se disculpó Ainhoa una vez llegaron.

La habían avisado por teléfono, contándole un resumen escueto de la situación, aunque haciéndole saber que estaban nerviosas y que necesitaban pasar la noche fuera de casa. María Lucía las recibió con un abrazo.

— No hay mejor plan que estar con vosotras. ¿Ya habéis cenado?

— Ay, las pizzas —recordó su nuera de pronto, llevándose una mano a la cara.

— ¿Queréis pizza?

— ¡No! —se apresuraron a responder las recién llegadas al mismo tiempo.

— Es que pedimos pizzas —le explicó Anghara— y, cuando llegaron, fue cuando vimos el paquete ese. Acabo de recordar que las dejé en la mesa del salón, ahí, al alcance de los bichos que escaparon —concluyó sintiendo un escalofrío.

— No os preocupéis ahora por eso. Mañana llamo a un fumigador muy bueno que conozco y eso queda solucionado. Os quedáis unos días aquí y ya está.

Ainhoa suspiró resignada. Aquella casa siempre la reconfortaba, pero ahora le resultaba difícil aceptar que quizá no podría seguir viviendo en la casa que compartía con su chica. Si quien las estaba acosando había averiguado dónde vivían, no estarían tranquilas allí.

— Vamos a tomarnos un té, os vendrá bien —sugirió María Lucía, sacando a su hija de sus pensamientos.

— ¿Lo vas preparando en lo que llevamos las cosas a la habitación?

La anfitriona asintió y les dedicó una pequeña sonrisa.

En el dormitorio que tiempo atrás había sido de Ainhoa y que aún usaba en noches de fiestas familiares, Anghara dejó salir un suspiro.

— Mi amor... —pronunció Ainhoa, acercándose a ella una vez soltaron la mochila que llevaba cada una, y la abrazó sin decir nada más.

— Todo va a estar bien, ya verás —susurró en respuesta, correspondiendo al abrazo con intensidad.

— Es que esto... es ir demasiado lejos. Es ya... Es que... —Suspiró—. En nuestro restaurante preferido, en nuestro trabajo, en la calle y, ahora, en casa. ¿Qué va a ser lo siguiente?

Anghara rompió el abrazo para mirarla a los ojos, le tomó la cara entre sus manos con ternura y le regaló un pequeñísimo beso en los labios.

— Todo va a estar bien —le repitió—. La policía ya está al tanto y seguro que averiguan algo pronto. Ya has oído al inspector: van a buscar huellas en la caja y encontrarán a quien la haya dejado en casa.

Ainhoa no se sentía muy esperanzada con el trabajo policial, pero no quiso decirlo en voz alta. Le regaló una caricia a la otra chica en el rostro y un nuevo beso, algo más prolongado que el anterior. Luego, como tantas veces, apoyó su frente en la de ella, con los ojos cerrados, notando que algo de calma entraba en ella. Era la magia de estar con Anghara, pensó, tenían una conexión con la que podían transmitirse lo que necesitaban en cada situación.

De nuevo junto a María Lucía, que las hizo acomodarse en el rincón más reconfortante

para ella, situado en la terraza trasera, las chicas le contaron mejor lo ocurrido e incluyeron en la historia otros datos que antes habían preferido dejarse guardados para no preocuparla.

— No me puedo creer que llevéis un tiempo con una locura así y me lo hayáis ocultado — las regañó, dedicando una mirada más severa a Anghara, porque de su hija ya esperaba algo así.

— No la culpes a ella —le advirtió Ainhoa—, le pedí que no te contase nada. Y me debe más lealtad a mí que a ti, ¿eh? —concluyó queriendo sonar bromista, quizá por restar seriedad al momento.

Anghara la tomó de la mano con cariño.

En realidad, María Lucía estaba al tanto de algunos episodios del posible acosador, pero no todos. No sabía que la policía consideraba que podía haber relación entre unos y otros y que estuviese investigando la situación.

— De verdad, cielo, estoy aquí para vosotras siempre —le aseguró la mujer—, no hay necesidad de mantenerme al margen de cosas así para no preocuparme. ¿A tu padre se lo has contado? ¿Y a tu hermana? —La chica negó con la cabeza—. ¡Ainhoa, por favor!

— Ya, mamá, no te enfades... No quería...

— Preocuparnos —la interrumpió—. Ya lo sé. Pero no es excusa. La familia debería estar al tanto de estas cosas antes de que lleguen tan lejos. ¿Es que lo estáis guardando todo vosotras solas?

— Pues... casi —intervino Anghara—, pero no del todo, porque las *repres* sí lo saben.

— Ah, muy bien, que hasta mi amiga me lo oculta —protestó.

— Mamá, sabes que Silvia separa lo profesional de lo personal. En este caso, yo soy lo primero y tú lo segundo. No debe contarte mis cosas si yo, como clienta, le pido que no lo haga.

María Lucía soltó un resoplido.

— Es que eres tan terca como tu padre —le dijo entre molesta y resignada, con un gesto que causó una leve sonrisa a su nuera.

— Pero te agradecemos mucho que nos acojas aquí —le dijo Anghara con suavidad.

— Es vuestra casa, ya lo sabéis. Pero tenías que haberme contado algo tú, ya que mi hija va de independiente.

— Que sepas que ha sido Jara quien prefería contar contigo en lugar de ir a un hotel esta noche —se sinceró su hija—. Así que deja de regañarla.

— Bonito fuera que os hubieseis ido a un hotel, vamos, ya lo que faltaba. Menos mal que tu chica es lista y sabe que va a necesitar ayuda para darte tantos mimos —concluyó burlona, sacando otra sonrisa a su nuera, esta vez más amplia.

— ¡Ni que fuera yo una mimosa! —protestó Ainhoa fingiéndose ofendida, aunque entrando a la broma.

— No, cariño, pero sí que aprovechas cada situación para dar más abrazos y besos de los que ya das siempre.

— Pues ahora no os voy a abrazar en todos estos días, que os quede claro.

— Mi amor —intervino de nuevo Anghara, lanzándose sobre ella para abrazarla, de manera que la hizo quedar acostada—, no le hagas caso a tu madre, si sabes que me encantan tus abrazos.

— Y tú sabes que ni de coña aguanto un día sin tus besos y abrazos, ¿no? —repuso en voz más baja, como si le contase un secreto.

Tales palabras provocaron cierto regocijo en el rostro de su novia, que mantenía su boca muy cerca y de repente tenía muchas ganas de besarla.

María Lucía sonrió ante la escena.

— Sois tal para cual, qué asco dais —bromeó mientras volvía a entrar en la casa para dejarlas a solas con la excusa de preparar algo de cena.

Las más jóvenes rieron y la miraron hasta que desapareció de su vista. Luego, se dieron un intenso beso y, una vez más, unieron sus frentes con los ojos cerrados. Anghara se acomodó mejor sobre su chica y permanecieron allí un rato más, sintiéndose de verdad a gusto y con menos miedos atropellando sus pensamientos.

Dos días más tarde, las jóvenes actrices aún continuaban en casa de María Lucía. Si bien no habían regresado a casa, mantenían el resto de la rutina habitual: el trabajo, las salidas con sus amistades, algún que otro paseo por El Retiro... Aunque, si salían solas, se sentían todavía con ciertos temores en el cuerpo y observaban todo a su alrededor continuamente.

Aquella mañana se despertaron temprano para ir a grabar y decidieron preparar juntas el desayuno. Era su modo de hacer algo, aunque fuera mínimo, por María Lucía, como agradecimiento por haberlas recibido con los brazos abiertos y dedicarles todo el tiempo que podía.

En la cocina, en espera de que el café estuviera listo, Ainhoa abrió la nevera buscando algo que añadir al menú.

— Uy, mi amor, mira qué tiene mi madre...

Anghara se giró hacia ella y esperó a ver qué sacaba. Sonrió abiertamente al verla con una tarrina de fresas.

— Ummm, qué rico.

Ainhoa escogió la más apetitosa para ofrecérsela a su novia, que abrió la boca y mordió aquella fresa con un gesto sensual, sin romper el contacto visual entre ellas, lo cual alimentó las ganas de besarse al instante. Así que Ainhoa acorraló a su chica contra la encimera, dejó pasar unos segundos para que tragase la fruta y, enseguida, se dejaron llevar por un intenso beso.

Apenas habían sido capaces de disfrutar de besos así en los últimos días, donde la tensión continuaba imperando en sus cuerpos y en sus mentes, así que, ahora, no fueron capaces de pararse. Los labios de una en los de la otra parecían querer fundirse, así como sus cuerpos pedían sentirse más el uno al otro. De haber estado en otro lugar, no habrían dudado ni una décima de segundo en empezar a deshacerse de la ropa.

— Sois peor que los adolescentes —las interrumpió María Lucía al cabo de un rato, causando que se separasen tan rápido como pudieron—, estáis con las hormonas tan revolucionadas...

— Te estamos preparando el desayuno, mamá —la informó Ainhoa ignorando su burla, sintiéndose de verdad como una adolescente pillada en el momento menos oportuno.

— Si no fuera por lo evidente, diría que me estabais preparando nietos —repuso su madre.

Tal comentario causó la risa de Ainhoa. A Anghara también le hizo gracia, aunque se sentía algo cohibida.

— Perdona, María, intentaré controlar más a tu hija —bromeó.

— Ah, ¿que es culpa mía que tú estés tan buena? —le cuestionó Ainhoa fingiéndose ofendida, acercándose de nuevo a ella para tentarla a besarla.

El tono que usó y el intercambio de una nueva mirada entre ella y su novia hicieron sonreír a la anfitriona, que negó con la cabeza dándolas por perdidas. En realidad, adoraba verlas juntas, se sentía complacida por verlas tan felices, compenetradas y unidas. Retomó la palabra mientras sacaba el azúcar de un mueble.

— ¿Habéis dormido bien?

— A medias —se sinceró su hija—. Tuve pesadillas otra vez.

— Ay, yo también —confesó Anghara—. Puñetera tarántula...

Su novia la acarició en la espalda e hizo un gesto de resignación. Se sentía algo culpable por haber abierto aquel paquete sin pararse a pensar. Pero pronto hicieron lo posible por dejar de torturar sus pensamientos, terminaron de preparar el desayuno y se acomodaron las tres para disfrutarlo con una amena charla.

Aquel mismo día, la policía informó a las chicas de algunas novedades. En primer lugar, habían encontrado entre los bichos una nota medio roída que rezaba «Belana, ¡corten!» y, en segundo, el paquete había sido enviado desde la misma oficina de la representante de Ainhoa, mediante un mensajero de su confianza, sin conocer el contenido.

— Parece ser que una chica llegó poco antes del cierre y convenció a una de las ayudantes para que le hiciera llegar el paquete lo antes posible —le explicó el inspector a Ainhoa—. Dijo que era de un servicio de mensajería y que se había perdido para llegar allí, pero que era importante que el envío llegase a su destinatario lo antes posible. La ayudante creyó que, además de hacerle un favor a esa chica, también se lo hacía a usted y, como en ningún momento le pidió datos personales, no sospechó nada raro.

Los técnicos habían revisado las grabaciones de las cámaras y tenían una imagen de la desconocida, pero la policía aún estaba investigando su identidad. Por el momento, solo sabían que no pertenecía a la empresa de mensajería de la que había fingido ser empleada. Ahora, el inspector pretendía mostrar a las chicas una foto, por si pudieran identificarla.

— No sé, la verdad —comentó Ainhoa desilusionada—. No me recuerda a nadie.

— A mí sí... —apuntó Anghara—. O sea, no es que la conozca, pero creo... creo que la he visto más de una vez —Hizo una pausa, el inspector esperaba que prosiguiera y ella intentó hacer memoria, pero no fue capaz—. El problema es que con las obras de teatro y los eventos promocionales de la serie, he visto muchísimas caras.

Resopló con cierta decepción. Estaba claro que iba a ser muy complicado saber quién era aquella desconocida.

— De todos modos, puede que sea solo una intermediaria —aclaró el inspector—, pero sería conveniente que estuvieran atentas, por si volviesen a verla.

Y, aunque era como buscar una aguja en un pajar, el hombre decidió su siguiente vía de investigación basándose en las palabras de Anghara.

FANS

Frente al espejo, ya preparada para cumplir con su agenda, Anghara estaba sumida en sus pensamientos, en sus recuerdos. Tenía que admitir que le gustaba asistir a aquel tipo de actos que formaban parte de su vida desde que era actriz. Galas donde coincidía con otros actores y actrices, entregas de premios en las que muchos del mundillo reconocían el trabajo de compañeros, eventos promocionales...

Pensando en ello, recordó uno de los momentos profesionales más importantes que había compartido con su novia no hacía mucho. Una entrega de premios en la que habían sido ganadoras del premio a la mejor visibilidad LGBT+ de televisión. Para ellas y para el resto del elenco de *Nouvelle cuisine*, era un gran orgullo.

— *Trabajar contigo es todo un lujo* —pronunció Ainhoa en sus recuerdos—, *pero es que compartir premio es hasta excitante*.

>>Lo dijo de tal manera que su tono de voz y su gesto corroboraron sus palabras.

>>Anghara sonrió.

— *Tranquilízate, que van a escucharte* —le pidió en un susurro.

— *Pues que me escuche el mundo entero* —repuso desafiante, devolviéndole la sonrisa y acercándose más a ella para tentarla a besarla.

>> Mordiéndose el labio inferior, Anghara intentó regañarla con la mirada. Pero Ainhoa tenía tal fuego en los ojos que, de no haber sido por las representantes, que se aproximaron a ellas en aquel momento, la habría besado con toda la intensidad y con todas las ganas que acababa de despertarle.

— *No seas mala* —le rogó al percatarse de que su novia se mostraba divertida con lo que había causado en ella en apenas un instante.

Sonrió con aquellos recuerdos, con la mirada aún perdida en algún punto del espejo que tenía frente a ella. Se sentía afortunada en todos los aspectos de su vida: con su familia, aunque le habría gustado pasar más tiempo con ellos; con su profesión, incluso si necesitaba darse un respiro con la serie; y con su novia, que la hacía sentir siempre cuidada y amada. Soltó un suspiro sin darse cuenta.

— Mi amor, ¿estás bien? —se interesó Ainhoa, sacándola por fin de su pequeño viaje mental.

Anghara se giró hacia ella, todavía mostrando su regocijo.

— Estoy fenomenal, adorando estar contigo aquí —Su novia le devolvió la sonrisa y se acercó más a ella, abrazándola por encima de los hombros—. Voy a echar de menos trabajar contigo —añadió tomándola por la cintura—, pero no pienso perderme ninguno de tus eventos importantes.

— Ni yo los tuyos, que te quede claro —respondió convencida, rozándole la nariz con la suya en un gesto dulce.

Sin duda, se sentían con el máximo apoyo junto a ellas. Incluso estando nominadas al mismo premio, se habían mostrado orgullosas la una de la otra. De hecho, las dos habrían preferido que lo ganase la otra. Al final, habían compartido la alegría al ser nombrada como ganadora Mara Báez, compañera y amiga de ambas, a la cual admiraban y por la que se sentían enormemente orgullosas.

Tenían que admitir que, incluso si era una gran satisfacción recibir premios en

reconocimiento a sus trabajos, no podían evitar alegrarse cuando les ocurría a intérpretes con los que compartían escenas.

— *Para mí, también lo has ganado tú* —le había dicho Anghara a Ainhoa aquella noche, al regresar a casa.

— *A mejor actriz me ganas tú* —había sido la respuesta—, *lo dicen los premios que sí te han dado y, además, tengo a millones de fans dispuestos a darme la razón.*

— *Pero eso es solo porque yo llevo más tiempo que tú en la profesión y me conoce más gente.*

>>Ainhoa negó con la cabeza, sonriente, rechazando darle la razón. Y la besó para impedir que le rebatiese más.

El evento que tenían ahora era algo distinto, pues se trataba de un acto promocional de la serie, de cara a la siguiente temporada, en la que ellas no participarían. Si bien habían sido excluidas recientemente de la obligación de asistir a aquel acto, los últimos acontecimientos eran causantes de su asistencia. Y, por ello, estaban más nerviosas de lo habitual.

La policía había decidido montar un operativo, usando aquel encuentro entre el elenco de *Nouvelle cuisine* y sus fans, con la esperanza de localizar a aquella persona que perseguía a las dos jóvenes actrices. Si se trataba de alguien tan obsesionado con ambas como parecía, era muy probable que asistiera a aquel acto en que podría interactuar con ellas. Aún no habían anunciado oficialmente su marcha de la serie, por lo que nadie sospecharía nada raro con su presencia.

Tras unas charlas en las que el elenco respondía preguntas de una periodista y, luego, de algunos fans, pasaron a la siguiente fase del acto: interactuar con la gente a modo más informal, posando para alguna que otra foto. Las chicas evitaron separarse en un principio, con la excusa de atender a los fans como «Belana». Sin embargo, se vieron alejadas en cuestión de minutos, siendo reclamadas para distintas fotos.

Sin apenas perder la sonrisa y haciendo gala de sus dotes de actuación, se dejaron llevar por las conversaciones en que eran involucradas, pero se aseguraban de no perder de vista a la otra por mucho tiempo. Así que, por momentos, se buscaban con la mirada, quizá para darse ánimos o para comprobar que estaban bien.

El acto parecía estar llegando a su fin y las chicas sintieron una mezcla de decepción y alivio al no tener noticias de aquella persona capaz de causarles tantos dolores de cabeza. Lo hablaron en susurros con Raquel, una de las pocas actrices que estaban al tanto del operativo, pero no alargaron la conversación.

Pocos minutos después, Ainhoa posaba sonriente para otra foto con una fan, una niña que lloraba de emoción por el encuentro. La abrazó conmovida y le agradeció el apoyo a su personaje y a la serie. La niña se despidió sintiéndose feliz y Ainhoa se giró para saludar a otra fan.

— ¿Una foto? —pidió la desconocida.

Ainhoa asintió con simpatía y posó junto a ella mientras un chico capturaba el momento con su móvil. Luego, aquellos dos fans intercambiaron puestos, con lo que él se situó junto a la actriz.

— Decid «*bichooooo*» —pronunció la fotógrafa risueña.

Él dejó salir la risa, Ainhoa, por el contrario, se sintió incómoda.

— ¿Bichos? ¿En serio? —le cuestionó su amigo divertido, volviendo junto a ella para revisar la fotografía, aunque miró a la actriz enseguida—. ¡Gracias! De verdad que me encanta cómo actúas, eres una crack.

— Gracias —atinó a pronunciar Ainhoa justo antes de notar la presencia de Anghara a su lado.

— Es que, aunque tu personaje se haya vuelto un poco pesado, lo interpretas tan bien que logras convencernos —continuó él—. Soy fan total...

La recién llegada saludó a la pareja con toda la simpatía y se interesó en saber su opinión sobre la serie, con el único fin de entretenerles en una charla. Ainhoa captó la indirecta en su mirada y, sin más, se apartó de ellos silenciosamente.

Aunque no tenía ni idea de quién era aquel chico, Anghara había reconocido enseguida a su acompañante. No le cabía duda alguna de que se trataba de la misma captada en las cámaras de seguridad por las que el inspector había podido mostrarles una foto. Ainhoa, ya cansada de tantas caras, había prestado menos atención al tenerla a su lado, aunque la había reconocido tras la mención a los bichos.

En cuestión de escasos minutos, el inspector y otro policía llegaron hasta ellos, guiados por Ainhoa, y la desconocida quiso alejarse sin decir nada, pero le fue imposible eludir el interrogatorio.

— Uno me pagó cincuenta euros por dejar esa caja en la oficina —admitió la chica a solas con la policía, en una pequeña sala habilitada para ellos—. Solo tenía que convencer a la recepcionista para que la enviase a su destinatario.

— ¿Quién le pagó?

— Un chico, pero no lo conocía.

— ¿Y cómo contactó con usted?

— Yo... —Carraspeó— estaba dando un paseo por la zona y él se me acercó.

Al percibir cierta inseguridad en la respuesta, el policía le dedicó una mirada severa, como si le exigiera una declaración distinta. Ella comprendió el gesto e insistió en que no conocía al hombre que le había dado la caja. Entre otras preguntas, el inspector repetía algunas, consiguiendo que la chica empezara a perder los nervios.

— ¡Ya le he dicho que no conocía al tipo! —insistió alzando la voz—. ¡No tengo nada que ver con los bichos ni con nada!

El inspector sonrió abiertamente, con una expresión de satisfacción que causó cierto desconcierto a la chica.

— ¿De qué bichos habla? —le preguntó él con una inocencia notoriamente fingida.

Ella tragó saliva.

NHOARA

Aunque aquella desconocida interrogada por la policía había querido recular y negar haber tenido algo que ver con la caja de los bichos, había acabado por aceptar su responsabilidad.

Fue más difícil que admitiese haber causado el fuego en el restaurante, el apagón en el karaoke, el destrozo de las ruedas del coche y las pintadas en el edificio donde se grababa *Nouvelle cuisine*, pero, finalmente, fue delatando su culpabilidad para cada una de sus acciones, incluso su participación en el robo en casa del exnovio de Anghara.

Según uno de los agentes de policía, era una loca que no sabía separar ficción de realidad. Según otro, era una mujer con algún trauma que se le había revelado por ciertas tramas de la serie.

Tras recibir toda la información de mano de la policía y comentarla entre ellas, Ainhoa y Anghara estuvieron de acuerdo en contarle todo a la familia, para tranquilizarles porque, al menos por el momento, la situación estaba controlada.

— Es una loca, sin duda —defendió Daniela—. ¿Cómo va a odiaros por lo que vuestros personajes hacen o deshacen?

— Parece ser que, al principio, se sentía muy identificada con Bel —contó Anghara—. Y cuando Bel empezó a meter tanto la pata, resulta que esta chica también, aunque a su manera.

— Pero Bel conseguía que Ana la perdonase —intervino Ainhoa—, y ahí es donde empezó a sentirse estafada, porque su pareja no era como Ana.

— A eso súmale que los rumores sobre nosotras, en la vida real, no han dejado de dar vueltas por las redes —siguió Anghara—. «Nhoara» como secreto a voces, ya sabéis, y para su mente... No sé, es como que nuestros personajes y nosotras somos las mismas personas. De ahí que nos llamase «mentirosas» en las pintadas, porque a veces los personajes estaban distanciados y nos veía charlando como si nada por la calle o en videos de las salidas con el elenco.

— Lo dicho, una loca —insistió Daniela.

— Ha de tener algún tipo de problema mental —opinó María Lucía—, no es normal que mezcle de esa manera la realidad y la ficción.

— Tampoco es que sea la única que mezcla, recuerda la de mensajes que han recibido algunos compañeros porque sus personajes se metían entre «Belana» —le dijo su hija mayor.

— Es que así, normal que queráis dejar de actuar —retomó Daniela la palabra—, menos mal que decidí no meterme a ser actriz.

— Eh, pero nosotras no vamos a dejar de actuar —aclaró su hermana—. Solo nos vamos de la serie porque hace tiempo que nuestros personajes no están satisfaciendo al público y, en cierto modo, tampoco a nosotras.

— Claro —apoyó Anghara—. Si ya teníamos claro dejar la serie, ahora no tenemos ninguna duda. Pero eso no nos va a hacer abandonar la profesión, porque adoramos ser actrices y, además, volvemos a tener proyecto juntas.

— Me fascina que, habiendo pasado esto, aún estéis decididas a viajar a Gran Canaria para el evento ese de la otra fan, la del libro—apuntó Daniela cambiando un poco el tema sin pretenderlo—. ¿No os da mal rollo?

— Joder, ni son todas las fans iguales ni nosotras vamos a dejar de hacer cosas por la locura de unas cuantas —repuso Ainhoa—. Además, que en este caso podéis estar *tranquis*, que nuestras *repres* han contactado con el concejal de cultura del municipio, que forma parte del evento. Está todo organizado formalmente.

— Oye, y que yo conocí a la chica, que no es una loca —defendió Anghara.

— Un poco loca ha de estar si se ha inspirado en vuestros personajes y en vosotras para escribir dos libros, sin conocerlos realmente —argumentó Daniela.

Fuera como fuese, se acercaba el momento de aquel viaje que, tras lo sucedido en las últimas semanas, les serviría para desconectar y recuperar algo de calma. La presentación del libro era una simple excusa, incluso si ahora sentían una pizca de ilusión por haberse convertido en inspiración de alguien que admiraba su trabajo como actrices.

Llegaron a Gran Canaria a mediados de mes, pocos días antes del cumpleaños de Anghara. Aunque no hacía ni dos meses desde su último viaje a aquel mismo sitio, sintieron una enorme ilusión al verse de nuevo allí.

No tardaron demasiado en llegar al hotel, hicieron el check-in enseguida y subieron a la habitación. Como si se tratase de la primera vez que observaban aquellas vistas, se tomaron un instante para admirarlas desde el balcón.

Anghara estaba de espaldas a su novia, que la mantenía bien pegada a ella, envuelta en un abrazo, y sentía que jamás se cansaría de mirar aquel paisaje con el mar al fondo. Suspiró.

— Me encanta, porque estamos en pleno otoño y mira qué tiempazo, qué cielo más despejado...

— Es que esta isla es un lujo, ya te lo he dicho.

— Me quedaría aquí hasta que anochezca, pero tengo hambre —concluyó risueña.

Ainhoa la besó en la cabeza antes de romper el abrazo.

Tenían planeado almorzar cerca del hotel, luego descansarían y, por la tarde, asistirían a la presentación del libro, que tendría lugar en un pueblo del sureste.

La autora del libro había mandado a Camila toda la información sobre la presentación, lo que incluía la ubicación exacta de la misma, así que las chicas no tuvieron dificultades para llegar. Recordaban haber estado en aquel pueblo, no solo camino al restaurante que más les gustaba, sino también paseando por su casco antiguo, cuyo encanto las había conquistado. Ahora se vieron en un parque bien cuidado, lleno de parterres con arbustos y árboles de hoja perenne, y con algunos caminos serpenteantes en torno a una pequeña fuente. No era nada en comparación con la majestuosidad de El Retiro, pero les pareció acogedor.

— Por allí hay otra fuente —les informó una chica sacándolas de su ensimismamiento, señalando hacia detrás de ellas—, una con un gran lagarto de piedra y luces de colores que, de noche, se ve muy bonita.

— Ah, gracias —acertó a decir Ainhoa mirando en la dirección señalada, aunque la fuente no estaba a la vista.

— ¿Eres la autora de...?

La recién llegada asintió con la cabeza sin esperar a escuchar el final de la pregunta de Anghara. Suponía que las actrices no la reconocerían, pero se había equivocado.

— Carolina —se presentó, por si no recordasen su nombre—. Les agradezco muchísimo que hayan venido, de verdad, qué lujo —Lo dijo de carrerilla, ahora dejando entrever sus nervios sin pretenderlo.

— Gracias a ti por invitarnos —respondió Anghara—. Dos besos, ¿no?—le propuso con simpatía.

La escritora estuvo de acuerdo, dio dos besos a ambas actrices y, también, la bienvenida.

Estaba tan nerviosa que cada vez se le notaba más, porque titubeaba y parecía que olvidase las palabras.

— Dios mío, quién me manda aceptar hacer esto —dijo más para sí misma.

— Tranquila —intentó Anghara—, que te va a salir bien.

— No, es que no tienes ni idea... Soy nerviosa por naturaleza. Me da un pánico enorme hablar al público, por eso no he presentado todos mis libros, y encima las tengo a ustedes delante, o sea...

Se le escapó una pequeña risa nerviosa y a las otras chicas les hizo gracia.

— Si lo de ayudar a calmarte va a ser en vano, no pienso ni intentarlo —decidió Ainhoa burlona—, pero que te quede claro que buscaremos asiento en primera fila y te voy a mirar fijamente, para que te pongas más nerviosa —añadió sin perder el tono bromista.

Por un momento, se sintió mal. Quizá había sonado peor de lo que pretendía y no quería causarle más inquietud a la autora, pero consiguió hacerla reír de nuevo y, aunque poco, la ayudó a relajar tensiones.

Carolina volvió a agradecerles su asistencia y se despidió de ellas para ir a recibir a otros invitados.

— Pobre, está hasta temblando —murmuró Anghara a su novia—. No sé si hemos hecho bien en venir, creo que la hemos puesto más nerviosa.

— Está *atacá*. Si la viera Dani, se reiría por haber pensado que puede ser otra loca como la que nos ha acosado.

Aunque no quería, a Anghara se le escapó la risa. Una risa que fue interrumpida cuando algunas personas se les acercaron para pedirles fotos. Al verse reconocidas, una parte de ellas lo lamentó, preferían pasar desapercibidas; así que agradecieron al cielo cuando, al cabo de un rato más, alguien abrió las puertas del salón que acogería el pequeño evento.

En medio de un bullicio creciente, los asientos del interior fueron recibiendo a la gente. Las dos actrices, tal como había dicho Ainhoa, se sentaron en primera fila.

La escritora se mostró aún nerviosa al inicio, pero iba cobrando seguridad en la voz y fue capaz de hablar del libro y de contestar las preguntas de los asistentes. En más de una ocasión, comprobó que Ainhoa cumplía su palabra, que la miraba fijamente como si le prestase toda su atención y, en contradicción a lo que había creído que pasaría, cuando sus ojos se encontraban con los de las actrices, se sentía cómoda y ligeramente calmada. Para terminar, volvió a agradecer al público por compartir con ella aquel momento y respiró mejor en cuanto aplaudieron, pues aquel sonido indicaba casi el final del acto. Todavía estuvo hablando con la gente, firmando ejemplares del libro y sacándose algunas fotos, pero los nervios ya no la dominaban.

— ¿Has visto? Te ha salido todo perfecto —la alabó Anghara dándole un pequeño abrazo—. Queremos una fotito contigo.

— Ay, sí, yo también quiero —admitió enseguida, enrojeciéndose al instante por haberse mostrado tan ansiosa.

Posaron juntas para las fotos. Alguien sacaba algunas con el móvil de la propia autora mientras que otra persona hacía lo mismo con el de Ainhoa.

— Otra cosa —pronunció Carolina insegura—. Si no tienen planes para cenar, pueden unirse al nuestro. Algunos familiares, amigos y yo vamos a comer en Guayadeque, en un restaurante de comida típica de aquí...

— ¿Uno que es como en cuevas? —la interrumpió Ainhoa.

— Sí, uno de ellos. Cuando reservamos mesa, conté con ustedes, por si les apetecía. Pero

sin compromiso, no me van a cobrar de más porque falten dos personas.

Anghara y Ainhoa intercambiaron una mirada y asintieron levemente antes de volver a mirar a la autora.

— Pues nos gusta el plan —confirmó Anghara—. Además, tengo un hambre...

Más tarde, en el restaurante, surgieron diversas charlas en la mesa en que celebraban por el nuevo libro de Carolina. Esta y las dos actrices compartieron una al margen de los demás.

— La verdad es que me daba un poco de vergüenza que leyera ustedes el primer libro, por las cosas de mi imaginación.

— Pues a mí me gustó —aseguró Ainhoa—, alucino con tu imaginación, agradezco tanto apoyo a nuestro trabajo y me parece bonito saber que podemos llegar a inspirar algo así. Y el segundo también me ha gustado.

— Yo tengo que confesarte que el segundo no lo he leído, pero porque esta me ha hecho todos los *spoilers* posibles —intervino Anghara culpando a su novia, que sonrió tan divertida como la autora—. Pero te voy a decir más...

Se calló invadida por la duda e intercambió una nueva mirada con Ainhoa, en la que no necesitaron palabras para ponerse de acuerdo.

— Que igual y no es tanta imaginación —continuó su chica—, que sí que hemos acabado enamorándonos.

El rostro de la escritora reflejó gran sorpresa, con sus ojos más abiertos de lo habitual. Su primer pensamiento fue que la estaban vacilando, que no iba en serio, pero las creyó.

— Quizá por eso quisimos venir a la presentación —añadió Anghara, uniendo su cabeza a la de Ainhoa al sentirla apoyarse en ella en una especie de abrazo—. Puede que también nos haya hecho un poco de ilusión tener historias así sobre nosotras, aunque al principio a mí sí que se me hizo raro.

— Sería raro que no te pareciera raro —repuso Carolina risueña—. Cuando en el *fandom* empezaron con sus teorías sobre ustedes, yo me reía por lo absurdo. Hasta que caí en la misma trampa con los videos de detrás de escenas y... no sé. Se miraban de una forma tan bonita que... de ahí mi vuelo de imaginación.

Y, aunque no hiciera fotos, la escritora estuvo segura de que no se le borraría fácilmente aquella tierna imagen que tenía ante ella, la de sus dos ídolos en una postura relajada y cariñosa, apoyadas la una en la otra.

De vuelta en el hotel, Ainhoa se aseguró de llegar pronto a la cama. Estaba agotada. Anghara tardó apenas unos minutos más y se acercó con dos copas y una botella de vino.

— ¿Y esto? —cuestionó la primera, incorporándose hasta quedar sentada.

Sostuvo las copas mientras su novia abría la botella.

— Pues que hoy hemos bebido más de lo que pretendía, pero nos faltó brindar por algo importantísimo.

— ¿Por tu cumple? Aún quedan dos días. Y lo vamos a celebrar doble: primero, tú y yo aquí, luego, con Mara y Merchi en ese restaurante de Madrid que tanto te gusta. No te quejarás.

Anghara negó con la cabeza, ya sirviendo la bebida en las copas, pero no habló hasta soltar la botella y coger su copa.

— Por ti, por tu guion, porque has conseguido productora y estoy muy orgullosa de ti. Sé que lo celebramos el mes pasado, pero te dije que también lo celebraríamos en este viaje.

Alzó la copa ligeramente y la otra chica la imitó hasta chocarlas con suavidad.

Tomaron un poco de vino y Anghara se acercó todavía más a su novia, que se apresuró a besarla sin más dilación.

Dos días después, como bien habían planeado, pudieron celebrar el cumpleaños de Anghara con una cena para dos en aquella misma isla. Al día siguiente, volverían a festejarlo en una cena para cuatro, con sus compañeras de camerino. Y, durante la semana, aún quedaban dos comidas más para celebrar por Anghara, una con la familia de Ainhoa y otra con la suya propia. Nunca antes había disfrutado de su cumpleaños durante tantos días, se sentía verdaderamente afortunada por toda la gente que tenía a su lado.

SUEÑOS

Al regresar de Valencia, cansadas pero con los ánimos en alto, las dos actrices se preparaban para sus últimas grabaciones en *Nouvelle cuisine*. La serie continuaría, de hecho, todavía faltaba más de un mes para emitir lo que se estaba grabando en aquellos momentos, pero ellas ya se despedirían de sus personajes.

No obstante, seguirían ligadas a aquel proyecto, sin duda. Y, por ello, habían aceptado conceder otra entrevista conjunta.

Tras el conflicto con la acosadora, cuya noticia había trascendido porque los medios presentes en el acto promocional se habían hecho eco, las redes volvían a estar repletas de comentarios en los que se hablaba, una vez más, de la posible relación romántica entre Anghara Medina y Ainhoa Rueda. Eran los rumores de siempre, con las mismas alusiones a sus miradas dentro y fuera de escenas. Al parecer, pocos las creían tan buenas actrices como para fingir que sus personajes estuviesen enamorados sin estarlo ellas en la vida real.

— ¿Deberíamos confirmar de una puñetera vez que somos novias? —cuestionó Ainhoa tras leer diferentes charlas entre los usuarios de las redes sociales.

— Mi amor, si es lo que quieres, a mí no me importa contarlo. Pero no lo hagas por la presión de la gente, no le debemos nada a la gente. A nivel privado, es nuestra vida y ya está, lo que hagamos fuera del trabajo no tiene por qué interesarles.

— Ya, ya lo sé, pero... Joder, es que vuelven a compartir fotos nuestras con nuestros exnovios, comparan cómo los mirábamos con ellos contra cómo nos miramos entre nosotras. Odio que hagan comparaciones y que algunos digan que me veían más feliz con Marc que contigo o que tú no estás enamorada de mí porque con Marcos actuabas de otra manera.

— Tú y yo sabemos la verdad, da igual lo que la gente diga. Sabes de sobra que te quiero, que te adoro —añadió con más énfasis en las últimas palabras, sonriéndole y acercándose más a ella para robarle un beso.

— Te amo, Jara —le susurró—. Y no quiero que te creas nada de todo lo que dice esta gente.

— Mi amor, eres tú la que se lee todo lo que dice esa gente.

Al margen de aquellos rumores, también estaban trascendiendo los referentes a su marcha de la serie, por lo que, cuando llegó el momento de la entrevista conjunta, el periodista tenía varios temas que abarcar.

Así, empezaron hablando de *Nouvelle cuisine*, de los personajes que las chicas interpretaban en dicha serie, de cómo habían cambiado sus propias perspectivas con respecto al inicio de la misma, de su experiencia con el resto del reparto y, tras todo ello, de su próxima marcha.

— Sí, nos vamos —confirmó Anghara—. Nuestros personajes tendrán un final digno, o eso esperamos —bromeó.

— Si no lo tienen, me veo robando los guiones y cambiándolos, ¿eh? —se sumó Ainhoa a la broma, haciendo reír al periodista.

— Pues he de decir que, para mí, es una pena tener que despedirnos de Bel y de Ana, tanto por separado como por lo que respecta a la pareja que forman. ¿No hay posibilidad de que se lo piensen mejor y se queden? —preguntó fingiendo tristeza—. Quien dice ellas, dice vosotras. ¿Se puede saber qué motivos os han llevado a tomar la decisión de abandonar la serie?

— A ver, pues los motivos son varios —admitió Ainhoa—. Sí que es verdad que también a

nosotras nos da un poco de pena, porque llevamos ya dos años metiéndonos en la piel de estos personajes. Pero, al menos para mí, ya me parece hora de dejarlas volar. Es hora de dejar que Bel vaya saliendo de mi vida y de recibir a otros personajes, otros proyectos que serán igual de satisfactorios, o más, y a los que me quiero entregar con la misma ilusión.

— Claro, eso es comprensible —aceptó él—. Además, cuando os entrevisté la otra vez, comentaste algo de un guion del que no revelaste nada... ¿Hay novedad sobre eso?

— Pues sí, sí que la hay. Hemos encontrado productora y será una miniserie que se podrá ver el próximo año —contó con gran orgullo.

Anghara, mostrándose contenta por ello, mostró sus manos como aplaudiendo, aunque evitó hacer el ruido. Ainhoa le dedicó una tierna sonrisa, adorando que su novia siempre celebrase con ella sus logros.

— Pues enhorabuena por ello, de verdad —continuó el periodista—, espero que podamos saber pronto un poco más.

— Claro que sí, Mario. ¿Tú eres consciente de que eres el primero con el que hemos accedido a hacer dos entrevistas conjuntas Anghara y yo? Para mí será un placer contarte más cuando lo tenga permitido.

— El placer es mío, tanto por esa charla que mantendremos en un futuro, como por las que hemos tenido ya. Y no era consciente de eso, no, pero es un honor teneros a las dos juntas en mi programa —Ambas sonrieron agradecidas en una brevísima pausa—. Y bueno, seguimos, ¿no? Que Anghara no nos ha contado todavía su opinión respecto a quedarse en la serie o volver más adelante...

— Pues mira, yo lo de quedarme, sé que no. Ana ha sido un personaje increíble, con una evolución muy bonita, con una historia que me apetecía contar... Pero ya es hora de dejarla ir, como dice Ainhoa. Creo que tanto Ana como Bel han tenido un camino especial, lleno de baches y de momentos preciosos, por separado y juntas. Si en un futuro vuelven, lo cierto es que ahora mismo no me lo imagino. Pero también depende todo del final que tengan.

En realidad, ellas conocían perfectamente el final de sus personajes en la serie, pero no querían avanzar nada al respecto.

— Claro, habrá que ver primero cómo se despiden —aceptó el periodista—. ¿Y tú tienes también otros proyectos ya en proceso?

— Pues mira, sí, tengo un par de ellos que voy a poder compaginar. Estoy ya ensayando para una obra de teatro en la que participa también Teresa Odela, que es mi madre en *Nouvelle cuisine*, bueno, la madre de Ana. Y, por otro lado... —Miró a su novia antes de continuar. Ainhoa le sonrió de nuevo y ambas volvieron a mirar a la cámara—, vamos a ser compañeras de reparto otra vez Ainhoa y yo, pero ahora en una película.

— ¡Ah, qué noticia! —se sorprendió Mario, sonriente—. ¿De eso sí se puede hablar?

— Poco, pero algo —intervino Ainhoa—. Será una película en la que nuestros personajes no se van a llevar nada bien —declaró divertida.

— Y compartiremos pantalla con María Lucía Galera —añadió Anghara con ilusión.

Había estado a punto de decir «mi suegra», pero se corrigió a tiempo.

— ¡Oh, qué maravilla! Para ti, Ainhoa, será especial, ¿no?

— Pues sí, ya llevaba tiempo queriendo compartir un proyecto con mi madre y, por fin, se me va a cumplir el deseo. Esto lo hemos sabido hace poco, porque en principio nos propusieron el papel a nosotras dos y no se habló nada de ella. Luego, cuando le ofrecieron un papel, tuvo sus dudas, pero la hemos convencido.

— A mí también me hace mucha ilusión trabajar con ella —confesó Anghara enseguida—,

creo que va a ser una experiencia preciosa.

Ainhoa asintió, mostrándose de acuerdo.

— De verdad me alegra mucho saber estas novedades y, sin duda, seguiré pendiente de esos proyectos, que me tenéis intrigado —apuntó él risueño, antes de tomarse un segundo para echar un vistazo a sus notas—. Y bueno, nos hemos ido un poco del tema de la serie, no sé si queréis añadir algo más sobre ella o sobre cualquier otra cosa...

Volvieron a mirarse la una a la otra, algo dudosas. Anghara negó con la cabeza sin pensarlo mucho y pusieron de nuevo su atención en la pantalla.

— Yo sí quiero pedir algo —anunció Ainhoa—, algo que me gustaría decir a la gente, al público de *Nouvelle cuisine* y de otras series o pelis —Hizo una pausa buscando las palabras más adecuadas—. Cuando dos actrices se meten en sus personajes, tanto de enamoradas como de rivales, si os convencen las escenas, no es porque en la vida real pase lo mismo. Así que, por favor, no lo toméis todo como algo personal ni alimentéis rumores absurdos. Cuando Bel ha dicho que odiaba a Ana o que no quería saber nada de ella, eran cosas de Bel y de Ana, no de Anghara y mías —Se giró hacia la otra chica antes de proseguir—. De hecho, creo que nunca me he enfadado contigo todavía, ¿no? —concluyó fingiendo pensarlo.

— Todavía —recalcó Anghara queriendo reírse.

El ejemplo escogido por Ainhoa se debía a que, meses atrás, también mucha gente había considerado que las dos actrices se llevaban mal y que era por ello por lo que se sentaban separadas en salidas con los demás miembros del elenco.

Durante un segundo, se perdieron la una en la mirada de la otra.

— Eso es algo muy importante a tener en cuenta —apoyó el periodista interrumpiendo aquel momento sin percatarse y atrayendo la mirada de ambas—. Se sabe que han ocurrido cosas, que a veces hay fans que insultan y hasta amenazan a actores y actrices por algo que han hecho sus personajes y, de verdad, gente, hay que separar bien la ficción de la realidad. Y hay que respetar a los demás y no dejarse llevar ni por los rumores ni por la ficción.

— Exacto —confirmó Ainhoa—. Que sí, que a veces hay rumores que acaban siendo reales —Calló un instante, al sentir que Anghara le daba un pequeño golpe bajo la mesa. Contuvo la risa—, pero que no me llevo mal con ninguno de los actores ni de las actrices con las que he peleado en ficción. Así que, como decía, por favor, disfrutad de las historias que se cuentan en televisión, sin dejaros influenciar por ellas de forma negativa.

El periodista se mostró de acuerdo con aquella petición e hizo énfasis en que no habría que hacerse tanto caso a los rumores.

— Y bueno, chicas, de nuevo, ha sido un placer poder conversar con vosotras y conocer un poco más de vuestro trabajo.

— Gracias a ti por tenernos siempre presentes para estas cositas —respondió Anghara—. El placer es nuestro.

Ainhoa asintió en apoyo a tales palabras.

— ¿Me permitís una última pregunta, algo más personal?

Las dos intuyeron que la pregunta se referiría a ellas como pareja. No se sintieron muy convencidas, pero aceptaron ya tanteando la posible respuesta.

— ¿Sois felices? —pronunció él con cariño.

Ambas sonrieron, no habían esperado tal pregunta. Se miraron la una a la otra antes de contestar, asintieron sin dejar de mirarse mutuamente, como si se lo corroborasen la una a la otra, y enseguida volvieron a girarse hacia el periodista para confirmar su respuesta.

Tras repetir agradecimientos y despedirse, la entrevista no tardaría en ser publicada y,

enseguida, visualizada por miles de fans de las actrices. Así, tampoco se hicieron esperar los numerosos comentarios al respecto, especialmente, por la mención a los rumores y a la mezcla de ficción con realidad.

— «Está claro que mal no se llevan» —comentó alguien.

— «Las escenas nos convencen porque son actrices con mucho talento» —opinó otra persona.

— «Anghara no tiene talento, ES talento puro, es magia» —contestó uno al comentario anterior.

— «Y Ainhoa también lo es» —repuso otro en la conversación.

— «Si se llevan bien o mal cuando salen del plató, no nos incumbe —escribió una fan por otro lado—. La gente está mal de la cabeza queriendo que se casen en la vida real solo porque han interpretado bien sus papeles en la serie».

— «Déjame creer en el amor» —le respondió alguien a la anterior.

— «La locura no es creer que hacen buena pareja en la vida real, sino andar enviando mensajes de odio a los actores que han interpretado a enemigos o rivales de alguna de ellas en la serie».

Se multiplicaron los debates sobre la mezcla de ficción y realidad, recordando a la fan acosadora de la que habían hablado algunos medios de comunicación tras el último evento promocional de *Nouvelle cuisine*. Y, cuando quisieron darse cuenta, habían posicionado a «Belana», una vez más, entre las primeras tendencias en redes sociales, volviendo a cuestionar si las actrices eran tan buenas actuando o si, por el contrario, se sentían atraídas entre ellas.

Una vez más, Ainhoa leía todo aquello dándose cuenta de lo mucho que le afectaba que pusieran en duda sus sentimientos. Fue entonces cuando tomó la decisión que había tanteado durante tanto tiempo.

— ¿Estás segura de lo que vas a hacer? —le preguntó Anghara.

— Totalmente. Mi única duda es si tú estás de acuerdo. No quiero decidir por las dos cómo confirmar los rumores, aunque no lo hago por confirmar nada, sino porque quiero gritarle al mundo que me importas de verdad y que me importa lo nuestro. Que te quiero, simplemente. Que lo sepan todos los que quieren saberlo y que dejen de inventar mierdas que nos afectan.

Anghara la miraba con ternura, comprendiendo que aquel paso era casi tan importante como el de decidir vivir juntas. Quizá tenían que haberse dejado de tonterías mucho antes, como decía Daniela, y haber permitido que todos lo supieran a ciencia cierta y no como un secreto a voces. Pero ellas habían estado bien durante aquel tiempo, disfrutando de una relación que era de ellas y no del mundo.

— Te quiero tanto...

Aunque no terminó de entender el motivo, Ainhoa se puso un poco nerviosa con aquella declaración. No era por las palabras en sí, puesto que entre ellas se las habían dicho muchas veces, era más bien por la forma en que se las dijo, por la mirada que le estaba dedicando, por su gesto, por lo que todo ello significaba en aquel momento. Porque le estaba dando vía libre para llevar a cabo su idea y le hacía ilusión tener su apoyo.

— ¿Quieres leerlo primero, por si hay algo que prefieras que cambie antes de publicarlo?

El rostro de Anghara la mostraba dichosa, hechizada por la firmeza que manifestaba su novia con aquella decisión.

— No.

— ¿No?

Confirmando su respuesta, Anghara negó con la cabeza y le acarició la mejilla sin perder el

contacto visual ni por un segundo. Luego, besó con suavidad sus labios, antes de retomar la palabra.

— Quiero que me sorprendas con lo que sea que hayas escrito. Confío en ti y sé que lo que publiques no será perjudicial para mí ni para lo nuestro.

Ainhoa asintió e inició un nuevo beso. Cuando este iba cobrando intensidad, separó sus labios, miró a Anghara con decisión antes de volver a atender la pantalla de su móvil, apretó algo en él y, de nuevo, puso los ojos en su chica, que comprendió lo que acababa de hacer.

Retomaron los besos con ansias, deseosas de degustarse tanto como siempre, sin importarles el resto del mundo. En aquel momento, solo necesitaban y anhelaban fundirse la una con la otra.

Más tarde, acurrucada en los brazos de su novia, Anghara cogió el móvil con intención de buscar la última publicación de la misma en redes sociales. Ainhoa observó sus movimientos en silencio, algo inquieta por la duda de si le gustarían sus palabras, pero orgullosa de haberlas escrito.

No hubo que buscar mucho, ya mucha gente se hacía eco de la novedad y a ella le habían llegado numerosas notificaciones por distintas vías. Sonrió al acceder a las fotos. Ainhoa había escogido dos de sus preferidas. En la primera, las dos reían juntas en la celebración de María Lucía. Una foto sin poses, imprevista, realizada por Daniela. En la segunda, se miraban la una a la otra, cómplices, felices, enamoradas. Otra foto robada, esta vez, por el hermano de Anghara. Conforme con las imágenes elegidas, la chica pasó a leer el texto.

«Trabajar con alguien con quien te llevas bien es un placer. Trabajar con tu mejor amiga es un lujo. Trabajar con mi novia, que además es mi mejor amiga, es un placer, un lujazo y un deleite que me tiene fascinada. ¿Que si me quedo embelesada mirándola con cara de idiota? Sí, todos los días desde hace más de un año. Es lo que tiene estar enamorada hasta las trancas... Interpretar a Bel ha sido todo un reto desde el primer momento, pero ha sido un reto mayor cuando debía mirar a Anghara a los ojos y rechazarla por exigencias del guion, mientras por dentro moría de ganas de besarla. Evidentemente, rechazaba a Ana, no a Anghara, a ella me es imposible. ¿Cómo no voy a estar enamorada de esta mujer? Es que... miradla, es un sueño hecho realidad. ¿Y lo mejor? Soy correspondida».

Finalizaba su declaración con un corazoncito naranja y Anghara sonrió por tal detalle. Era como el icono predilecto entre ellas, el que siempre habían usado para recordarse la una a la otra que estaban juntas, que se querían y que todo estaba bien en su relación.

— «Tú sí que eres un sueño precioso. Te adoro, mi amor» —dejó escrito Anghara en un comentario de aquella publicación, uno que, en cuestión de segundos, atrapó cientos de reacciones y respuestas a las que ella no pensaba prestar atención.

AGRADECIMIENTOS

Lo que empezó siendo una escena en un momento de divagación, de soñar despierta, ha acabado convirtiéndose en dos historias nacidas de forma loca, un tanto caótica, pero con las cuales me he vuelto a dejar envolver por la escritura y eso siempre es un placer para mi mente. Me está costando soltar a estos personajes y es una de las razones por las que he escrito un segundo libro. Otro motivo es el deseo de las lectoras que me han insistido en la necesidad de leer esta segunda historia y quiero agradecerles una y mil veces todo el apoyo que me dan y el cariño con que reciben mis escritos.

OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

- **«Camino cruzado».**
- **Trilogía/Serie formada por «Mi puzzle sin piezas», «Las chicas del sótano» y «Encerrada bajo mentiras».**
- **«Siete relatos. El subconsciente soñador».**
- **Bilogía “Carolina”, compuesta por «Resurgir de ilusiones rotas» y «Vivir sin vida».**
- **«El amor no es un cuento de hadas».**
- **«Me quedo contigo».**
- **«Belana. Y... ¡acción!».**